3 1761 09545337 9

LA VOLUNTAD DE DIOS

DEL MISMO AUTOR

Cuentos pasionales, tercera edición.
Novela erótica, tercera edición.
Pelayo González, cuarta edición.
La juventud de Aurelio Zaldívar, cuarta edición.
Los frutos ácidos, tercera edición.
Fuegos fatuos, segunda edición.
Los siete pecados, segunda edición.
Zoología pintoresca, segunda edición.
El placer de sufrir, tercera edición.

TEATRO:

En familia.	(En colaboración con Alberto Insúa.)
El amor tardío.	» » » » »
Cabecita loca.	» » » » »
El bandido.	» » » » »
Nunca es tarde.	» » » » »
La casa deshecha.	

TRADUCCIONES:

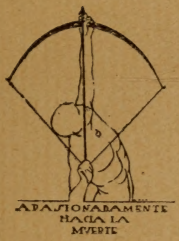
El país de los ciegos, de H. G. Wells; **Pan**, de Knut Hamsum; **Ocho días en casa de Renan**, de Maurice Barres, y selecciones de pensamientos de Epicteto, Stendhal y Heine.

15575v

A. HERNÁNDEZ CATÁ

LA VOLUNTAD DE DIOS

NOVELAS



203746
14. 6. 26

ALEJANDRO PUEYO, EDITOR
M C M X X I

Es propiedad del autor. Queda hecho el depósito que ordena la Ley.
Copyright by A. Hernández Catá. 1921.

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3. Madrid.

A

PEPÍN RODRÍGUEZ

FRATERNALMENTE

H. C.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/lavoluntaddedios00hern

Y JEHOVÁ DIJO A MOISÉS: «FARAÓN NO OS OIRÁ, PARA QUE MIS MARAVILLAS SE MULTIPLIQUEN EN LA TIERRA DE EGIPTO».

Y MOISÉS Y AARÓN OBRARON TODOS ESTOS PRODIGIOS DELANTE DE FARAÓN; MAS JEHOVÁ HABÍA ENDURECIDO EL CORAZÓN DE FARAÓN Y NO ENVIÓ A LOS HIJOS DE ISRAEL FUERA DE SU PAÍS.

Exodo II. Vers. 9 y 10.

DIOS NO PROCEDE POR DESIGNIOS PARTICULARES.

G. W. LEIBNITZ.

DIOS SOBRE TODO.

Dicho popular.

L acogerse de nuevo a un lugar grato del que se estuvo ausente, percíbense mejor sus excelencias; y la sensibilidad, reavivada por la interrupción, goza con fragancia de primicias en los rincones donde ya, antes de partir, comenzaba a adormecerse con esa embotada confianza de lo que se posee sin intermitencias ni zozobras. Tal nos ocurre con este género de narraciones, cultivado como parcela preferida de la heredad. Y al punto en que, acabada la última faena del laboreo, están dispuestos para salir al mundo los frutos de la cosecha, nos viene al ánimo antes de abandonarnos al reposo feliz que media entre la recolección y la nueva siembra, ansia de realizar un esfuerzo final, para recordar y sintetizar las causas que decidieron nuestro gusto por este género de cultivo, y aun para emitir un juicio—que ojalá no lo nuble la pasión o la falta de perspectiva—acerca de los frutos dispuestos para enviar al mercado.

Frente a dos de nuestros libros anteriores figuran sendas notas dedicadas a la novela corta, analizándola como producto de criterio estético y como producto de industria literaria, hasta ahora de rendimientos inferiores a los de la novela extensa. Dicho está allí que una novela corta no debe ser ni cuento hinchado ni relato constreñido a límites violentos por caprichosa podadera; que la extensión de cien páginas basta a la mayoría de los asuntos novelescos para ser desenvueltos en plenitud; que el ritmo actual de la vida — rápida, llena de imperativos enervantes, de mudanzas, de un dinamismo ya novelesco en sí—, pide para la distracción y el estudio textos sintéticos; que no hay derecho a detener a nadie en la órbita multifacetada de la existencia actual para contarle una historia de amor—cuando no de burdo y mal intencionado sensualismo—en trescientas páginas; que la anécdota, por amena que sea, tiene mucho de baldío si el escritor no le infunde algo de su representación total del Universo; que, a pesar del espejismo de lo perdurable, han de ser menos efímeras las obras concebidas y escritas sin bastardo propósito de lucro, dictadas por el ansia tantas veces dolorosa de interpretar la vida y de transfundir ideal a la materia y corporeidad a los ensueños; que el escritor ha de ser árbol arrai-

gado hondamente en el subsuelo del mundo, nutrido del jugo de sus problemas, transmutador en hojas, flores y frutas de sus aspiraciones y decepciones; y dicho, en fin, con altanera aspiración de artista, que si entretener es meta codiciable, preocupar y recoger en la obra algunas de las palpitaciones perennes o circunstanciales del espíritu humano, es finalidad mucho más preciosa y difícil.

Nada hay en la novela corta que no sea vital para su eficacia. La pluma ha de ser más certera que en las narraciones profusas, y la sobriedad, cualidad de grandes, está ya impuesta, al menos en ciertos aspectos, por el imperativo de no llenar con disquisiciones o redundancias baldías el espacio que ha de faltar luego para lo sustantivo. La euritmia de este linaje de obras exige gusto arquitectónico depurado, pues el lector abarca con mayor comodidad que en las extensas la curva generatriz, y percibe las fealdades de trazo con menor esfuerzo. Si en la Naturaleza todo se crea en sazón oportuna, en el Arte, estilización de la Naturaleza, nimbo perpetuador de las conjunciones de la Naturaleza con el hombre, ocurre lo propio. Para épocas extáticas en que el movimiento y la aventura eran excepcionales, escribiéronse las novelas latas, propicias a las horas de tedio; para hoy, que estamos

enfermos de velocidad, sean los cuentos y las narraciones breves, que no de las dimensiones lineales sino del poder profundizador del artista, dependerá dotarlas de virtud para reproducir sin mengua una alegría, un dolor, un anhelo, un paisaje o el Universo íntegro. En las pupilas de Cleopatra veía Antonio el inmenso Nilo lleno de galeras; y la visión perdura aún en el soneto marmóreo donde se narra cómo tan menudos espejos copiaron tan vasto panorama; en novelas cortas de Dickens, de Stevenson, de Tolstoy, de Dostoweski, de Turguenef y de Wells, cupieron maravillosas imágenes del alma y de los cuerpos, no ya en las tres dimensiones hasta hace poco conocidas, sino hasta en la cuarta de no muy lejana apreciación. No puede dudarse, pues, de la capacidad de un género que así concilia el ritmo acelerado de estos tiempos con la aptitud de recibir y revivir cuanto la observación, la fantasía y el pensamiento otorgan a las obras imaginativas. Algunas novelas ejemplares de Cervantes, en lo antiguo, y Luz de Domingo *de Don Ramón Pérez de Ayala, en la producción de hoy, patentizan a qué cimas de perfección puede llegarse en tan difícil género.*

Las tres novelas reunidas en este volumen, no se ayuntaron por azar. Presidió su composición una idea genérica expresada en el título del volumen,

amargo, sarcástico y, acaso, irreverente, mas sincero en quien, desprovisto del cómodo tesoro de la fe, no logra adquirirla en esta regresión hacia la violencia, hacia la insensibilidad ante el ajeno sufrir, ante la prostitución que de todas las conquistas de la Ética, de la Química y de la Mecánica ha hecho la generación en que le cupo pasar desde la nada hacia la Muerte. Así como en otra ocasión fué el dolor lo que dió a tres narraciones homogeneidad, ahora es el odio el nexo. Sangre de Caín vivificó estas páginas. El encono, las vidas truncadas con angustia, las pasiones más primitivas de antifraternidad y egoísmo, nutren estas tres narraciones; y hasta el humorismo de la última tiene un dejo feroz que da a la risa crispatura de rictus. Inspirado por la guerra, mas no escrito cuando la guerra tenía el carácter miseramente anecdótico y partidarista de la hecatombe no consumada aún, sino ahora, que el horror de sus contornos adquiere en la lejanía totalidad de lineamientos, no podía ser este libro, libro de sonrisas ni remanso de delectaciones sensuales. Los caballos del Apocalipsis hollan con sus cascos las páginas. Sobre los vergeles pasó la tromba, y todo es exterminio. No hay más que cizaña en los surcos. Si los sexos se atraen, es para que la especie sobreviva a su propio envilecimiento. La

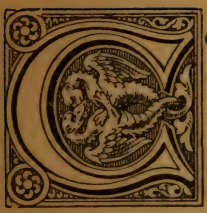
sombra del príncipe Budha y las sombras del nabí de Nazaret y de su eco, el poverello *de Asís, lloran sobre las ruinas, mientras arriba, el Jehová judaico celebra con Thor la matanza, y en tanto piensa el varón que pasea en Roma su alba veste entre la púrpura cortesana de los cardenales, en cómo podrá sacar de entre las llamas y la sangre algo más de poder temporal.*

No hay escenas de amor en este libro escrito con amargo entusiasmo. Inspirado por la guerra y por cuanto la guerra nos lega, sólo caben en él héroes que produzcan la muerte por el camino del sufrimiento. Al releerlo y no hallar ni un coloquio galante, ni una escena pura de compenetración y goce entre hombre y mujer, he comprendido, sin vanidad, que uno de los propósitos estaba logrado. La ausencia de amor ha de ser condición inexorablemente precisa en toda obra que desee perpetuar esta época, cuya triste razón de ser es la falta de amor.

H. C.

LA PATRIA AZUL

I



omo todas las tardes, bajo la toldilla improvisada junto a la cámara, después de cenar los manjares que el cocinero Enmanuele condimentaba con fantasía complacida y complaciente, el piloto se lamentaba de que el viento adverso no le permitiese salir de Penzacola, mientras que el capitán Arduini, absorto en la ascensión del humo de su cigarro, parecía aceptar con fatalismo sonriente la imperativa inacción impuesta por las circunstancias.

—Cada día tenemos una nueva deserción —dijo rabioso Guillermo—. Los americanos ofrecen y ofrecen dólares, hasta que se los llevan.

El capitán de la *Joaquina*, otro velero es-

pañol, que ocupaba en el muelle lugar contiguo al *Palinuro,* repuso:

—Pues si no se decide a pedir remolque y a esperar fuera, yo me llevaré también a *Sanica;* no por dinero como los yanquis, sino por patriotismo...

—No es el que menos sentiría a pesar de su edad... Es un viejo terne y gana su salario a conciencia.

—Además distrae a los muchachos en los días de calma...—terció Ettore, el contramaestre—. El mismo dice que es un sabio.

—Como que por eso le pusieron el apodo que tiene... Yo se lo oía ya decir de niño, en los muelles. ¿A que no saben lo que quiere decir *Sanica?* No lo pueden adivinar... Quiere decir Séneca.

Guillermo se había levantado y escrutaba el horizonte, en busca de algún presagio de viento Sur en la atmósfera apenas manchada de celajes blancos y purpúreos. Al volverse a sentar se le ensombreció la frente y gruñó:

—Ya me voy cansando de la espera.

A otro que al capitán de la *Joaquina*, le

habría extrañado el tono autoritario de Guillermo y la pasividad del capitán, que en realidad no hacía otra cosa a bordo que alquilar su diploma y permitir al piloto la navegación de altura que, por sus escasas letras, le estaba oficialmente vedada. Hombre expeditivo, fortalecido por cien temporales y peripecias, lento en formar las ideas abstractas, pero rápido en adquirir las concretas, tozudo en mantenerlas y velocísimo en las improvisaciones de la vida activa, Guillermo aceptaba del mejor modo esa rémora legal; y desde la primera hora de convivencia, hacía comprender «al regente de botica»—como él llamaba a esa laya de capitanes alquilones—, que su autoridad no consentiría sociedades, ni consejos. Más de una polémica terminada con el punto final del golpe de un puño cerrado contra la mesa o contra un rostro, habíale costado esto, hasta que encontró a Luis Arduini, el obseso fumador que viajaba cual si fuera bondadoso huésped de un yate e ignorase hasta los rudimentos de la náutica. Con él, que se trocaba en mate-

ria amorfa en cuanto sonaban horas de responsabilidad, y con Ettore, cuya negra cabellera crinosa y crespa sentíase más halagada cuanto más recio era el viento, sentíase Guillermo capaz de arrostrar todas las tormentas.

Desde hacía varios años viajaban juntos y sostenían unas relaciones curiosas, en las cuales las mayores familiaridades eran compatibles con una superficialidad absoluta de trato y de mutuo interés. Con el segundo, tan exacto, tan frío y falto de iniciativas individuales, pero rueda perfecta en el engranaje de a bordo, y con Ettore, marino por amor al mar, siempre alerta a coser una vela, a tejer una soga, a pintar con rojo minio las junturas del casco o los hierros y alegre, cuando el viento, aun a riesgo de trocarse en tempestad, hacía volar el buque—«Caminar la burra» decía él valiéndose por anomalía de un símil terrestre—hallaba siempre Guillermo múltiples motivos de conversación. Con Arduini pasaba horas y horas en silencio, esforzándose, a veces, por hallar una he-

bra de charla que no se rompiese en seguida.

El capitán de la *Joaquina*, cántabro jactancioso que gustaba de zaherir a los italianos, que le recordaban a sus compatriotas de Levante con los cuales nunca se llevó bien, dijo tras un silencio áspero, en el que hasta el ir y venir ondulante, un poco femenino, del cocinero, enervaba a Guillermo:

—Comprendo que no se atreva usted a zarpar con tan poca gente.

—Yo me atrevo a todo.

Y con un ademán de resolución que hizo temblar la fuente de natillas en las manos de Enmanuele, decidió:

Mañana despacho y salimos con los que haya a bordo... Ya está dicho.

—Yo lo hubiera hecho desde el día en que acabó la carga. Los barcos esperan mejor en la mar... Y además, que ustedes, según dicen, pueden entrar en la guerra de un día a otro y darles órdenes de no salir.

—¿Qué más da?—suspiró Arduini.

—Ni a mí ni al barco nos da igual—corrigió el piloto—. Prefiero todos los submarinos a

podrirme aquí... Jorge, dé usted las órdenes para tener remolque antes de medio día.

El segundo, uno de esos hombres en quienes se ve el cruce de razas, acarició se la barba rojiza, dilató un poco sus ojos ahuevados, y fué hacia proa en donde no tardó en arremolinarse la tripulación con palmoteos y chanzas. Hartos también de esperar en el puerto, sin recordar las lentas calmas oceánicas ni temer los riesgos de la Naturaleza, acogían la próxima partida como una merced. No tardó en surgir una botella, y desde la puerta de la camareta, adonde habían entrado en busca de una carta marina que iban a regalar al español, el piloto gritó:

—Que Giacomo ni lo pruebe siquiera ¿eh?... Ya sabes que me lo prometiste al embarcar.

—Sí, señor, sí.

Giacomo era un mozo de aire tímido. En la cara pecosa, sus ojos azules muy pequeños tenían reflejos puntiagudos. Sumiso, ni afectuoso ni hosco, no parecía justificar el respeto, la precaución con que sus compañeros lo trataban. Y en realidad ese respeto no estaba

dedicado a él sino a otro sér dormido dentro de su cuerpo y de su alma escasísima, que despertaba terrible en cuanto probaba el alcohol. Entonces su cara se congestionaba, sus músculos se endurecían, algo satánico salía de sus pupilas envolviéndolo en una atmósfera de violencia, de homicidio, de sobrehumana fuerza deseosa de hallar un obstáculo muerto o vivo contra quien pugnar. Tal vez no hubiese bebido en su vida ni un litro de alcohol, y, sin embargo, esos tragos dispersos le habían dado pésima fama, costado peregrinaciones difíciles al través de todos los veleros de la costa adriática y dos riñas cruentas. Con Guillermo estaba muy cohibido por el respeto; y éste sacaba de él mejor partido que nadie. Hasta en una ocasión—y no se volvió a hablar de eso nunca—lo incitó a beber: fué una noche de tempestad en que ambos iban en el *San Giorgio,* corbeta de casco de hierro construída por «Dablisse and sons» de Glasgow, que naufragó frente a Finisterre. El mar y el viento, mezclado con pedrisco, eran enormes. El buque, con la qui-

lla fuera, rodaba sobre las olas tumbado sobre estribor, y un pedazo de cable sujeto a una gavia del trinquete, daba con los bandazos golpes tan terribles que, a veces, del choque salían chispas. Era preciso soltar aquel cable que podía destruir las jarcias y tronchar un hombre a su paso. Nadie se atrevía. El pánico había ido ya de alma a alma; y de los labios sólo salían rezos y esas invocaciones infantiles que dicen la pequeñez del hombre ante las grandes adversidades. Guillermo tuvo la inspiración de alargarle a Giacomo una botella, y poco después se le vió gatear por la cubierta, aplanarse al llegar los golpes de mar, ascender por el palo y esquivar el vaivén del terrible cable que silbaba en las ráfagas. Y arriba, con el hacha en la diestra y llena la boca de blasfemias que triunfaban del horrendo estrépito mientras todos gemían y rezaban, parecía otro elemento más desencadenado sobre el buque.

Giacomo, que se había destacado del grupo, incorporóse de nuevo a él, sonriente Guillermo, viendo que Arduini vaciaba su vaso

con los ojos entornados, a voluptuosos sorbos, dijo al capitán español:

—Si ese muchacho hubiera bebido en su vida siquiera lo que el capitán en un mes, de seguro no tendría el vino tan funesto.

Y Arduini, sin alterar la serenidad plácida de su cara, repuso:

—Ser bebedor no es ser borracho. Yo soy gastrónomo y bebedor. Jamás he tenido que purgarme ni se me ha nublado la vista por el vino.

Los últimos oros de la tarde ponían un esplendor efímero en la ciudad, cuyo aspecto mixto de fiebre yanqui y de factoría colonial latina hacía pensar, al verla desde el puerto, en una ciudad mediterránea. Cerca del *Palinuro* otro bergantín descargaba mármol, y enormes hacinamientos de madera aguardaban turno para venir sobre los lentos y baratos veleros a la esquilmada Europa. En el *Palinuro* la estiva había sido hecha a conciencia. Los largos troncos de tea, de erable y de satén llenaban las bodegas y desbordaban de la cubierta en simétricos montones ata-

dos con cuerdas y calzados con recios tarugos. En algunos maderos el hacha había saltado un pedazo de la obscura corteza, y dejaban ver el rubio interior fulgente, cual si fuesen de oro. Un olor resinoso que dominaba el olor salino se exhalaba de aquel cadáver de selva tendido junto al mar. Los barcos cabeceaban con impaciencia. De los montes caían las claridades postreras del crepúsculo, y, a lo lejos, la farola puso de súbito su trémulo amarillo en las aguas de honda y verdosa transparencia. Entre el murmullo de la ciudad y el murmullo del mar, algunos marineros interponían canciones de desmayado ritmo. Y a pesar de esos murmullos y de esas canciones, sentíase un vasto silencio envolvente.

Cuando el capitán español pasó a su bordo y Arduini fué a tierra para ultimar con el consignatario los requisitos oficinescos exigidos por la Comandancia y el Consulado de Italia, sobre el *Palinuro* vibraba la exaltación de todas las vísperas.

El día 19 de Mayo de 1915 antes de la una de la tarde ya estaba junto al *Palinuro*, corbeta de tres palos de la matrícula de Génova, de 400 toneladas de registro, cargada de madera, con un calado de 12 pies y tres pulgadas, el ventrudo remolcador que había de llevarlo fuera del puerto. De los diez y seis tripulantes que vinieron desde Italia en ella, siete habían desertado por la codicia o el ansia aventurera; y al pasar lista sólo respondieron, sin contar al capitán, al piloto y al segundo, el contramaestre Ettore Pica, natural de Castellmare; los marineros Luiggi Crasso, de Fiume; Leoncio Puente, llamado *Sanica*, de Bueu, España; Pietro Chapapria y Paulo Fraga, ambos de Veglia; Giacomo Pittalis, de Piave; Enmanuele Doria, cocinero, de Milán, y Mario Verona, veneciano, de quince años, grumete, que con su gracia truhanesca de pilluelo pidió llevar el timón mientras pudiera tenerse a la vía, detrás del vaporcito asmático.

Pocos hombres eran en verdad para la em-

presa, y menos aún de tenerse en cuenta el infantilismo de Mario y la feminidad escandalosa, voluble y fácil a las debilidades de Enmanuele, y el nuevo peligro de que hablaban con sobria elocuencia las grandes banderas nacionales pintadas en los cascos del velero español y de los dos noruegos que quedaban en el muelle. Pero contra esos riesgos, tres elementos de índole por igual diversa y por igual eficaz contrarrestaban las tendencias a la abstención: la nómina de la dotación completa que iba a repartirse entre los fieles, la incapacidad imaginativa que impedía considerar y medir los peligros antes de pasar de la zona de lo posible a la de lo perentorio, y la costumbre, deidad adormecedora, que había hecho de aquellos once seres, hombres de equilibrio inestable sobre cualquier sitio que no fuese una cubierta movediza entre el cielo y el agua.

Al separarse de la dársena el barco tuvo un tenue crujido, cual si la madera gimiese por verse arrancada de su elemento natural, la tierra. Desde el techo de la camareta de la

Joaquina, el capitán español despedía a los viajeros y decía a *Sanica* en la lengua nativa sus votos de buen viaje. Sin la violencia del remolcador, sin la tensión del cable que unía la popa de éste con la proa del *Palinuro*, habría sido el hender de las aguas de una suavidad exenta de esfuerzo... Poco a poco las boyas del canal van quedando detrás, la ciudad pierde sus contornos y se esfuma en la lejanía. En cuanto el agua rodea al navío, dijérase cerrado el paréntesis que ha interrumpido la vida marítima: la comunión perfecta de las almas, aisladas en la líquida inmensidad, se establece, y las voces adquieren al dirigirse de uno a otro inflexiones familiares. El segundo, a proa, vigila el remolque; Guillermo, a la puerta de la camareta, está apercibido para mandar la maniobra; el capitán Arduini fuma tendido en su litera, sin cuidarse de nada, de seguro sin pensar en nada a pesar de su gesto meditativo; Giacomo, Paulo y Pietro, encaramados en las gavias, aguardan órdenes; Luiggi y *Sanica*, los dos atletas, arrollan la cadena del ancla, mientras

Ettore va de un lado a otro, vigilando el cierre de los cuarteles de las escotillas, el estado de los tanques, la colocación de la corredera que se acaba de arriar; y Mario, cómicamente serio tras de la rueda de torneados radios, hace marchar al *Palinuro* en la estela del ventrudo vaporcito burgués, que mancha el aire con el humo de su enorme pipa y turba la paz matinal con su respirar de sedentario que nunca se aventuró en largas caminatas fuera del jardín de su casa, que es el puerto.

—¡Eh, Ettore, amarra ese cabo!...

—¡Aferra bien y ten cuidado con el escatín de la gavia baja, que va casi pegado con engrudo, tú!

—¿Te acordaste de remendar el foque?

—Como si fueran mis pantalones. Ya le puede entrar viento.

—Baja la bandera, que nos la va a ahumar esa fragua...

—*Sanica*, luego nos dirás qué santo es hoy...

—San Prudente, San Pedro Celestino y

San Ivón, beato; semana veintiuna. No hay ayuno.

—Bien, bien... Hubiera sentido ayunar por Enmanuele, que hoy se va a lucir. Ya estamos listos... ¡Carga!

Digan lo que digan, tienen las voces acentos de salutación. *Sanica*, contento de volver a ejercer su oficio de sabio, olvidado por todos mientras estuvieron en tierra, despliega en la primera hora de viaje la página primera del libro único de su sabiduría: el calendario, cuyos santos y efemérides le han de ser preguntados tantas veces en las horas de asueto; y sonríe feliz, lleno el pecho potente del buen aire del mar, fresca y juvenil la cara bajo la cabeza encanecida por los años. Hay algazara de promesas, proyectos, júbilo en el rudo trabajar. Creyérase que aquel es el primer viaje, que el mar no ha revelado aún a ninguno de ellos el secreto de sus calmas exasperadoras y de sus furias exasperadas. Filosóficamente, al correr libres de los opresores zapatos por la madera húmeda de la cubierta; al apoyarse en la regala para mirar

con desvío a la costa que se pierde detrás, parecen preguntarse: «¿Cómo no hemos de encontrarnos más sólidamente seguros sobre las inestables olas que sobre la tierra, inestable también y llena de riesgos obscuros?... Sólo los sentidos y la fantasía nos amplifican los peligros del mar... Olas lentas que venís a besar la nave, leves explosiones de espuma en las cresterías, abismos entrevistos en las depresiones, cuando el sol profundiza la masa ya azul, ya gris, ya verde, ya glauca, ¿nos infundiréis más miedo con vuestra belleza cambiante que la parda tierra, que siempre parece esperar a echarse sobre nosotros para sacar de nuestros restos savia con que criar sus flores y sus frutos?...» Por una subversión de las ideas tradicionales, aquellos once hombres consideran la tierra como morada provisional, van por ella torpes, sin hallar el equilibrio externo ni el interno; se marean de quietud... Y el mismo remolcador que con su jadear pujante les recuerda las locomotoras de los muelles, prodúceles sensación terráquea de estorbo.

Cuando la última boya del canal desapareció entre el vaivén del agua, el remolcador se detuvo, recobró su cable, y giró en torno al *Palinuro* en amplio semicírculo marcado largo rato por la estela. Junto a la chimenea un hombre agitaba la gorra, y gritos breves devolvían su adiós. La ciudad rebrillaba a lo lejos y el humo y el centellear de los cristales hacíanla parecer un inmenso navío. Pájaros blancos, dorados por el sol, volaban muy bajos y hundían de tiempo en tiempo el pico en las aguas para volver a elevarse con una presa sangrienta y plateada. El velero quedó varios minutos indeciso, mecido por las olas, en tanto se aquietaba el remolino suscitado por el remolcador. Luego se vió junto a la chimenea al hombre de la gorra tirar de una cuerda, surgió en torno del silbato una niebla vibrante, irisada; la paz del día se estremeció con un desgarrador alarido, chirriaron las garruchas, cayeron de las vergas plácidas lonas, y la corbeta tuvo un largo crujido de ansiedad hasta que se hincharon las velas, cual si fuese una doncella

que, al salir de una enfermedad larga, sintiese nacer en sí las turgencias de la mujer.

Los marinos cantaban; cantaba el viento entre las velas. La corredera, a popa, contaba la primera milla del viaje.

II

MANECIÓ el día diez y seis claro, con horizontes despejados y mar tranquila. Por la noche el viento se había rodado al N. W., y luego de unas horas de calma, poco antes de la aurora, volvió a despuntar a S S E. El *Palinuro* lo ciñó amurado, por babor, marchando con el aparejo todo largo el resto de la singladura.

A las pocas horas de viaje, la vida de a bordo había adquirido aquella trabazón perfecta, dictada por el mar, que se relajaba en cuanto avistaban la costa. Los bronces de los pasamanos y de la rueda del timón empezaban a fulgir bajo la diestra ágil de Mario; Pietro y Pablo, los dos inseparables, juntábanse en los ratos libres para no decirse ape-

nas nada, unidos en muda evocación de su lejana isla de Veglia, donde nacieron y crecieron juntos; Luiggi atisbaba el tedio de los otros para proponerles partidas de naipes en las cuales era invencible, pues su inteligencia, ausente de las demás funciones de la vida y sintetizada en los juegos de baraja, llevaba cuenta de todas bazas jugadas, de tal suerte que hasta lograba contrarrestar el infortunio. De la cocina, forrada con chapas de cinc, salía desde antes de apagarse las primeras estrellas humo leve y aroma de café; en el rancho, Ettore y Giacomo, que habían velado con el segundo el último cuarto de la noche, desperezábanse del sueño matutino; Arduini, Jorge y Guillermo dormían en sus literas de cámara; y ya Enmanuele, naturaleza femenina, había disputado antes de trazar el sol su primer camino de luz sobre las olas, con los marineros, por si al baldear le salpicaron el fogón, con Mario, por si echó un pedazo de pez en las brasas, y con *Sanica*, por si faltaba o no de la cocina un trozo de bacalao que estaba a desalar dentro de un

balde. Disputaba con voz aguda, empleando profusión de palabras groseras, dándose manotazos en las piernas y en las nalgas de amplia redondez, atestiguando lo que no había visto, y aduciendo hechos falsos, hasta exasperar a su contrincante; y entonces, cuando ya la cara del insultado estaba lívida o roja de ira, cedía de súbito, exponiéndose, como tantas veces le ocurriera, al exabrupto de una bofetada o de un empellón, a los cuales su cobardía impedíale dar respuesta viril. Luego se quejaba, lloraba y, en venganza, dejaba ahumar el rancho. En el *Palinuro* eran antiguos conocidos y no hacían caso de sus bravatas. Esto le producía una exasperación graciosa, que se resolvía en denuestos y pintorescas blasfemias. A sus gritos asomó Guillermo a la puerta de la cámara:

—¿Ya empezamos, Enmanuele? Más te valía ir preparándonos un almuerzo tan rico como el de ayer.

—El de hoy estará mejor, ya verá...

—Cuida también de nuestro rancho—bromeó Ettore desde el timón.

—Las patatas siempre son patatas.

—Cuando tú quieres, saben a trufas... Con que menos palabras y más aplicarse a la hornilla...

—Son éstos, que me buscan la lengua.

Y entró contento en el pequeño camarín adosado al trinquete. Bastábale una frase lisonjera para sentirse feliz. Y no era preciso que viniese de Guillermo, del capitán, del segundo o de Ettore; aun cuando viniese del último de los marineros era capaz, al oirla, de las mayores adulaciones, de los mayores sacrificios. Muchas veces sucedióle, en tierra, gastarse el dinero de su soldada en preparar un extraordinario o en comprar un molde para un postre de dulce. Sus dos máximas vanidades eran llevar la cara bien rasurada y presentar platos «igual que en el mejor hotel». Por fortuna de la tripulación, en esta segunda vanidad superaba su propio deseo; y tan apetitosas como las finuras que guisaba para la cámara eran los suculentos arroces a banda, con chorizo o con carne; los macarrones, los *rabioli*, las carnes adobadas, los

pescados de cien maneras, y las anchas, tostadas y tiernas tortillas, aprendidas a guisar en España, ante las cuales sentía *Sanica* beatitud patriótica, contenida por el apetito siempre voraz de los demás.

Guillermo se acercó a la cocina, bebió una taza de café, que Enmanuele le presentó sin pedírsela, y luego se fué a popa, donde se puso a calcular con la vista y por la tensión de la cuerda de la corredera, la velocidad del navío.

Este ejercicio empírico, en el cual, por instinto, sin necesidad de razonarlos conscientemente llegaba a descontar los errores de la estima, de los abatimientos, de las corrientes y hasta de las guiñadas del timonel, era su placer más puro; y luego, si al realizar a mediodía la observación astronómica la diferencia era escasa, su humor se tornaba risueño y se le veía dicharachero, afable, propicio a salirse de su hábito de parquedad en las conversaciones. *Sanica*, el único que se atrevía a iniciar la plática con él, se le acercó y le dijo:

—¿Se ha fijado en la escandalosa? No quedó bien zurcida...

—Cuando venga una calma habrá que dársela a Enmanuele, que es la costurera mejor de a bordo. También el velacho bajo quedó mal.

—Le entró viento muy duro la última turbonada.

Ya iba a retirarse *Sanica*, cuando Guillermo lo llamó y le dijo en voz queda, para no ser oído por Luiggi, que limpiaba cerca de ellos los vidrios de la lucerna de la camareta:

—Tenme mucho cuidado con Mario; no quiero que se me malee. No me lo dejes solo con Enmanuele, que tiene malas mañas... Puesto que todos le llaman tu nieto, cuídalo.

—Ya le daré un coscorrón si hace falta, descuide. Y si Enmanuele se propasa con él en lo más mínimo...

—A ese con que lo amenaces con decírmelo, basta.

El piloto entró en la cámara, de donde no volvió a salir hasta que la campana sonó los tres cuartos para las doce. Sin hablar con na-

die, se puso a mirar con el sextante y a anotar cifras en una pizarra. Desde lejos todos le miraban con un respeto silencioso no mermado por la costumbre, dándose cuenta de que de aquella sabiduría de arrancar a las cifras y a la luz del sol el vértice de dos líneas cruzadas sobre el mapa dependía la riqueza del barco y la vida de cuantos iban en él. Al terminar los cálculos, una alegría de cándido orgullo iluminó la faz de Guillermo: apenas si se había equivocado en unas millas en el recorrido y en unos minutos en la situación. Los rumbos verdaderos habían sido S. 80° W y S. 35° E., la longitud de salida 85° 37′, la diferencia estimada 29′ W, y la longitud de salida 37′ W′, la longitud observada 85° 43′ W, la latitud observada 28′ 29 N. La singladura había sido, por lo tanto, corta; pero el viento Sur seguía fresco con una fuerza aproximada de cuatro, y el cielo apenas si tenía una cuarta parte cubierta de nubes cumulus, nuncios de buen tiempo. Con estos augurios las treinta y nueve millas andadas casi le satisfacían. ¡Ah, si no hubiese en todo el viaje

días peores! Volvió a la cámara, guardó el sextante, rectificó los cronómetros, trasladó las notas al Diario de Navegación y, después de almorzar, incitado por el sopor ya estival en aquella latitud—el termómetro marcaba 91 grados Farhenhait—se echó en su litera a descabezar una siesta. Ettore, el contramaestre, vino poco tiempo después a despertarlo.

Paulo, que estaba de servicio, había creído ver un punto a lo lejos, a sotavento, y avisó en seguida a Pietro, quien tras muchos esfuerzos aseguró no ver nada. Para zanjar la diferencia se llamó a Mario, la mejor vista de a bordo, y éste, después de largo mirar haciendo pantalla con las manos, corroboró la opinión de Paulo. Poco a poco todos los marineros salieron del rancho de proa, en el cual, a causa de los claros originados por las deserciones, dormían todos, dejando el rancho central para Luiggi, el más incurioso de a bordo, que apenas apretaba el calor despedía de su cuerpo emanaciones bravías. Enmanuele dejó la cocina y formóse un grupo; mas a pesar de no estar movida la mar, la

crestería del oleaje y el rebrillár del sol entorpecían las observaciones. Poco a poco los pareceres fueron conciliándose: sí, había algo, no se podía dudar. De pronto, Mario lanzó un grito y aseguró estar cierto de que en el punto lejano había aleteado una cosa blanca, brillante. Sin decírselo, la idea de un submarino alemán amedrentó a todos; y entonces fué cuando Ettore decidió ir a despertar a Guillermo.

—Mire usted, allí... Por estribor, entre el mayor y el mesana... ¿No ve?

—Sí... Callad... Tráeme los gemelos, Pietro.

—De seguro es un submarino maldito—gimoteó Enmanuele.

—He dicho que calléis... Ya se verá lo que sea. Y si es un submarino, nada podrá hacernos, porque no estamos en guerra con Alemania.

—Pero en Penzacola decían que podíamos entrar de un momento a otro...

—Los únicos que estarán seguros, serán los que tienen la nacionalidad austriaca... El segundo, tú, Ettore y Luiggi.

—Silencio... Sí, algo se mueve... Debe de ser una embarcación.

—Mal rayo los parta si son ellos, y el patrón del día, San Bernardino de Sena, los confunda—declaró *Sanica*.

El segundo había acudido también, y hasta Arduini se acercaba lentamente, somnoliento aún, con el cigarro apagado entre los labios. Cuando Pietro llegó con los gemelos, Guillermo los graduó y estuvo mirando largo rato, rodeado de un silencio expectante. Al fin, dijo:

—No se ve claro. Parece un bote... y parece también que alguien hace señas en él. Lo que es éste tiene buena vista.

Y dirigiéndose a Jorge, ordenó:

—Gobierne usted para acercarnos... Y vosotros, arriba: a aferrar un poco de trapo para hacer la bordada más corta... ¡Ea, vivos!

En pocos minutos el *Palinuro* navegó en demanda de aquel punto misterioso, que se fué acercando, agrandando, precisando. Sin necesidad de los gemelos, veíase ya que era un bote, y percibíase en él una forma que agitaba una tela.

—Parece una falúa de gasolina.

—Tal vez sea de algún barco torpedeado... Lo extraño es que no se vea más que a un hombre.

—Arriad el bote y que vayan *Sanica*, Luiggi y Giacomo con el segundo.

Volviéronse hacia el mar los pescantes, y el bote descendió poco a poco, hasta quedar a flote, después de haber estado a punto de zozobrar dos veces. Con el bichero, Jorge lo apartó del *Palinuro* y, de un impulso unánime de los seis remos, deslizóse sobre las olas, apareciendo en las cúspides y ocultándose en las depresiones de los que acodados en la borda observaban. Se habían cargado todas las velas para mantenerse al pairo, y aun cuando la refracción de la luz impedía ver con claridad, Mario distinguió a los dos botes juntos. Guillermo, con los gemelos apretados contra los ojos, seguía la marcha del bote y el abordaje, sin decir nada, sin querer darse cuenta de la ansiedad de los que estaban cerca de él. Cuando se vió la embarcación de regreso, menguaba ya el día y la

luz era insuficiente para servirse de los prismáticos. Sobre el mar, cuyo traslúcido cobalto habíase trocado en un verde opaco y cenizoso, el bote avanzaba con menos ímpetu que a la ida, impelido por los remos que, a intervalos isócronos, caían en el agua sin parecer ahondarla apenas. Detrás de los tres marineros encorvados por el esfuerzo, veíase al segundo, y junto a él a otro hombre. Antes de echarles el cabo de atraque para llevarlos hasta la escala de gato colgada con dos garfios de la regala, a estribor, Guillermo gritó a Jorge:

—¿Era de algún torpedeo?

—No; dice que no.

—Bien... A ver el atraque... Cuidado con un golpe... ¡Ya está!

Los remos se abatieron hacia el bote como plegadas alas, y puños vigorosos tiraron del cabo y se sujetaron a los bordes de la escala de cuerda. Arriba veíanse los bustos inclinados sobre la borda; la cara de Enmanuele revelaba una curiosidad a la vez angustiosa y pueril: hubiese dado hasta su navaja

de afeitar—que no prestaba nunca a nadie—por saber algo antes que los otros. Subieron. Luiggi y *Sanica* quedaron abajo para atar el bote a los pescantes e izarlo después. El náufrago saltó a cubierta ágilmente. Era un hombre rubio, de ojos grises, sin bigote ni barba. Su aspecto no era calamitoso: las mejillas frescas, los ojos sin fatiga, las manos pulcras, no sugerían ideas de privaciones ni de luchas contra la ira del mar. Vestía pantalón recio, botas fuertes, gorra, y una pelliza muy abultada que le daba aspecto fenomenal, como si entre sus piernas y su busto existiese demasiada desproporción; fijándose veíase que llevaba los bolsillos llenos de cosas. Al poner los pies en cubierta, saludó en lengua italiana, y se dirigió desde el primer instante a Guillermo, cual si éste llevase marcada en el rostro su autoridad de jefe. Luego, con repentino decaimiento, dijo:

—Estoy extenuado... Llevaba treinta horas en el bote... Dénme algo de comer o de beber antes de preguntarme nada.

Y se dejó caer sobre un rollo de cuerdas,

mientras el velamen volvía a cubrir y combar levemente los palos, y la nave, en un acto de voluntad, reanudaba entre grecas de espuma el viaje interrumpido.

III

L castillo de popa ocupaba la cuarta parte de la nave y estaba un metro más elevado que la cubierta. A la cámara, empotrada en él, conducían dos estrechos peldaños guarnecidos de cobre. Era reducidísima, recubierta de madera obscura, y en ella el espacio tenía ese prodigioso aprovechamiento que tanto llama la atención a quien visita por primera vez un buque. Frente a la puerta, cubierta con una cortina de sarga en el buen tiempo y con un tablón claveteado en los días invernales o tempestuosos, veíase una mesita entre las cuatro literas, abiertas de dos en dos, una encima de otra, a ambos lados del recinto. Una de esas literas, habitualmente utilizada para guardar

provisiones de boca, fué desalojada y limpiada de cucarachas a toda prisa, para dársela al náufrago. En el fondo, en un armarito de puertas de cristales, veíanse rollos de cartulina, banderas y algunos útensilios de náutica. Los cronómetros estaban colgados junto a la cabecera del piloto... La habitación era algo obscura de día, a pesar de entrar luz por las lucernas del techo, porque el palo mayor, cuando no proyectaba sombra, robaba siempre claridad por estar muy cerca de la puerta. Encima de la mesa, cubierta con un hule, la lámpara de acetileno en suspensión de Cardac alumbraba de noche las cenas, los solitarios de naipes del capitán Arduini y las lecturas de Guillermo, que se limitaban a un tomo del *Boletín Hidrográfico Español*, que le regalara un piloto vizcaíno en Portugalete, donde leía sin fatigarse los viajes de un intrépido nauta del siglo XVII, apellidado de la Cuadra. A veces desplegaba sobre la mesa las cartas náuticas y trazaba durante horas enteras, con lápiz o con alfileres, derrotas ilusorias.

Doce horas de sueño no habían repuesto aún al náufrago de su cansancio. Una vez alzó la cabeza y la proyectó fuera de la litera, con precaución; pero al ver al capitán Arduini acostado, con el cigarro en la boca y los ojos abiertos, cerró los suyos y volvió a dormir.

Poco antes del almuerzo, Guillermo entró y preguntó al perezoso:

—¿No se ha despertado todavía?

—Aún no; ronca como si fuera a dormir veinte horas más.

—Pues va a haber que interrumpirle el sueño... Tal vez esté débil y necesite alimentarse.

—No ha sido buena pesca: pesca que come, siempre es mala. Como no encontremos un vapor a quien largárselo...

—Muy cerca ha de pasar, porque yo no pierdo este viento, para darle vuelta a las Tortugas cuanto antes.

—Claro; mientras más pronto se deje el Golfo, mejor.

Acercándose a la litera del náufrago, des-

pués de mirarlo un rato con fijeza, Guillermo le puso la diestra en un hombro y, sacudiéndolo sin brusquedad, le dijo:

—Eh, buen hombre... Despierte del todo para que me conteste a algunas cosas... Tengo el diario de navegación sin llenar, y no me gusta retrasarlo... ¿Está ya bien despierto?

—Sí... Puede preguntar... Les estoy agradecido y dispuesto a corresponderles cuando llegue la ocasión... El mundo no es tan grande para que no podamos encontrarnos más de una vez, y siempre hay tiempo de devolver los favores y perjuicios que se reciben.

—Muy bien dicho... Vamos a ver... ¿De dónde venía usted, cuál es su nombre, adónde iba y qué circunstancias le obligaron a pedirnos socorro?

El náufrago se incorporó, sacó los pies de la litera para sentarse, y se dispuso a contestar. La mirada límpida y el tono de sus primeras frases no demostraban ni adormilamiento ni titubeo. Sus respuestas fueron cer-

teras, sencillas. No dijo nada inoportuno y se plegó con ductilidad al tono que Guillermo quiso imprimir al interrogatorio.

—Salí de Movila ayer por la mañana. Iba con otros amigos, dueños como yo de gasolineras, por gusto, y me adelanté para ganarles una regata, hasta que los perdí de vista. La noche se me echó encima, y aunque yo creí haber puesto proa a tierra, debí desorientarme, porque después de agotar casi todo el petróleo, continué sin ver faro alguno ni señal de costa. Para colmo de desventuras, una ola me inutilizó el motor, y estuve mucho tiempo al garete, no sé cuánto... hasta que vi este barco... Sin ustedes, de seguro a estas horas no estaría vivo. La corriente ha debido empujarme hacia el sitio donde me encontraron.

—La corriente, no... Tal vez la brisa, si la falúa era muy ligera y calaba poco. ¿Es usted americano?

—Sí, y no... Estoy nacionalizado hace tiempo; pero soy de un pueblecito cerca de Fiume, mitad austriaco y mitad italiano... Un

poco más italiano, para ser sincero. ¿Ustedes también son italianos?

—Sí. Me hará usted con todo eso una declaración firmada... Si no encontramos un buque, cosa no muy fácil por aquí, no tendrá usted otro remedio que venir con nosotros hasta Trieste... Comprendo que no le sea muy agradable. Siempre es algo mejor que tener una pinta de agua en el vientre o que servir a los tiburones de comida.

—Claro. ¡Qué le vamos a hacer!...

—Aquí tiene papel y tinta. Escríbalo todo bajo juramento. Ponga también sus bienes de fortuna y diga que contrae el compromiso de indemnizar al armador de los gastos de manutención..., a no ser que prefiera que los paguemos a prorrateo entre todos.

—Soy rico, y no soy ingrato ni miserable. Todos serán, no sólo indemnizados, sino pagados, premiados... Palabra de honor.

—Nosotros no necesitamos pago alguno... Recoger a un hombre en la mar cuando está vivo es tan deber como echarlo a la mar cuando está muerto.

Mientras el náufrago ponía después del pronombre *yo,* su nombre: Rodolfo Palaceus Randaccio, y proseguía la declaración en letra cursiva, de hombre muy habituado a escribir, Guillermo salió a cubierta, donde, azuzados por el espíritu de comadre de Enmanuele, los tripulantes libres de faena comentaban aún las peripecias del salvamento. Los que quedaron a bordo preguntaban a los que fueron en el bote, y éstos repetían incansables que la lancha estaba muy castigada por el mar, con el motor roto, y que el náufrago, antes de abandonarla, había puesto el pie en una cuaderna que debía estar pegada con saliva, porque en seguida se abrió una brecha, entró el mar y la gasolinera se fué a pique cuando estaban aún a pocas brazas. Enmanuele, más por satisfacer su curiosidad que por pedir una orden, preguntó a Guillermo:

—¿Comerá en la cámara o con nosotros?

—Por ahora, en la cámara. Aunque no parece estar muy débil, prepara una buena sopa... ¡Ah; y a ti y a todos, que no tenga que

recordaros la obligación de no marearle a preguntas y de tratarlo como corresponde. Ya tendréis sobrado tiempo de saber su vida y milagros si no encontramos a quienes confiarle el encargo de devolverlo a su casa. Dice que es de Movila y que salió con otros amigos a dar un paseo.

—Sabe Dios si será verdad...

—No seas mal pensado, Enmanuele...

—Por pensar mal no se pierde nada y puede ganarse.

—Peor para él si miente. Sea de donde sea, vendrá hasta Trieste con nosotros.

—Y si no lo quiere así, que se marche.

Risas anchas celebraron la cuchufleta. El viento se había «quedado» hacía varias horas casi por completo, y como apuntaban ventolinas del SW., hubo de virarse, mura a estribor, para hacer algo de camino. Esta maniobra apartó durante algún tiempo la atención del náufrago; pero en cuanto el ocio se volvió a restablecer, los comentarios se reanudaron, y a la hora del almuerzo, Pietro, que servía de camarero, vino diciendo que el náufrago

era muy amable y muy simpático. Enmanuele ingenió en seguida un pretexto para ir a curiosear. Según él, debía ser un hombre muy rico, porque la ropa era magnífica y tenía, además, aire de señor. En sólo dos minutos observó más que el camarero en toda la comida.

«A pesar del calor y de haberse el capitán Arduini desabrochado la camiseta, él no se quitó la pelliza; sobre la litera había puesto una caja de hoja de lata en forma de maletín; debía también ser ilustradísimo, porque, al verle entrar, se dirigió a él en su dialecto de Nápoles y dos veces le habló también al segundo en otra lengua—alemán o inglés—que el segundo no debió entender, pues le respondió en italiano.»

Después de la siesta, Rodolfo hizo su primera salida al puente. Descendió por la escalerilla del castillo de popa y, luego de charlar un momento con Enmanuele, fué de un grupo a otro dando a todos las gracias. Su tono era afable, llano. Sin visible esfuerzo procuraba colocarse en la zona peculiar de

conversación de sus interlocutores. Escuchaba con ese interés deferente que complace a quien habla; compartía siempre las opiniones dichas por cualquiera y sonreía con cándida y feliz sonrisa... Si algo le contrariaba—dijo—era verse alejado de los suyos, sin medios de hacerles saber que estaba en salvo... Pero, al fin y al cabo, esa desgracia no era nada en comparación con la suerte de haber escapado a tan gran peligro y de haber caído entre tan buenas gentes. De vez en cuando hacía preguntas breves, de índole náutica casi todas:

—¿Suelen encontrarse vapores a menudo?

—Según; a veces se cruzan varios en poco tiempo, y a veces no se ve ni uno en todo el viaje.

—Habrá muchos barcos ingleses, ¿verdad?

—Siempre hay más que de los demás países.

—Creo que alguno de entre vosotros y el segundo son austriacos... Bueno, sólo de nacionalidad; pero austriacos al fin.

—Sí, el contramaestre, Luiggi y aquél;

pero como si no lo fueran... Aquí todos somos de Italia.

—Claro, sí... De todos modos eso siempre les creará obligaciones y formalidades que cumplir. Las autoridades austriacas son tremendas. Milagro que no los han llamado a servir en la Marina...

—Y si los llamaran desertarían. Creo que sólo han tenido que ir a firmar al Consulado... ¡Voy, contramaestre!... Dispense usted.

Ettore llamaba a Mario desde popa. Rodolfo quedó solo y se apoyó en el borde de la regala para ver el mar. Aun cuando la brisa era floja, el barco cabeceaba bastante. Las olas largas, muy tendidas, tenían al chocar un leve chasquido y alzaban regueros de espuma que el sol iluminaba con varios colores. A veces trazaban anchos planos que la luz hacía parecer chapas de metal. Girando lentamente sobre sí mismo, Rodolfo contemplaba el vasto círculo sobre el cual caían los bordes imaginarios del cielo; sus ojos parecían buscar algo en la extensión, y quizá su desasosiego proviniese de verla sin un vesti-

gio de vida humana, de recordar su casa distante o de rememorar que la víspera él mismo no era sino un átomo, apenas engrandecido por la facultad de sufrir, en la vastedad rumorosa del agua, bajo la indiferencia del cielo. El aire yodado entraba en sus pulmones y le dilataba el pecho en cada aspiración; pero en su frente una arruga vertical hubiese apartado del menos sagaz observador la idea de que aquel hombre gozaba de ese ánimo con que nos detenemos al dejar un peligro detrás. Algún pensamiento momentáneo debió acentuar su preocupación y mortificarle, porque sus músculos se contrajeron y echó a paso largo hacia la cámara. Paulo se ocupaba en hacer las literas, y él le preguntó con nerviosidad:

—¿Y la caja que estaba ahí?

—Debe estar debajo de la colcha.

—Ah, sí; aquí está. Dispense. Es que tengo en ella todas mis cosas y...

—A bordo no se pierde nada. Descuide.

—¡Oh, ya lo sé! Mi miedo es que se hubiera caído y se hubiera roto algo. De sobra

sé que estoy entre personas inmejorables.

Y volvió a salir a cubierta, seguido por la mirada apenas atenta del capitán Arduini, que casi ni había cambiado de postura durante el diálogo. Junto a la escalerilla del rancho central, Luiggi incitaba a Pietro y a Ettore a jugar una partida de naipes; y ellos se resistían, so capa de no hacerles gracia perder el dinero. Esto no convencía al jugador, quien, con tal de jugar, no le importaba hacerlo infructuosamente; y de ese modo jugaban garbanzos o alubias, atribuyéndoles valores fantásticos. Paulo, el cuentista de a bordo, trataba de reunir hipócritamente el grupo que en los días de tedio escuchaba de sus labios, con arrobo, relatos de amor, de inverosímiles aventuras de caza y combates; en verdad, gozaba con sus éxitos de narrador esa turbadora emanación del éxito, que en todas las zonas del arte enloquece por igual; pero le gustaba que le instaran mucho y no defería a su propio deseo sino tras largos ruegos de todos. Un poco más lejos, *Sanica* se esforzaba en transmitir a Mario el tesoro de su sabiduría,

y a las palabras en español, repetidas una y otra vez, sucedían las frases cortas y las enumeraciones de fechas y santos:

—Veinte de Enero: San Fabián, presbítero; San Sebastián y Neófito, mártires; San Mauro y San Eutimo, abad. Treinta de Diciembre: Santos Exuperancio y Marcelo, diáconos; Santos Menustiano, Severo, Apiano, Donato y Honorio; San Sabino, obispo, y Santos Eugenio, Liborio y Rainerio, beatos.

Mario, tras doloroso y cómico esfuerzo para someter a aquella inacción torturadora de los músculos su plétora juvenil de energía y a aquel torbellino de nombres, apelativos y fechas la charla felizmente inactiva de su memoria, taconeaba, mudaba de postura, y, al fin, fiel a su táctica de siempre, se alzó de un salto, hizo una pirueta y echó a correr, mientras todos reían:

—¡Basta por hoy, abuelo!... Ya aprendí demasiado... En cuanto sepa tanto como usted, no tendrá nada que enseñarme, y nos aburriremos... ¡Me voy!

Sanica entonces se ponía en pie, echaba a

correr tras él amenazándole, y cuando, a pesar de su resistencia de viejo fornido y juvenil, quedaba extenuado sin haber logrado darle alcance, se echaba también a reír, y decía, entre complacido y pesaroso:

—¡Ah, bribón..., bribón! Otro día te amarraré con un chicote y cogeré un rebenque para hacerte aprender... Nunca sabrás nada... Ni esto... Vas a ser el verdadero burro de mar.

Rodolfo los veía sonriente. Creía conocerlos ya bien, y, sin embargo, de lejos los confundía aún. Dijérase que la profesión y el marco ejercían poder esfumador de particularidades. Hasta los rubios tenían con los morenos un parecido extraño. Los pechos velludos, los brazos musculosos llenos de tatuajes, las piernas elásticas, las cabelleras revueltas, dábanles esa semejanza que presta el aire de familia o el uniforme. ¿Cómo los ojos saltones de Jorge podían recordar los mortecinos de Giacomo? ¿Por qué extraña causa la cabeza rala de Luiggi podía confundirse con la crespa de Ettore? Las edades

también nivelábanse en ese parecido, y excepto Mario y *Sanica*, los demás, para Rodolfo, representaban tener por igual esos años en que las energías del hombre marcan una cima gloriosa entre la infancia y la vejez.

A media tarde, Guillermo, desde el castillo de popa, vió un leve rastro de humo en el confín del horizonte, y llamó a Rodolfo. Éste mostró gran inquietud y no disimuló su alegría cuando pudo comprobar que el buque apenas si tocaba en un solo punto de tangencia el horizonte sensible y que no sería hacedero hablarle por el telégrafo de banderas, según indicó Jorge, a causa de la mucha distancia y de la luz menguante. Un momento temió que a Guillermo se le ocurriese lanzar un cohete de aviso; pero la tarde, aún clara, habría imposibilitado la tentativa; tal vez por ello nadie pensó en utilizar ese recurso.

Poco a poco, del rostro lampiño se borró la inquietud, y durante un rato, mientras Jorge estuvo con ellos, habló voluble de cosas ajenas al incidente. Cuando los dos quedaron solos, lo bastante apartados del timo-

nel, merced a pasitos hábiles de Rodolfo, que obligaban al piloto a acercársele para proseguir la conversación, le dijo en un tono primero insinuante, luego semidutativo y al cabo firme, casi audaz:

—¿Habría mucho perjuicio en dejarme en La Habana o en Veracruz?

—Imposible. No sabe usted lo que se dice. Un perjuicio inmenso e inútil.

—Inútil para usted en todo caso..., y menos de lo que se cree. No sería preciso entrar en puerto. Bastaría desembarcarme en cualquier playa.

—Peor aún... Ya le he dicho que si no pasa un barco o se desata un ciclón que por avería nos hiciera arribar a cualquier sitio del Golfo, no le queda otro remedio que venir con nosotros hasta Trieste.

—¿Y si se hubiese declarado la guerra y no pudieran ustedes entrar?

Guillermo quedó un momento perplejo ante la hipótesis, no por posible y casi anunciada menos contrariadora, y Rodolfo, acercándose más aún, prosiguió:

—Estoy seguro de que en esta misma semana la guerra será un hecho... Me consta. Con dejarme en una playa o con llevarme dentro de dos días justos a un sitio que no debe estar lejos de aquí y donde irían a recogerme, nada perdería usted: al contrario... Mucho más que cuanto le produzca el viaje, y aun de lo que vale la carga, sería suyo... Y no por promesa ni a plazo largo, sino inmediatamente... En cuanto usted me hiciera el servicio.

Enmanuele, so pretexto de una consulta culinaria, se acercó a oír, y los dos callaron. La proximidad de la noche empezaba a enturbiar la tarde, y los celajes rosáceos, violeta y carmín, se copiaban en el mar quieto y sin rumores. Una serenidad infinita circuía la nave. Desde el castillo de popa veíanse las velas henchidas y las puntas escuetas de los palos. El silencio era tan puro, que el ruido suavísimo de la proa al hender el agua sonaba como algo inmaterial. La luna, insinuada apenas en el cielo durante la primera parte del crepúsculo, iba intensificando su

plata, y ponía en el mar un halo amarillo, neblinoso. Cuando Enmanuel agotó sus motivos de charla y desapareció en la escalerilla que iba a cubierta, Guillermo se acercó al náufrago, y en voz seca, imperativa, le ordenó:

—Vaya a romper la declaración que escribió anoche, porque es falsa. Tiene doce horas para rehacerla...

—Es que...

—Cuando sepa, sin el menor engaño, quién es usted, podremos hablar... ¡No me responda! Aquí soy yo el jefe, el jefe único, y sólo me gusta mandar las cosas una vez... No lo olvide.

Y en la penumbra, la mirada de los ojos azules del Norte se cruzó con la de los ojos pardos del Mediodía ásperamente, igual que chocan dos aceros en el momento de empezar el combate.

IV

ENARON sin apetito. Las baladronadas del capitán Arduini se embotaron en el silencio del piloto y del náufrago; y Jorge, nunca muy locuaz, tampoco animó la conversación; de modo que el monólogo del sibarita languideció entre vaso y vaso de vino, y extinguióse a los postres, cuando las espirales de humo del cigarro, ensanchándose, llenaron la cámara de una tenue neblina azul. Al quitar la mesa, Rodolfo cogió papel y pluma, y antes de empezar a escribir, quedó largo rato meditativo; a veces parecía decidirse, mas antes de trazar la primera letra, la arruga vertical surgía honda, la diestra se aquietaba, y todo él volvía a la inacción física. Sobre la fisono-

mía del piloto caía también un velo de gravedad: las facciones parecían más acusadas y, tras la estrecha frente, adivinábase el pugnar de ideas sencillas, fuertes, de esas que se resuelven en decisiones inquebrantables. Una racha áspera que vibró entre las jarcias llevó al piloto y al segundo fuera, y allá los tuvieron más de media hora los preparativos nocturnos. Volvió Guillermo solo y, al entrar, vió que Rodolfo dormía y no quiso despertarlo. La hoja blanca de papel estaba aún sobre la mesa, impoluta; junto a la litera sólo las botas denotaban que el desconocido se hubiese despojado de algo para acostarse; sin duda tomaba precauciones. En su imaginación de hombre avezado a los peligros claros, formidables, del viento y del mar, aquel riesgo oblicuo, sin forma, adquiría para Guillermo esa penetración disgregante de energías y razonamientos que producen en muchos caracteres fuertes las cosas de ultratumba. No lo miraba ya como a otro hombre, sino como a un secreto vivo... Bajo el cabezal asomaba un extremo de la caja metálica.

Guillermo se acercó a él, puso su cara muy cerca de la suya para observar si fingía el sueño, y ni un músculo del rostro yacente se contrajo; ni siquiera las móviles membranas de los párpados, surcadas de venillas muy azules, tuvieron la menor vibración; sí, debía de estar dormido... Sin embargo, cuando ya estaba el piloto sentado en su litera, le pareció sentir bajo la sábana de Rodolfo el movimiento de un brazo que cambiaba de postura, y entonces puso el revólver a su alcance y esperó largo rato. La convicción de que no dormía, de que también lo había engañado en eso, lo penetró; y tuvo casi miedo a su poder de disimulo, y acudieron a su memoria pormenores que, sin su lealtad y simplicidad de hombre para quien las palabras no son antifaz sino expresión del pensamiento, debieron descubrirle la falacia. Así estuvo largo rato, indeciso. Luego llamó a Ettore, le ordenó que fuera a relevar un instante al segundo y que le dijera que viniese, y, ya resuelto a obrar, sintió el ánimo tonificado. Al llegar Jorge lo llamó junto a

él, y, en voz queda, señalando a Rodolfo, le dijo:

—Sin que la gente se dé cuenta, hay que vigilar a ese hombre.

—¡Al náufrago...! ¿Cree usted...?

—Creo, sí. Usted y yo nos turnaremos esta noche, y mañana se decidirá. Vaya ahora a hacer su cuarto hasta las dos. Yo estaré despierto cuando usted venga.

La noche transcurrió así. En el desvelo, por la imaginación sobrexcitada del piloto pasaron todas las historias extrañas oídas acerca de la guerra; pero por más que aguzaba la fantasía, no acertaba a hallar posibilidad verosímil para justificar que aquel hombre entrara allí con propósito deliberado. Para hundir el barco, para entregarlo a un submarino, embarcar en él era el más absurdo de los procedimientos. De todos modos, la trascendencia posible del hecho y la mala fe de aquel hombre eran indudables. ¿No le había propuesto que lo dejase en un lugar determinado de la costa mexicana, en la gran Antilla o en un sitio prefijado del mar? Des-

pués de esto la duda era imposible. Tal vez fuese un espía perseguido en los Estados Unidos y obligado a huir; acaso llevase una misión secreta o alguno de esos designios monstruosos exentos de la noble excitación de la batalla; quizá dependiesen del logro de su plan muchas vidas, no para ser salvadas, sino para ser segadas impunemente, porque una existencia sola no puede pagar más de una muerte inflingida sin justicia y aun casi con justicia por ella. Y al pensar en eso se incorporaba atónito, ante la cara plácida, inmóvil, desprovista de todo rasgo de violencia, con algo de infantil. Y la devanadera de la imaginación seguía hilando del copo de las suposiciones terribles, la hebra del insomnio.

Cuando volvió el segundo, Guillermo se durmió con sueño sobresaltado, tormentoso. Muy entrada la mañana, contra su costumbre, dormía aún. Al despertar vió a Rodolfo acostado, vuelto de espaldas hacia él; pero junto al cronómetro un papelito doblado, con su nombre y su apellido escrito en el doblez externo, restituyó a su mente, aún brumosa,

la realidad dramática. Casi esperaba aquel papel, y, a pesar de esperarlo, se turbó un instante y tembló; mas cual si el dormido pudiese verle, su virilidad sintió sonrojo y tendió la mano sin titubear y abrió la esquela. Su contenido era breve, impregnado de un torpe tono imperativo que envenenó la hostilidad nacida ya la noche antes. Decía así: «*De donde venga y como venga, nada le importa. Soy alguien y vengo desde luego a algo, no lo niego; pero a algo que ningún mal puede traerle a usted, ni a su barco, ni a sus hombres, ni a su patria. Por prestarme apoyo no ha de perder nada y puede ganar mucho. Uno o dos días más de viaje en un velero nada importan y, en cambio, le procuran para todo el resto del viaje un salvoconducto, y para todo el resto de su vida bienestar. Le aseguro que nadie, nadie, atacará ni molestará al* Palinuro. *Puesto que lo de dejarme en Méjico o en Cuba es difícil, esté lo antes que pueda en los 79º 54′ de longitud y 25º 11′ de latitud Norte, y allí me recogerán sin el menor riesgo para uste-*

des. De no hacerlo nos perderemos todos. Tenga en cuenta que al meterme en la gasolinera di ya la vida por perdida.—RODOLFO VON KEHLLER.»

También el náufrago se había dormido cerca del alba, mas no con sueño sobresaltado por la presencia de un riesgo o de una preocupación repentina, sino con ese sueño denso, animal, que sigue a los lapsos de extremadas vigilias, privaciones y trabajo rudo. Cuando despertó, su espíritu estuvo dos o tres minutos perdido, fluctuando entre la sombra del sueño y la luz de la conciencia. Al pronto, el testimonio de los sentidos le produjo duda: la estrecha estancia en penumbra, el brillo de los cronómetros y de los aparatos de navegación en el armarito, la luz descompuesta en colores amarillos, violáceos y rojos que se pintaba en los vidrios de las lucernas del techo, no consiguieron por sí solos situar su espíritu en la realidad; y hubo de cerrar los ojos de nuevo para que la brújula de su inteligencia, sin sufrir alteraciones externas, orientase el recuerdo y determinase

la verdadera situación anímica. Al fin alzó la cabeza, miró el sitio donde dejara la carta, sonrió y, con ademán rápido, calzóse las botas y se puso en pie. Fuera no se oía nada anormal; de tiempo en tiempo resonaban arriba los pasos fofos de los pies descalzos y los firmes de Guillermo, Jorge o el capitán Arduini, que, por excepción, no estaba acostado en su litera. Una idea inoportuna hizo a Rodolfo acercarse a la salida y comprobar si había sido puesto el cierre de tablas para aprisionarle o para protegerle del viento que se oía mugir fuera. A su empuje el tablón claveteado giró sobre sus goznes. Y otra vez Rodolfo volvió a sonreir. «¡No, no se atreverían a decidir nada contra él!» Tenía para dominarlos tres elementos de superioridad que se sobrepondrían tras los primeros choques producidos más por el genio que por el carácter: la inteligencia, la cultura y la aureola de misterio que hacía fuerte y amenazadora su soledad en medio del buque. De nuevo junto a su litera, retiró la caja metálica de entre la colchoneta y la almohada,

sacó de ella un frasco de colonia y un peine, y, tras somero aseo, estiróse las ropas, se ciñó el cinturón, y salió a cubierta.

El aire fresco devolvió a su espíritu la agilidad plena. Con precauciones por si hubiese Guillermo restringido su libertad, avanzó algunos pasos esforzándose para leer en los rostros. Tal vez el ceño de algunos viniese del cambio de tiempo. Soplaban rachas frescas, y el barco, marinero de suyo, y más ahora por la calidad de la carga—mayor volumen que peso—, seguía sin sacudidas las rápidas curvas del oleaje. Debían venir mares de fondo del Norte. El cielo, muy gris, parecía haber empequeñecido el círculo del horizonte echando sobre él sus bordes de bruma. La cubierta húmeda, el día desteñido, el hecho de que Jorge pasase junto a él, para dar órdenes de aferrar las gavias, sin dirigirle siquiera un saludo, puso en su ánimo sombras de inquietud. Sin embargo, el tiempo no debía ser excepcionalmente malo, pues al cruzar el primer rancho vió que Luiggi y *Sanica* dejaban una partida de naipes para

cumplimentar la orden del segundo, y halló a Enmanuele dentro de la cocina. Se acercó a pedirle café, y éste se lo alargó sin hablarle. Apenas si, con gran trabajo y habilidad, logró arrancarle algunas palabras, que le dieron la certidumbre de que Guillermo no había dicho aún nada, por lo menos a la marinería. Bebió de prisa el desayuno y fué hacia proa; en todos comprobaba, junto a la misma parquedad en las respuestas, que nada concreto sabían. En vano empleó la franqueza más seductora; inútilmente habló a Enmanuele en su dialecto napolitano y a los de países irredentos en el italiano un poco brutalizado por la convivencia con el idioma dominador. No era que quisieran fingir; su ruda simplicidad no habría podido, aun proponiéndoselo, engañar a un hombre culto, ducho en el arte de manejar hombres y de entender en vez de las palabras que se dicen, aquellas que quieren apartarse más de la indiscreción de la boca. Hasta Mario, a quien prometió regalarle cuando llegasen a puerto una moneda de oro, no estuvo tan locuaz como el día

antes. Y, sin poder resistirse a su costumbre casi profesional de observador de sospechas y suspicacias, cual si en aquella sociedad de instintos donde apenas si la inteligencia tenía otra función que la baja técnica marítima, el suyo dijese a la cultura deseosa de especulaciones la conveniencia de dejarle proceder sin consejos, pensó con escalofrío de pavura en el misterio de aquel contagio que, como si se tratase de una enfermedad del alma, había pasado de uno a otro, sólo por estar unidos al que ya consideraba su enemigo por la subordinación, por la convivencia en un medio fuerte, creador de cohesiones; por la confianza en su sabiduría para ir sobre las aguas, entre bonanzas y tempestades, de puerto a puerto. Y por primera vez tuvo la visión de que aquellos hombres obtusos, por estar siempre rodeados de inmensidad, pudieran constituir contra su argucia una fuerza inmensa, invencible.

No dudaba de que Guillermo le hablaría; pero sonó en la campana de proa la hora del almuerzo, que a causa del aire fué en la

camareta donde persistía aún ese olor dulzón de las aglomeraciones humanas, y nada le dijo. Ante el torvo mutismo del piloto y de Jorge y las palabras cándidas de glotonería del capitán Arduini, tuvo la certeza de que su personalidad sólo era conocida por los dos silenciosos.

Concluyó la comida, y ni una palabra alusiva a la situación difícil creada por los hechos se dijo; en dos ocasiones Rodolfo quiso llevar la conversación por atajos bruscos hasta el punto interesante, pero Guillermo, con inesperada habilidad, sin descubrir la evasiva, restituyó la plática a la zona de ideas generales que permitía al verboso capitán explanar su filosofía de epicúreo práctico. Después salieron a cubierta. Como continuamente había entre ellos alguien, el tiempo transcurrió sin que Guillermo dijese nada de lo que sin duda tenía meditado decirle; y esta cautela en un hombre a quien había prejuzgado impulsivo, preocupó a Rodolfo decidiéndolo a tomar la iniciativa en cuanto se le ofreciera ocasión. Antes de media tarde el

horizonte se había ensanchado, y al través de las nubes cúmulus que persistían con su augurio de tiempo incierto, vislumbres de sol dieron al mar un tenue brillo que en seguida apagó la noche, noche sin estrellas ni luna. Porque no había podido hacerse observación astronómica Guillermo iba a cada rato a popa a tantear la corredera para realizar cálculos de estima. En una de esas veces Rodolfo se le acercó a hablarle.

—Supongo que tendrá usted algo que responder a mi carta.

—Algo que ordenarle... y que responder también, sí. La respuesta es negativa en absoluto. Sólo recibo itinerarios de mis armadores, y ya le dije cuál tengo.

—¿Lo ha pensado bien?

—Toda la noche. Así, que es inútil volver sobre ello. Ahora escuche las órdenes. Pero antes una pregunta: ¿es usted espía alemán?

—Suponga de mí lo que quiera. No tengo por qué responder.

—Ni me importa. Lo doy por hecho. Marino ya sé que no es... A no ser que en eso

finja usted tan bien como en lo demás. De todos modos, mi resolución es la misma: si me firma el compromiso de resarcir al armador de los gastos, seguirá comiendo en la cámara; y como Italia y Alemania no están en guerra, quedará libre a bordo a condición de ajustarse a la disciplina y de no hacer nada que a mí me parezca siquiera sospechoso. La menor intentona en cualquier sentido perjudicial para mi barco o para mis hombres, cambiará de mala manera su situación. Eso es todo lo que le tenía que decir.

—Está bien. Quisiera a mi vez anunciarle a lo que se expone no obedeciendo la indicación mía.

—A ser torpedeado, a ser hecho prisionero, fusilado, o colgado de una verga. ¡Bah, ya lo sé...! Ahórrese los cuentos de miedo y siga el consejo que le doy.

—Lo seguiré puesto que ahora no puedo proceder de otro modo. Pero usted sabe que las circunstancias no son siempre las mismas. Ya veremos si llegada la ocasión, que no se hará esperar, es usted tan desdeñoso y bravo.

—Ya lo veremos... ¡Oiga, Jorge!

El segundo, que asomaba en ese instante por la escalerilla de estribor, se acercó a ellos. Guillermo le dijo:

—Sin que trascienda a la gente, como le dije anoche, el señor debe ser vigilado y a la menor infracción de mis órdenes preso en el rancho que ha quedado libre por los que desertaron en Penzacola. ¿Estamos?

—Comprendido.

—Usted y yo bastamos para la vigilancia, y espero que el señor no nos obligará a...

—Yo también lo espero.

—De todos modos, se le quitarán las armas que lleve, ¿verdad?—dijo Jorge.

Guillermo titubeó un segundo y, en seguida, respondió afirmativamente. En este punto Rodolfo se dirigió en alemán a Jorge y éste, usando siempre la lengua italiana, nervioso, con los ojos más saltones que nunca, lo atajó:

—Le ruego que no vuelva a hablarme en alemán, porque el piloto no lo entiende y yo no le contestaré... ¿Quiere hacernos el favor de darnos las armas que tenga?

—No tengo ninguna.

—¡Tiene usted un revólver...! Sí, en el bolsillo del pantalón... Ea, evítenos el tenérselo que quitar.

Con ademán instintivo el alemán retrocedió un paso, pero dos manos hechas a domeñar fuertes resistencias le atenazaron por los brazos. La cara lampiña se puso lívida, las pupilas se trocaron en dos chispas fosfóricas... Y al punto, por visible triunfo de la voluntad y la inteligencia, la contracción de los músculos cedió, y la crispatura de los labios se resolvió en sonrisa. Su voz era ya natural, casi jovial, cuando repuso:

—Dispensen. Me falta costumbre de obedecer, pero ya iré aprendiendo... La hora de las violencias no ha llegado. Aquí está el revólver... La culata tiene incrustaciones de oro y es un recuerdo para mí muy querido... Háganme el favor de cuidármelo bien.

Y este tono frívolo fué acentuado por la presencia del capitán Arduini, que llegaba bamboleando su humanidad lenta, llena la ancha boca sensual por una colilla de ciga-

rro y por una copleja obscena, cuyo estribillo le perseguía desde la noche antes, a modo de burlesca obsesión.

El aire, casi todo el día denso, habíase tornado sutil; al desaparecer la electricidad de la atmósfera los ánimos parecieron también libertarse de la gravitación excitadora. Bajaron juntos a la cámara y cenaron. Contra la previsión individual de cada uno, la cena fué animada. Dijérase que el bienestar de la verdad había curado aquel malestar de desconfianza de la comida del mediodía. Este sentimiento que en Jorge y Guillermo era muy semejante al producido por el estallar de un temporal largamente anunciado, sólo Rodolfo hubiese podido analizarlo con puntualidad de psicólogo; pero falto a su vez de la posición objetiva, protagonista del mismo fenómeno que lo hacía respirar a pleno pulmón, reír y hablar ya sin miedo a descubrirse, no hacía sino gozar con los otros. De nuevo sentíase participar de las virtudes elementales de los marineros. ¿Habrían despertado y crecido en él, sólo por dos días de convi-

vencia con aquellos hombres de existencia ruda en frecuente lucha con fuerzas hostiles, pero francas, libres de la complicadora inteligencia, las yerbas silvestres del instinto? Exaltado el júbilo del capitán Arduini por un plato de atún con tomate y anchoas, que había hecho ruborizar de gozo a Enmanuele ante los elogios, propuso celebrarlo jugando a los naipes; y aun cuando Guillermo y Jorge solían no deferir nunca a tal petición, aquella noche la aceptaron con premura, y se organizó una partida de poker. Enmanuele trajo las alubias ennegrecidas con que marcaban siempre los tantos, y Luiggi pidió permiso para venir a verles jugar. Jugador de corazón, estuviese detrás de quien estuviese no delataba con el gesto ninguno de los aspectos comprometedores del juego; sólo después de hecha la jugada, si no era buena, tenía su boca un mohín reprobatorio. Arduini bebía mientras jugaban, y, al cabo, se quedó adormecido, como un sileno náutico. Sus ronquidos no apartaban del juego la atención de los otros tres. Apenas si bosque-

jaron una sonrisacuando Enmanuele, señalando al capitán y aludiendo a sus ronquidos, dijo que si se paraba el viento podrían navegar con motor. Jugaban seriamente, apasionadamente, lo mismo que si las alubias hubiesen adquirido de pronto un valor infinito; lo mismo que si en aquellas barajas grasientas estuviese implícito el juego supremo de la vida y de la muerte, cuya primera baza acaba de echarse poco antes entre Rodolfo y Guillermo, junto a la balaustrada de popa.

V

La tensión espiritual había resentido y fatigado tanto sus centros nerviosos, que Rodolfo comprendió la necesidad de una tregua. La firmeza de aquel medio, cuya resistencia calculara tan mal su orgullo de hombre ducho en la intriga y firme ante el peligro, trastrocaba sus planes. La sorpresa, el estupor, la ira de verlos contrariados por elementos que, en cualesquiera otra circunstancia, hubiese barrido de su paso con desdeñoso soplo, producíale una especie de exacerbación, de la cual era preciso curar antes de intentar nada. Una luz única brillaba entre las sombras de su espíritu; una lucecita verde, como la que cada anochecer ponía Paulo al costa-

do derecho del *Palinuro:* la esperanza de que en su espíritu y en su carácter surgirían antes de transcurrir los diez días que aún le restaban para llegar a tiempo, recursos con que doblegar las voluntades opuestas a la suya, a las órdenes de su emperador y a la conveniencia de su patria. En la sumisión aparente, en el silencio, en la cura de tranquilidad, estaban las futuras fuerzas precisas. Era, pues, imprescindible, no ya fingir resignación, sino tenerla; dejar sueltos durante algunos días los resortes de su espíritu, para comprimirlos después y soltarlos de golpe contra los obstáculos.

La serenidad de Guillermo y de Jorge ayudaban a su propósito. Parecían no temer nada, no recordar nada. La vigilancia no podía ser más cortés; y su libertad a bordo no tropezaba con traba alguna. Cuando al siguiente día entregó a Guillermo el compromiso escrito de satisfacer al armador los gastos de su permanencia en el buque, éste lo leyó atentamente, le dió las gracias, y no aludió siquiera a la conversación de la víspera. Una reserva im-

penetrable no exenta de sonrisa ni de ese noble sentido de la hospitalidad que a veces los plebeyos practican con una plenitud que la prosapia y la educación no logran a menudo, trazábale normas. Bastábale respetar para ser respetado. «No allanes nuestra casa ni envenenes nuestra comida, ni eches cizaña en nuestro surco, y seremos para ti afables», parecían decirle las acciones y gestos de cada uno. A medida que en Guillermo y en el segundo dulcificóse la aspereza del primer roce, aquel contagio misterioso que predispusiera a los tripulantes en contra suya, tuvo también reacción paralela; y de nuevo *Sanica* le recitó el Santoral, y Ettore narró peripecias de naufragios, y Mario recobró su infantilismo y todos le acogieron y respondieron sin inquietud. En estas pláticas procuraba Rodolfo, al par que reconquistar la confianza, allegar datos que guardaba vivos en su espíritu, para construir poco a poco con ellos un arma más fuerte que el revólver que le habían quitado. A veces le era necesaria media hora de charla para obtener un pormenor útil. Ya no pre-

guntaba: sugería; y en torno de cualquier secreto, trazaba anchas espirales de palabras, cual los pájaros rapaces en torno de las presas capaces aún de defenderse.

Los primeros días madrugaba, y las brumas del orto, al disiparse, dejábanle admirar un espectáculo nuevo para él, hombre de ciudad y de sombría intriga: el fúlgido amanecer marino. Junto a Enmanuele, que se afeitaba con el espejillo colgado de un anzuelo fijo en el trinquete, veía los primeros estremecimientos de los rayos del sol al bañarse en la intranquilidad del mar, que, de pronto, mágicamente, adquiría nacarinas transparencias e iba del verde turbio al azul, por una gama maravillosa de cambiantes. Cuanto le había parecido muchas veces uniforme y sin interés, adquirió variedad y atractivo poco a poco; y la vida sencilla de a bordo y el paisaje, ejercieron sobre sus nervios virtud balsámica. Por momentos aquella sedativa calma hacíalo abstraerse de su misión, y entonces era feliz con la forma más común y triste de la felicidad: el olvido. Y cuando la

conciencia del deber, acometiéndole en punzadas súbitas, lo arrancaba al nirvana, el fulgor de sus ojos y la crispatura de su faz acusaban ese dolor hondo del hombre ocupado en labores perversas, que ha sido bueno algunos instantes y, al recobrar su personalidad, entrevé cuán dulce habría sido hacer de aquellos instantes pasados, la vida toda.

En su obra de restaurar la confianza primera, ningún recurso fué omitido: enseñó a Enmanuele fórmulas de algunos platos alemanes—diciéndole que eran ingleses—y dió pábulo a su feminidad murmuradora, sin arriesgarse a hablar concretamente mal de ninguno; enalteció ante *Sanica* la hidalguía de España; dió amenas lecciones a Mario; evocó, ante el éxtasis de Pietro y Paulo, la vida edénica de la isla de Veglia; celebró la fuerza de Luiggi y su manera insuperable de jugar; oyó atento las aventuras náuticas de Ettore; mantuvo hacia el misterioso Giacomo aquella obsequiosidad de todos, sin sospechar que los demás lo hacían por temor de que al transmutarse en fiera por el alcohol, germi-

nasen monstruosamente en él, cambiándose en rencor, las más lejanas e involuntarias rencillas, como ya había ocurrido en otro barco. Durante horas enteras su espíritu fuerte y cultivado empleóse íntegro en captar uno a uno a aquellos espíritus de simplicidad casi primitiva; y muchas noches, al recapitular la labor diurna, sintió espanto ante la cohesión sin hendiduras del alma colectiva del buque, ante el cariño y el respeto que daba a las jerarquías una eficacia para él terrible.

Intentó, a fin de adquirir dulce autoridad sobre ellos, suplantar a Paulo en su función de narrador; pero sus esfuerzos por aniñar el espíritu y contarles fábulas sencillas, no igualaban el arte ingenuo y bárbaro del marinero. En vano recurrió a reminiscencias clásicas de *La Odisea* y *La Ilíada;* en vano parodió las melodramáticas escenas de folletín. Los relatos de Pietro, aun cuando habían sido escuchados ya muchas veces, atraían la atención más que los suyos.

En las palabras y en los ademanes de to-

dos comprobó cuán sutiles y férreos eran los lazos de admiración que unían al odiado piloto a su gente. Oyó ponderar su valor, su seriedad, su generosidad—pues ya estuviese contratada la comida para pagar del fondo común o fuese de cuenta suya, en lugar de ahorrar para lucrarse hacía punto de orgullo el que sus hombres comiesen bien. «Cuando no es un papel de lija es una pluma», habíale dicho el sabio *Sanica*. Y esta sentencia parecía querer advertirle a él que sentía en aquella vida de abandono una sensación de tenuidad análoga a la de la pluma más leve frisando la piel, la conveniencia de no provocar el reverso de las asperezas.

—No hay mejor piloto en toda Italia—aseguraba Luiggi.

—Sin brújula, sin timón y sin papeles, es capaz de recorrer los mares.

—Un verdadero padre cuando se marcha bien, y una madrastra cuando hay que tener mano dura.

—Una vez, frente a las Bermudas—narraba Ettore—, el mar y el viento parecían lo-

cos. ¿Te acuerdas, Giacomo? ¡Qué noche! Hasta yo tuve miedo. Íbamos sólo con las gavias bajas y el timón, para que no se nos atravesara el barco al viento; y a pesar de meter toda la caña a la banda de babor, en derribada, el agua pudo más; y ya nos creíamos perdidos, cuando él nos insultó con tanto cariño, de ese modo que sólo él sabe hacerlo, y nos volvió la fe, y nos pusimos a achicar agua con la bomba, y gracias a eso nos salvamos... porque si el golpe de agua que nos puso proa al viento nos coge escorados, nos tumba.

—¡Es un bombre, un verdadero hombre!—decía Enmanuele.

Y Rodolfo, al oír la letanía de elogios, se sorprendía de ver surgir en su recuerdo con tintes simpáticos la figura de su enemigo, con sus pardos ojos bajo las cejas muy pobladas, el cuerpo viril y ágil, las manos callosas y el rostro levemente alterado por las huellas de la viruela. Y detrás de él, a modo de trabado fondo que le sirviera de apoyo, los tripulantes desde Jorge a Mario, iban siendo conside-

rados en una revaluación primero despectiva y poco a poco seria, admirativa, sorprendente. Cada uno de aquellos hombres por su sencillez, por su falta de recursos contra la maldad oblicua, parecíale enemigo desdeñable; pero juntos, por una suma de resultado inverso al que suelen dar las individualidades superiores al fundirse, el nivel de fuerza y hasta de calidad espiritual, crecía y era un dique infranqueable frente a sus proyectos aún oscuros—más necesarios, imprescindibles—de desquite. La paz monótona de aquella existencia le era tan grata, que la idea de su misión permanecía durante horas enteras ausente de la conciencia. Él tan pulcro, tan cuidadoso de su exterior, tan aristócrata, acostumbrábase poco a poco, sin demasiado sacrificio, al abandono de a bordo. Los pantalones remangados, las camisetas burdas, listadas y abiertas sobre la pelambrera de los pechos, las vestimentas heterogéneas en clase y forma homogéneas por la suciedad, despertaban en su alma ese gusto de lo pintoresco dormido y presto a

desvelarse en quien sufrieron mucho tiempo la rigidez de la disciplina. Le era grato suponerse uno más entre aquellos hombres. Hubiera querido no ser él, sufrir un ataque de amnesia que le robase su verdadera personalidad. Y cuando en la paz de la noche, bajo el tililar innumerable de los astros, regresaba de dar conversación al timonel o al serviola, entraba en la angostura de la camareta, y el recuerdo de su momentánea derrota y de su deber de doblegar o exterminar a aquellos hombres le acudía a la mente, su puño cerrado en un ademán de amenaza, no recordaba el de aquella misma diestra que en la calma diurna parecía querer acariciar personas y cosas. ¡Ah, si le fuera posible olvidar, desasirse de su nefando deber y ahogarlo en la mar circundante! ¡Cuán dulce era permanecer horas enteras sin pensar en nada, con la vista puesta entre las dos inmensidades azules, sintiendo que el animal vivo en tal hombre gozaba una complacencia bestial en la holganza, en el tibio sol, en la comida fuerte seguida de siesta, en la imposibilidad de un

intercambio de complicaciones culturales...! No había sabido hasta entonces cuán necesitado estaba de aquel alto en el bregar de su pobre vida de hombre de funesta inteligencia, de hombre de mal!

Cinco días habían transcurrido de ese modo. Por confianza en su fuerza o por benignidad cortés, la vigilancia de Guillermo y de Jorge no gravitaba sobre Rodolfo; y al amodorramiento ¡muelle de esos cinco días, sucedió una reacción febril. La línea de derrota vista en el mapa, indicaba que el polígono de ángulos entrantes hacia el Golfo de México comenzaba a abrirse hacia las costas de la Florida. Pasar el canal de Bahama e internarse en el vasto Océano era su perdición, la pérdida progresiva de probabilidades de encontrar un submarino... Y un horror mental convertido en escalofrío físico lo dominaba al pensar en su descrédito y en las ventajas que perdería su patria de no conocer a tiempo las noticias sonsacadas por él a costa de tan varios peligros. ¡No, no era posible! Los enormes intereses confiados a su

sagacidad no podían perderse sin lucha. ¿No había él mismo elegido los medios? Si la primera parte de su plan tuvo resultado feliz, la segunda, la capital, no había de darla por perdida ante los primeros obstáculos. Ya estaba el espíritu sereno, los nervios equilibrados con los músculos; ya podía volver a empezar la batalla. Antes de que las fuerzas desencadenaran sus ímpetus, era útil preparar el campo para llevar al enemigo a la posición favorable. Libre de hablar con todos, de ahondar en las intenciones sin suscitar sospechas, inició su campaña preliminar. Mario, por su infantilismo casi indefenso, fué el primer elegido. Todas las potencias del mal tienen de común la falta de amor y de respeto a la infancia.

—Qué, ¿podrías ser ya un buen marinero, Mario?

—Bueno o malo, lo soy.

—Vamos a ver si es cierto. ¿A quién le correspondería mandar el barco si un día faltase el piloto?

—Toma, vaya una cosa: al segundo.

—¿Y el capitán Arduini?

—Es marino de tierra, y caso de acordarse de las cosas de mar no podría mandar si no es que faltaban el piloto, el segundo y Ettore.

—Muy bien. Ya sabes más que tu maestro *Sanica*.

Otra vez se acercó a Giacomo durante su cuarto de vela y, tras diversos tanteos, le dijo:

—¿A quién conoces desde hace más tiempo, al segundo o al piloto?

—No sé..., hace mucho a los dos; pero creo que al piloto antes.

—Yo suponía que conocías más al capitán.

—A ese hace poco. Dos o tres viajes solamente.

—Pues es el que te quiere más a bordo.

—Los otros me quieren también.

—El segundo, sí... No mucho, pero sí, claro... ¡Cómo no se va a querer a un hombre como tú...! Tú debías ser contramaestre hace ya tiempo.

—Ni sirvo ni lo quiero ser. Mi abuelo fué

marinero; mi padre, marinero, y si tengo un hijo, marinero será. No somos familia de otra cosa.

Al día siguiente, luego de muchas tentativas y eliminaciones, logró concertar una partida de tute con Luiggi, con Giacomo y con Ettore—los tres austriacos den acionalidad—, y muy hábilmente, dejando siempre detrás de cada frase un lugar firme para retirar el pie caso de haberlo adelantado sobre terreno movedizo, enumeró los deberes políticos que los austriacos de origen italo, igual que los alsacianos y loreneses de origen francés, habían de cumplir, y los riesgos terribles a que, por descuidar esos deberes, se exponían. Iba paso a paso, sin dejar caer una simiente hasta ver germinar la anterior. Según él, la guerra entre Italia y los imperios centrales no era verosímil. Italia no podía romper su alianza y faltar a su compromiso de honor poniéndose del lado de Francia, que la había insultado siempre, sobre todo cuando la insurrección de Trípoli; que le tenía envidia. Y en todo caso, no sería Italia sino sus Gobier-

nos, vendidos al oro inglés, deseoso de barrer de la navegación todos los barcos que no fueran ingleses, los que armarían esa guerra injusta; más injusta aún porque Austria—a él le constaba—pensaba, en cuanto derrotase a sus enemigos, cederle a Italia toda la comarca irredenta... Los tres hombres lo escuchaban en silencio, con las pupilas dilatadas por el esfuerzo de comprender.

—¡Sí que es cosa...! ¡Sí que es cosa!—decía Ettore rascándose la cabeza crespa.

—¡Mira que querer echar a los barcos italianos de la mar...!—comentaba Luiggi.

Giacomo, sin decir nada, jugaba trabajosamente. La energía de su cerebro, incapaz de subdividirse sin anularse, estaba íntegra en la labor de distribuir las barajas y calcular las jugadas posibles. La partida le fué adversa a Rodolfo, a pesar de tener buenas cartas más de una vez. Por si eso era poco, al final aseguró que aquella noche se había asignado a las alubias valor triple, y pagó con largueza las deudas.

—Mañana jugaremos otra partida, ¿eh? Pero

un poco más fuerte. Me tienen que dar el desquite.

Y al proponerla, so pretexto de recontar las pérdidas, sacó del bolsillo unas cuantas monedas de oro que hizo tintinear sobre la tabla donde jugaban.

A la mañana siguiente, poco después de llevarle Enmanuele el café, Guillermo entró en la camareta y él adivinó, por el disgusto que le causaba ver despierto e inmóvil sobre la litera al capitán Arduini, que deseaba hablarle.

Entonces se vistió y fué a su encuentro. Y en vez de esperar el ataque, cometió la torpeza de adelantarse.

—Quiere usted decirme algo, ¿verdad?

—Sí. Que tenga usted mucho cuidado con lo que aconseja y con lo que pregunta.

—¿Yo...?

—Y que bajo ningún pretexto vuelva a dar a nadie dinero. ¿Queda entendido?

Una angustia casi desesperada le subió a la garganta y a las sienes, y quiso contestar; pero el piloto, sin alterar la tranquilidad de

su cara, repuso de modo que imposibilitaba cualquier réplica:

—Si usted se sale de lo convenido, yo me saldré también, y entonces será usted quien pierda.

—Es que...

—No me responda nada; es mejor.

—Pero al menos óigame; déjeme hablar.

—¡Le he dicho que no! Habla usted demasiado bien... Y no tenemos para qué escucharle... De este asunto el único que tiene que hablar aquí soy yo... ¡Ya sabe usted mi última palabra!

Y se alejó dejándole el alma llena de estupor y de impotencia. No, no era posible. Los dardos mejor afilados, las redes mejor puestas entre dos aguas, las asechanzas más hábiles, se anulaban por la sencillez monolítica de aquellas gentes que él eligió entre otras muchas, por insignificantes, y que pensó someter sin casi luchar, tocando apenas los resortes pueriles de la codicia o el miedo. Era algo tremendo y absurdo, tremendo por lo absurdo. El valor, la honradez y la ignorancia ha-

cíalos impermeables a todos los jugos de la intriga. Parecíanse a aquellos santos contra quienes, por falta de imaginación y tosquedad de los sentidos, nada pudieron las tentaciones del demonio. Él, que saliera victorioso de tantas empresas arduas; que sedujera funcionarios de larga probidad; que con las armas de la mujer, de la audacia y del oro, corrompiese varones hasta entonces íntegros y quebrantara secretos sin dejar huellas de fractura, y descifrara claves, y transmitiera al través de la tierra, del aire y del mar, ignoradas y trascendentales noticias; él, que por obra maestra del disimulo, adquiriera en el transcurso de su vida de azares tantas personalidades diversas; él, que en la falange de los espías que se pagan y se abandonan al terrible castigo en los fracasos, jamás tuvo un desliz, se desconcertaba y cometía torpezas e iba a ser vencido por unos marineros rudos, casi bestiales; a ser burlado en su poder múltiple de mentira por aquellos hombres que apenas si poseían otra verdad que la del eje moral del deber; a ser revelado a sí mismo

en una personalidad insospechada más suya que todas: la del desconcierto, el abatimiento y el miedo, por once seres estultos—carne mísera de cañón o carnada de peces—, lanzados por la fatalidad contra su destino.

Y aquella noche, en la estrechez de su litera, mientras el insomnio cargaba de fiebre sus ojos, surgió en su mente la visión de una patria ignorada, de mayor razón étnica que todas las estrechas patrias del orbe; la visión de una patria constituída por hombres de no importa dónde, unidos en comunidad de riesgos, de privaciones y de rudimentarios ensueños; la patria azul, poderosa, honda, vasta y vengativa como ninguna, en cuyo dominio acaba de caer prisonero.

VI

Casi frente a las costas de la Florida, cerca de la salida del canal, el barómetro empezó a descender, y el viento N. W. multiplicó su fuerza obligando a Guillermo, a trueque de suscitar la tristeza de Ettore, que protestaba de «que se le quitaran pies a la burra», a aferrar en el transcurso de pocas horas las velas mayores, las gavias y el petifoque, para virar en redondo y capear el tiempo por el costado de estribor. La maniobra, tal vez tardía, no libró al barco de los azotes del mar y del viento, y dos días enteros estuvo en pugna contra el ciclón que debía provenir del mar Caribe y haber hecho su recurva entre Caimanes y la Isla de Pinos. La nave crujía; todo en ella,

desde la cuaderna maestra hasta las endebles paredes de la cámara, parecía que iba a ceder al terrible empuje; y sobre el tráfago obstinado de los marinos, sólo se alzaba, de tiempo en tiempo, el cantar extrañamente jubiloso de Ettore, en cuya alma de hombre dedicado al mar desde la niñez, el huracán despertaba al viejo tritón igual que los guisos de Enmanuele despertaban en el capitán Arduini al último vástago de algún gastrónomo de la Roma decadente. Su actividad, su valor, el temple de su ánimo y la presteza certera con que acudía a cada lugar donde su presencia urgiese, constituían un ejemplo capaz de obligar a los menos arrojados a cumplir las más difíciles órdenes. No era el valor sereno de Guillermo, no era el sentido del deber de Jorge, no era aquella bestialidad terrible de Giacomo cuando bebía: era un valor alegre, sin oscilaciones; la desenvoltura del sér que actúa en su elemento natural.

Un golpe de mar precipitó a Mario contra el cabrestante del ancla, y su grito fué tan desesperado, que, al pronto, creyeron que la ola

lo habría arrebatado del buque. En todos el grito del muchacho levantó un eco cariñoso; pero en uno el eco fué más hondo, más adolorido y removió las fibras impregnadas de ternura de abuelo. Desde lejos, *Sanica* se precipitó a socorrerle y lo recogió desmayado, con una magulladura en un hombro y la cabeza hendida. En brazos, lo condujo al rancho, y como apenas era posible hacer nada contra el vendaval, dedicóse a cuidarle paternalmente, maternalmente, con ternuras y lágrimas. En su cólera y en sú dolor, hablaba al mar como a un sér vivo, y lo denostaba, haciéndole cargos lo mismo que si el piélago rugidor e inhumano pudiese comprenderle:

—¿Te parece bien haberle hecho eso al niño...? ¡Maldito seas con mil pares de rayos...! ¡Si me lo llegas a llevar...! ¡Haberle dado el trastazo a uno de nosotros, a mí que soy el más viejo; pero no a él...!

Y luego se volvía solícito hacia Mario para preguntarle:

—¿Verdad que no te duele? Dentro de tres días estarás más bueno que antes... Veremos

si con esa descalabradura te entra el calendario mejor... Ea, ánimo, que aquí tienes al abuelico para echarte un remiendo si te hace falta... Vaya, ríete... ¡Así...!

El viento cambió de dirección a los dos días, pero no de fuerza; y el *Palinuro*, empujado por la popa, a pesar de llevar recogido todo el aparejo, devoraba las millas. Ya en las simas, ya en las cúspides del oleaje, corría y gemía. De tiempo en tiempo, en las sacudidas bruscas o al embarcar paquetes de varias toneladas de agua, tenía un crujido áspero, cual si la materia, a ejemplo de los hombres, blasfemase también. El peligro quedaba poco a poco detrás, y cada hora la mar era menos gruesa y consentía a Guillermo atender a las primeras reparaciones. Nada había padecido de la cubertada y el agua que entrara por una de las escotillas se iba achicando de prisa merced al trabajo de la bomba manejada por los dos hércules, Luiggi y Giacomo. Los demás se ocupaban en rectificar la estiva de troncos y en remediar otros destrozos causados por el agua y el viento, que aún

rugía entre los cordajes. A menudo Ettore se acercaba a Guillermo y, con los ojos, le decía una cosa que éste entendía perfectamente y a la cual se obstinaba en no contestar. Al fin el tritón no pudo contenerse y el anhelo le salió por la boca:

—¿Qué le parece si soltásemos un poco de trapo, patrón?

—No; ya está bien castigado el barco...

—La burra resiste... ¡Da gusto verla cómo corre...! Déjeme cargar siquiera las gavias y aferramos en seguida si se tumba mucho.

—No. Hasta que ceda el viento, no. La obra muerta nos sirve de velamen. Un trasatlántico no corre más que nosotros hoy.

Ettore movió la cabeza en señal de contrariedad, y al poco rato volvió a la carga con insinuaciones primero y con peticiones concretas al fin:

—¡Es lástima no aprovechar...! Lo menos ganaríamos dos días... ¿Me deja *encender* siquiera un par de velas?

Y como Guillermo lo mirara severo y no le respondiese, se alejó malhumorado y fué

a ponerse frente al ventarrón, que le encrespó las crenchas y le hinchó la camisola, cual si comprendiese su deseo de trocarse en una vela más para impeler el barco.

Rodolfo, mientras tanto, había pasado por estados diversos. Desde el comienzo del huracán su personalidad a bordo quedó aminorada, borrada casi. El mar y el viento pasaron a ser los protagonistas, y él convirtióse en algo inerme, vivo apenas. Los bandazos de un lado a otro y, sobre todos, los de proa a popa, produjéronle un mareo al que durante muchas horas resistió con esfuerzo dolorosísimo. Era una sensación de agonía: el estómago vaciábasele a cada depresión del buque, y de la cabeza, cargada por un peso enorme, iban desapareciendo los pensamientos. La energía íntegra del sér polarizábase en los anhelos de resistir o de ceder a aquella muerte transitoria en cuya nada se ahogaban hasta las preocupaciones más arraigadas al alma. Era algo animal, terriblemente fisiológico. En vano, asido al pasamanos de la camareta, alzaba en un ademán heroico la ca-

beza para recibir el fragoroso viento que en vez de disiparle la opresión lo atronaba y rendía; en vano opuso a la fugitiva conciencia el deber de su patriotismo, la responsabilidad, la trascendencia de su flaqueza o de su entereza, las ventajas grandes para él e inmensas para su país en caso de triunfo: el sudor perlaba su piel, las náuseas contraían su estómago, y una resignación suprema que no tardó en trocarse en deseo impulsóle a aceptar sin más combate aquella muerte... que ojalá fuese la muerte real, de la que no se torna. Vagarosamente, al través de una anestesia incompleta, entreveía a los marinos pasar cerca de él en el tráfago de la lucha contra la tempestad, sin hacerle caso, cual si hasta el más bruto se diese cuenta de su impotencia. ¡Ah, no es el sueño, sino el mareo, la zona trágica situada entre la muerte y la vida! ¡Con cuánta intensidad sintió el ansia de volver a *ser* con plenitud de facultades o de dejar de *ser* del todo, para siempre! En el día pavoroso de mayor violencia, ni se cuidaron de darle de comer. Y en ese día, vencido al

fin, mustió la cabeza y se entregó del todo, ya sin pensar, casi feliz por la perfección de su desventura, faltándole sólo para ser una cosa, perder la remota conciencia de que no lo era. Cuando volvió por completo en sí, habían transcurrido cincuenta horas.

Abrió los ojos entre una neblina que daba a seres y objetos amplificaciones fantásticas. También dentro de su sér había algo evanescente: muchos contornos de su antigua personalidad se diluían en el ambiente del drama simple y antiguo de la lucha del hombre contra la naturaleza hostil. La bruma, más temible aún que el viento, recordábale sus armas arteras de intriga. Debían haberse remontado al Norte, porque sintió frío; y se ciñó al cuerpo aquellas ropas de blancura equívoca que los primeros días le repugnaron, e hizo esfuerzos para volver a caer en la bienhechora somnolencia que a costa de la abolición del sér lo libertaba de la tortura de los imperativos difíciles. El viento había amainado, y al través del ventanillo circular de la cámara, vió largos y fúlgidos relámpa-

gos y exhalaciones que caían a lo lejos. La tormenta debía quedar muy atrás, aunque el *Palinuro* marchaba aún con ritmo quebrado, quejándose. Se miró en los cristales del armarito y vió una figura espectral de barba crecida y ojos ahondados por el sufrimiento. Era él, mas transfigurado por el dolor; era su «yo» dramático. Se dió miedo a sí mismo. Y sólo al ver en Guillermo y en Jorge huellas de una fatiga hermana de la suya, se calmó su miedo. El capitán Arduini, hundido en su litera, apenas si ponía en él la vidriosa indiferencia de sus ojos; y a una pregunta suya se encogió de hombros y siguió callado. ¿Era esta actitud hija del capricho, del quebranto producido hasta en aquel sér inactivo por el huracán, o de alguna orden? Del fondo confuso de su mente volvieron los recuerdos precisos de las últimas horas de vida consciente y combativa, antes de la tempestad, y pensó que después del tropiezo que le causara la red tendida a su acción por la engañosa estulticia de aquellos hombres, un nuevo régimen más duro iba a aplicársele. El tiempo

mejoraba a cada hora, y a la de cenar, Paulo entró a servir la mesa, en torno a la cual, poco después, Guillermo, Jorge y el capitán se sentaron. Él cerró los ojos, sin fuerzas aún, pero ya con la voluntad de reponerse y de reanudar la batalla. Guillermo le dijo:

—Qué, ¿tampoco va usted a comer hoy?

—Sí, sí... Es preciso que coma.

—Pues venga .. Parece que se ha mareado mucho.

—Sí, mucho.

—Los médicos aseguran que un buen mareo limpia—dijo el segundo.

—Ojalá éste lo haya a usted limpiado del todo—concluyó Guillermo.

Y no volvieron a hablarle más. La conversación recayó sobre las peripecias del ciclón y sobre pormenores marítimos que a Rodolfo le dieron la medida de su ignorancia. Al oír decir a Jorge que al desembocar del canal de la Florida, un pez, sin duda un tiburón, se había comido la corredera, sintió de improviso la inmensidad de su ignorancia. ¡Ah, si él supiera conducir un buque! ¡Si tuviese

siquiera ese predominio técnico que somete a la autoridad de un hombre a los del mismo oficio! Pero no, él, que cursó en varias Universidades estudios numerosos luego inútiles, que leyó tantas revistas y aprendió tantas lenguas, apenas si sabía otra cosa que la latitud y la longitud eran las coordenadas terrestres y que existía una corriente llamada *Gulf Streen*, que, naciendo en el Golfo de Guinea, según suposiciones aceptadas, sigue hacia el Oeste; entrando por el canal de Yucatán, bordea el Golfo de México, se bifurca frente al Cabo de San Antonio, vuelve a unirse entre Cayo Hueso y La Habana, sale por el canal de Bahama, paralela al Golfo de Charsterton, sigue hacia el Cabo Hateras, y toma desde allí rumbo a la costa noroeste de España, para dividirse diez millas antes de llegar a Finisterre en dos ramas: una, que continúa para el Norte, y la otra, que desciende hasta San Vicente, y baja paralela a África hasta llegar a su punto de origen. Esto, aprendido no en un mapa siquiera, sino en algún lejano Manual de esos que se

estudian solo con la memoria, eran sus únicos conocimientos de náutica. ¡Ah, si él supiera, si pudiese todavía aprender...!

En vano al otro día, cuando despertó algo repuesto ya por el sueño sosegado de la noche, se inclinó sobre el «Pilots Chart», pretendiendo descifrar el sentido de las líneas, de las crucecillas rojas y de las cien indicaciones para él incomprensibles.

Por burlar mejor su sentido de hombre terrestre, comenzaba aquel mapa con la inversión de los colores y detalles: la tierra era una mancha desvaida, sin pormenores, mientras que el mar aparecía lleno de cifras, de caminos.

Durante horas enteras, con los ojos ardorosos, recorría las rutas, hojeaba las tablas de logaritmos, buscaba antecedentes en el Libro de Navegación para tratar de inducir el rumbo futuro... ¡Todo era inútil! Era imposible improvisar; la brújula sería siempre para él un dije de mal gusto, y la estrella de los vientos un elemento decorativo rudimentario.

Oyó por la noche—primera desde hacía ya tres, en que lucieron estrellas y fué posible hacer cálculos seguros—que habían recorrido quinientas ochenta millas a rumbo; pero este dato no impresionó su imaginación, que sólo contaba con el calendario como punto de referencia. Vió a Guillermo escribir que estaban aquel día a 26° 45′ de latitud W. y a 79° 54′ de latitud W.; mas esto nada evocaba en su imaginación, mientras que la hoja del calendario, renovada cada mañana por el minucioso Enmanuele, le gritaba con sus dos números negros, un reproche, casi un insulto. ¡Habían pasado ocho días y sólo le quedaban dos para acudir al sitio de la cita! Llegar a tiempo debía ser ya imposible... ¡Imposible! Pero quedaba el recurso, caso de triunfar, de llevar el velero por la ruta que debían recorrer los submarinos, y de que uno lo recogiese y radiografiase a Kiel los preciosos informes. Esta esperanza, tan quimérica, se adueñó de su espíritu apenas nacida, y le sostuvo el ánimo.

Cuando salió a cubierta, advirtió en segui-

da que el nuevo régimen era el de la abstención y el silencio. Ni una palabra pudo sacar a nadie tras del «buenos días» cortés; y al fracasar en numerosas tentativas, el despecho lo forzó a recogerse en sí mismo. De pie junto a la borda, con la vista fija en la superficie del mar, como si se esforzase en adivinar en su extensión sin huellas los caminos que podrían conducirlo hacia su terrible deber, pasó horas de angustia, con el espíritu en turbulencia, saturado de inquina, y con la imaginación, tantas veces fértil, sin una idea, sin una chispa, estéril, muerta. ¡Ay, si del fondo del mar surgiese de pronto el submarino!

Entonces no habría perdón: se vengaría en todos, hasta en el buque, de aquel asedio de silencio, de aquella tortura bochornosa de verse anulado por once brutos transformados por un azar cruel en once dragones irónicos, que, a veces, se reunían en grupos para mirarle desde lejos, obligándole a refugiarse en la camareta, donde, al menos, el obeso capitán Arduini casi le daba sensación de estar solo.

Y pagó el mutismo con el mutismo y se recluyó, no saliendo sino a lo imprescindible, de noche. Él, siempre sobrio, buscó refugio en una sensualidad bestial, que lo abotargaba dándole largos sueños de olvido. Comía mucho, bebía mucho, y permanecía acostado, obstinándose en rechazar las ideas. Varias veces cogió del armarito una obra meteorológica del padre Viñes y el tomo del *Boletín Hidrográfico Español*, mas no pudo leer; y entonces bebió aún más y comió más. La luz le molestaba, el pensamiento le molestaba; y cerraba los ojos con saña, para crearse una noche artificial en los sentidos y en la inteligencia. Alguna vez Guillermo entraba y le decía:

—Ya está aquí el buen tiempo de nuevo. Puede usted salir y hablar con todos como antes, con tal de que no vuelva a las andadas.

Él permanecía mudo, colérico. Al bambolearse la cortina que había reemplazado al tablón en la puerta de la cámara, veía, sobre cubierta, los grandes haces de madera de los que alzaba el sol un vapor tenue. Las velas

chasqueaban henchidas y un activo y jubiloso rumor llenaba la nave. En la tersura del mar copiábase el azul límpido, sin nubes; el aire era sutil, puro; la madera tenía crujidos de desentumecimiento y dejaba ya ver la rubia entraña, seca; de tiempo en tiempo se oía la voz magistral de *Sanica* recitando fragmentos del santoral, o pasaban Luiggi y Giacomo gigantescos y alegres, o bullía Mario con la cabeza vendada y la risa siempre viva en la boca infantil. Y una tarde, al iniciarse el desmayo del día, en uno de esos aterciopelados crepúsculos en que el sol tiene pereza de seguir su curso y traspone el horizonte a desgana, oyó pasos apresurados y gritos que hicieron salir de su concha de caracol al capitán Arduini:

—¡Vamos a proa...! El piloto ha dado permiso.

—¡A ver si Luiggi se ha olvidado de sus buenos tiempos!

—¡Ea, saca el acordeón, Paulo!

—¡Aprisa, aprisa!

Poco después la popa del *Palinuro* quedó

en silencio, y al cabo de un rato, de la proa llegaron nuevas voces dominadas por la gangosa melodía que suavemente subió y se expandió en la serenidad de la tarde. Era una melodía lenta, acompañada de modo monótono, pobre; y, sin embargo, parecían sintetizarse en ella todos los hechizos de la tierra. Por el hilo de aquella melodía la tierra tiraba suavemente de los once hombres que se desprendieron de su seno para vivir en un elemento extraño. Una dulzura de hogar, un temblor de amor, una fragancia inefable de flores, de hojas, de llama de retamas, de jardín despertado por las primeras lluvias abrileñas, se exhalaba de aquella tonada vulgar. Y todos la oían en silencio, con los ojos fijos en el azul casi blanco del cielo, único elemento común entre sus vidas y las de cuantos les esperaban en las riberas patrias. Hasta la madera, añorante quizá de la tierra de donde la cortó la codicia, despedía un vago perfume bravío de bosque muerto. La tierra se servía de la música para rescatar a sus hijos raptados por el mar... Y Rodolfo sintió en su alma

flaquear algo, removerse algo; sintió que su tesón y su orgullo dejaban lugar a otro sentimiento primitivo que aparecía bajo las cortezas superpuestas por la cultura, por la ambición, por el deber; sintió también la voz de la tierra llamarle, y lástima hacia lo mejor de su sér perdido ya para el bien y para la alegría. Un efluvio de ternura le subió de lo más recóndito del alma, y poco a poco, como si saliera a mendigar una limosna de ensueño, dejó la cámara y se fué acercando al grupo, sin que nadie reparase en él... La música seguía, y con su lenguaje abstracto hablaba de tristezas dulces; cada uno contemplaba dentro de sí la casa ausente o evocaba un beso lejano. La tierra era, en la mente de todos, un mágico imán... Y de pronto la melodía tuvo una inflexión misteriosa y la castidad del mar un estremecimiento. Las olas parecieron más mórbidas, cual si bajo de ellas las sirenas se desperezasen para surgir. Sin saber por qué, los hombres sintieron grato malestar, algo punzante: olor a especies, turbios recuerdos de las noches en puerto.

La música seguía, seguía: era la voz de la tierra llamándoles. Ahora era olor a heno, olor a mujer en las tardes de siega... El cielo se regó de plata; uno de los marineros suspiró; sobre el mar trazóse un ancho camino amarillo; y el *Palinuro*, guiado por la melodía hechicera, continuó su viaje sensual bajo la luna.

VII

SIGUIERON días bonancibles en que todo era pacífica armonía entre el cielo y el mar, y sopor brutal surcado por relámpagos de ira y de perentoria ansia, tras la frente del prisionero de la patria azul. Uno de esos días—habrían pasado nueve desde el embarque—Enmanuele llamó furtivamente a Luiggi y le enseñó, con mucho sigilo, una cosa que hizo prorrumpir al sabio en una de esas exclamaciones rotundas, sin valor concreto, y llenas, sin embargo, de fuerza.

—¿Pero dónde has encontrado eso, demonio?

—Lo he cogido de su maleta, que la dejó

anoche sin cerrar; pero voy a ponerlo en seguida donde estaba.

—Hay que enseñárselo antes al patrón.

—No; me reñirá por haberlo cogido... Ya ves si mis sospechas eran cosas de «la cocinera», como dijisteis.

—Es verdad..., es verdad. ¡Quién lo iba a suponer! Hay que decírselo cuanto antes al patrón.

—Se lo diremos a *Sanica,* que es el único que se le atreve; y como es tan sabio, encontrará un medio para que no te riña.

—Bueno, llámalo... Pero no le digas que lo cogí de dentro de la caja, sino que lo encontré caído junto a la litera; es mejor.

Llamaron a *Sanica* con grandes precauciones, y cuando éste vió el objeto, soltó un taco rotundo y se encomendó a los santos del día.

—¡San Félix, San Luciano y San Emilio me valgan...! ¿Dónde habéis encontrado eso?

—Enmanuele lo vió caído al pie de su litera, y...

—Para decir verdad, no; lo cogí de la ma-

leta que él se dejó abierta... Desde hace días yo espiaba la ocasión, y cuando estuvo tan mareado creí lograrla; pero se conoce que antes cerró sus bártulos... Vosotros decíais que eran figuraciones mías, que siempre ando con cuentos de comadre... ¡Ya veis la prueba!

—Yo le he dicho que hay que enseñársela en seguida a Guillermo.

—¡Claro...! A ver, trae.

Se les acercó Ettore, y como le enseñaran, también en secreto, el hallazgo, repitió los espantos, y los exhortó a no retrasar ni un segundo el dar cuenta al patrón; y para dar prueba de su carácter ejecutivo, se fué a buscarlo, pues no podían hablarle de «aquello» en la cámara, en donde estaban el capitán Arduini y Rodolfo. Guillermo acudió, y *Sanica*, disculpando con largos circunloquios a Enmanuele, le entregó el objeto, que habían envuelto en un papel. Al desenvolverlo, Guillermo entreabrió la boca para soltar una exclamación, retenida al punto. El motivo de tantas preocupaciones y sorpresas era una

fotografía pequeña, en la cual aparecía Rodolfo vestido de uniforme; el cuello altísimo y ceñido de la guerrera, los botones con águilas rampantes, la Cruz de Hierro sujeta al pecho, habrían bastado a cualquiera que no conociese al retratado para reconocer a un orgulloso oficial de Prusia. A pesar de la demacración, de la diferencia del peinado y del traje, era imposible no identificarle: el rostro lampiño y la mirada gris acerada, fría, eran inconfundibles. Ante el silencio de Guillermo, Enmanuele quiso también justificarse:

—¿Ven cómo yo tenía razón en sospechar...? Si no llego a encontrar o... bueno, a cogerlo de la maleta esa en la que sabe Dios qué cosas tenga, no lo hubiéramos sabido nunca.

—Yo lo sabía ya—dijo en tono seco Guillermo.

Y un semicírculo de sorpresa admirativa se ensanchó frente a él, mientras que, apoyándose en la pared de cinc que cerraba la cocina, añadió:

—Lo sabía desde el día siguiente al en que lo recogimos. El segundo os lo puede decir. Y sé también que no subió a nuestro barco por casualidad, sino a propósito.

—Ahora recuerdo que muchos días, en Penzacola, iba un hombre al muelle y preguntaba cuándo salíamos, y quería enterarse de todo, hasta de nuestras familias. Debía ser mandado por él.

—Entonces pudiste decírmelo... Ea, y ahora, no más comentarios, y que no vuelva a hablarse del asunto. Si sólo supieran la cosa Luiggi, Ettore y *Sanica*, os diría que no se enterasen los demás; pero tú te mueres antes que callar, Enmanuele. Así, que lo importante es que, al mismo tiempo que esto, sepan que yo tengo tomadas mis precauciones y que el segundo, el capitán y yo somos desde hoy los únicos autorizados para hablarle. Mientras yo no mande otra cosa, el alemán es un pasajero nuestro al que hay que respetar. El que le diga una sola palabra o un insulto o lo mire siquiera mal, se las verá conmigo. ¿Estamos?

Poco después Enmanuele había dicho a todos, uno a uno, y desde luego en secreto, la nueva; e interminables comentarios trataban de amplificar aquella certidumbre que ya era sospecha oscura hasta en los más torpes. Los que habían jugado con él a las cartas se miraban con estupor, temerosos de que en aquella intimidad el desconocido hubiese podido trasfundirles algo de su poder maléfico. Y Enmanuele, suelta la fantasía, con la complacencia de ser protagonista del misterio que cortaba con una línea dramática la monotonía del viaje, hablaba cual si sólo él fuera capaz de suponer y descubrir las nefastas posibilidades que un hombre de tal laya podía desarrollar. Cuantas argucias, infamias y cobardes horrores había puesto el dios Thor en la mano germana, venían al recuerdo de todos; y Rodolfo no aparecía en la mente colectiva sino circuido de flamígeros atributos, entre cuyas llamas la amarilla lividez era traición y el violáceo fulgor, satanismo. Los que entraban en la cámara, miraban al hombre enflaquecido e inerme en su desespe-

rado callar, como a una divinidad fatal, y aun cuando la prohibición de hablarle no hubiese existido, ninguno se habría atrevido a hacerlo. El alma supersticiosa de la raza y del pueblo daban a la figura del alemán vaguedad y eficacia de mito. Si estando juntos lo hubiesen visto salir y avanzar hacia ellos, a pesar de su valor templado en cien tempestades, habrían retrocedido dóciles al poderoso resorte del miedo, para reaccionar en seguida, lanzarse después sobre él y exterminarlo como a bestia trágica. Paulo, al servirle en la mesa, no podía reprimir aprensiones medrosas; y durante la noche, las palabras agoreras, exaltadas y casi sibilinas de Enmanuele, ponían en los diez hombres—desde el anciano *Sanica* hasta Mario, que inclinaba su cabeza aún vendada y abría atónitos los ojos constelados de oro—una inquietud de peligro sobrenatural. Nunca fué tan feliz Enmanuele como en aquellos días.

Esta actitud dijo a Rodolfo la trascendencia del descubrimiento antes de que investigaciones minuciosas le permitieran averiguar

la falta del retrato. Entonces comenzó para él una época dura. Aislado en el silencio, en la sospecha, en el reproche legible en las miradas, y en la impotencia de salir de aquel cerco cada momento más opresor, sentía germinar y preponderar en él, impulsos de violencia que, a veces, le sugerían tentaciones absurdas, como saltar durante la comida sobre Guillermo y degollarlo con uno de los cuchillos de mesa... Para contenerse le era menester recordar su pasado, los triunfos de la sagacidad, de la calma, de la mala fe siempre avizor; mas estos recuerdos debilitaban su poder de frenos con rapidez inquietadora. La calma del mar sin oleaje y del cielo sin nubes, en lugar de envolverle en su influjo balsámico, excitaba esta tendencia a la ira. Ya no dormía, ya no cargaba el estómago con raciones copiosas; apenas si probaba el vino: una vigilia superlúcida, excitada, martirizábale casi de continuo con el fantasma del deber no cumplido aún y de los estúpidos agentes puestos por la adversidad entre lo fácil y lo imposible.

Cuando, en el devanar de remembranzas, recordaba que él mismo eligió el *Palinuro* luego de conocer una a una la historia de todos sus tripulantes, para lograr sobre él su fuga y su embarque en un submarino, la cólera se le encendía contra sí mismo; y se maceraba una mano contra otra, y se mordía los labios, y se pasaba con tal rudeza la diestra por la cabeza, que no era trabajoso adivinar su propósito de castigar el pensamiento interno por haber fallado así en sus funciones. No podía estar quieto. Un nerviosismo huraño, una vehemencia del alma encadenada al mutismo y a la inacción, le obligaba a revolverse en la estrechez de la cámara. A veces, al anochecer, se asomaba a cubierta, y su puño crispado trazaba sobre la paz del buque rabioso ademán de amenaza. Ya ni siquiera daba los buenos días a nadie; y su aspecto de ser inexistente para los intercambios del espíritu entre aquellas gentes comunicativas, joviales, que en cuanto él se acercaba tornábanse serias, apercibidas contra un peligro viscoso, producíale por momentos una sensación ja-

más sentida, ni aun en las menos nobles luchas del espionaje: la visión objetiva de su sér; y se veía monstruoso, con el esqueleto moral contrahecho, hombre de mal, de intriga, de inteligencia emponzoñada; y cual si se tratase de otro individuo, de un hermano, pensaba con melancólica envidia en el Rodolfo de antes de cobrar el primer sueldo por su labor de espía, en el Rodolfo del colegio, ilusionado, puro, sin secretos para nadie. Y de esta añoranza le venía una ira odiosa, complacida en la perversión; y, recreándose en contemplar su imagen en el doble espejo que la Naturaleza viva y la muerta le ofrecían—la vastedad del mar en calma y la calma feliz de aquellos once hombres—con satánica delectación, decíase en voz baja que silbaba mordida entre sus labios: «Es preciso reducirlos, exterminarlos, encontrar, no importa con cuánto dolor y cuánta sangre, el resorte que me salve a mí o nos hunda a todos, crear por la brutalidad o por la audacia una situación nueva que me permita poner en acción posibilidades ahora invisibles.» Y con el puño siempre

crispado y los ojos fosfóricos, sonreía en la sombra.

El esfuerzo para producir esta idea le ocasionó fiebres. Después de concebirla, se dijo:

—Necesito para proceder con probabilidades de éxito, considerarme ya fracasado, muerto mejor, y adquirir tal falta de instinto de conservación, que los desconcierte, cual si se vieran atacados por un espectro... Puesto que no tengo otras armas, suprimiré, aunque sea estrangulándolo, al que los une; y si lo logro, me aprovecharé del desconcierto para imponerme.

Guardar un cuchillo no era posible, porque Enmanuele, con minuciosidad de ama de casa, los recontaba cada noche; y la que él escondió uno para probar, dejándolo en sitio bien visible a fin de que pareciese olvido de la casualidad, vió que Pietro volvía a recogerlo al poco rato. El barrote con que aseguraban el tablón de la puerta en los días de ventisca, no era arma despreciable a pesar de su falta de proporciones; el compás con que Guillermo medía las distan-

cias en los mapas también podía servir... Pero lo que más había de servirle era poner a aquel arrojo dispuesto a todo, un timón de cautela...

—Calma para decidir y tempestad para obrar—se aconsejó. ¿Qué sacaría con abandonarse al impulso de abalanzarse contra Guillermo y perforarle el vientre o de envarar los dedos con imprevenible ataque y hundirlos en los ojos saltones de Jorge...?

Puesto que engendrar de nuevo la confianza era imposible, debía crear, al menos, un nuevo hábito de aquella situación, y no romperla gradualmente, sino de modo brusco, decisivo. Ya tenía la idea, que era lo más arduo; dos días después la pondría en práctica.

La armonía de aquellas vidas con la calma externa, era un insulto para el ritmo ya casi roto de su energía; mas la voluntad se sobrepuso, y cuando salió de su encierro y fué por cubierta, deteniéndose a veces ante los jugadores de naipes o ante la aromática covacha donde Enmanuele se multiplicaba entre mur-

muraciones y juramentos pintorescos, o cerca de Mario—que, reacio de la ternura gruñona de su mentor, dedicábase a cazar ratas—, o próximo a Pietro y Paulo, callados y abismados en un paralelo no pensar o en un recuerdo estúpido y poético de su isla de Veglia, logró que la sonrisa floreciese en sus labios a pesar de llevar la hiel en el alma. Nada dijo, seguro de que no le responderían; limitóse a ir y venir con pacífica humildad; quería darles la idea de resignación conveniente a sus planes. Cada vez que se alejaba de un grupo, surgían comentarios de antipatía y recelo:

—Ya sale otra vez a la luz; el piloto debía no dejarlo.

—¿Cuándo es San Demonio, *Sanica*, tú que todo lo sabes?

—El día en que se cuelga a un pillo de una verga...; pero en nuestro calendario ese día no está... Debe ser de año bisiesto.

—Debías prestarle tu navaja para que se afeitara, Enmanuele; con barba se parece mucho más a Judas.

—Yo sí que lo afeitaría para siempre de un solo tajo—respondía el aludido con aire fanfarrón.

Y Rodolfo, sin dejar traslucir la rabia, iba hacia proa, se sujetaba al borde del foque, ponía el pie en el bauprés, proyectaba el cuerpo hacia fuera y, al par que realizaba algunas flexiones para fortalecer sus músculos, veía la tenue desgarradura que en el cristal del agua producía el tejamar. Así debía también proceder su decisión: sin ruido, marchando en apariencia inmóvil, durante el corto trecho que lo separaba de la victoria o de la muerte.

Aquella noche, hacia el final de la cena, Rodolfo, dirigiéndose a Guillermo que no pudo menos de sorprenderse al verlo desistir de su obstinada mudez, preguntó:

—¿Hay algún inconveniente en que guarde mi vino para luego?

—¿Para luego...?

—Sí, a veces siento debilidad, y...

—Pida siempre que tenga gana de algo, porque no me gusta que a mi bordo se pase

hambre; pídamelo a mí o al segundo, y se le dará cualquier cosa de la despensa si es hora en que Enmanuele no pueda guisar.

—Gracias... Me basta con beber un sorbito de vino a media noche, si usted no ve inconveniente en ello.

—Ninguno. El porrón quedará sobre la mesa.

Nada añadió, y aquella noche, en un momento en que se quedó a solas con el cuerpo rendido al sueño del capitán Arduini, Rodolfo sacó de su maletín metálico un frasco achatado, y echó en él un poco de vino. Al otro día continuó su labor de aclimatación espiritual, y anduvo silencioso y sonriente por la cubierta. De tiempo en tiempo, la punzada del deber por cumplir y la conciencia de la fugacidad del tiempo, aguijaban su espíritu, y tenía que realizar un esfuerzo físicamente doloroso para no quitar de su cara la máscara afable. Por la noche volvió a trasegar vino del porrón; y de una botella de ginebra que guardaba Arduini, robó también un

poco, que mezcló con azúcar y echó en el frasco chato.

Con voz borrosa, ausente, el capitán balbució una pregunta:

—¿Quién va ahí?

Y sin inmutarse, Rodolfo dejó la botella en su sitio, cogió el compás de aceradas puntas y, replegándose hacia su litera sin dejar de dar la cara a Arduini, repuso:

—Nadie... Yo, que he tenido que levantarme... Nadie.

Si el cuerpo obeso no hubiese vuelto a quedar inmóvil, y si de la garganta, en vez del estertor del sueño, hubiese brotado una palabra de tenaz curiosidad o un grito de alarma, las dos púas hechas para medir, habrían ido a medir la resistencia del pobre corazón que sólo por la gula, por la holganza y por las bajas sensualidades, latía alegremente; pero la media muerte en que sus sentidos abotargados yacían casi siempre, lo salvó de la muerte completa. Poco después entró Guillermo y, al ver a Rodolfo con los ojos abiertos y rebulléndose en la litera, le preguntó:

—¿No duerme usted?

—Dormí mucho por el día y ahora no tengo sueño. Debe de hacer muy buena noche, ¿verdad?

—Magnífica..., si no necesitáramos del viento para hacer camino. No hay ni una brizna de aire, y en el cielo parece que no caben ya tantas estrellas. Puede salir un rato, si quiere.

—Gracias.

Sin apresurarse, como si el permiso no respondiese a su preconcebido propósito, después de un suspiro y de permanecer un momento indeciso, se incorporó y echó a andar hacia fuera. Su demacración era tanta y las huellas del dolor tan visibles, que Guillermo sintió piedad e impulsos de llamarle, de hablarle con palabras afectuosas, de hacerle comprender la inutilidad de cualquier nuevo esfuerzo, y de exhortarle a desistir de su ignorado plan, fuere cual fuere, a cambio de crearse durante el viaje una existencia menos dura. Pero el recuerdo del retrato hallado y de sus responsabilidades de verdadero

capitán del buque, lo contuvo, y sólo dijo:

—Preséntese al segundo de mi parte y dígale que sale con permiso mío.

—Bien, lo haré.

Rodolfo salió y, al poco rato, vió entrar a Jorge en la cámara; iba, sin duda, a preguntar si la autorización era cierta. En la calma tibia de la noche, bajo la tenue claridad estelar, el alemán sintió agolpársele del fondo del recuerdo mil remembranzas olvidadas. La misma certidumbre de que había salido para dar el paso decisivo, cedía ante aquel alud voluble de evocaciones lejanas y pueriles. Se acordó del gesto de uno de sus compañeros de colegio, del ambiente pesado de la primera vez que fué a un baile de máscaras, de su disgusto con un camarada por una florista...

Este estado de ánimo duró sólo un minuto; pero fué uno de esos minutos largos, elásticos, y hubo de realizar brusco esfuerzo para arrancarse al letargo embriagador que cambiaba la tensión de su espíritu por una molicie tierna, estéril.

En la popa, detrás de la rueda del timón,

estaba Giacomo... La suerte le favorecía. Se acercó a él y, sin darle las buenas noches, breve e imperativamente, le dijo:

—¿Tú sabes lo que son doscientas mil liras...? No, no lo sabes. Son el no tener ya nunca que ser mandado por nadie; el tener un barco mayor que este tuyo; el vivir donde quieras, con la mujer que te guste, con las cosas que te gusten, bebiendo los mejores vinos del mundo... ¿Entiendes...? Pues esa felicidad será tuya con sólo ser mi amigo... Sin hacer nada siquiera contra la persona que tan mal nos quiere a los dos... No me contestes ahora. Piénsalo despacio... ¡Ah, si tú le hubieras oído decir de ti lo que yo le he oído varias veces en la cámara...! Dice que al llegar a Trieste te desembarcará por borracho... ¡Como si uno no pudiese empinar un poco el codo después de cumplir con su obligación...! A mí también me gusta beber... Siempre llevo mi frasco conmigo. ¿Ves? Y es de lo bueno... Anda, bebe un trago... ¡Toma!

Las manos de Giacomo no soltaron la rueda, y el rostro no tuvo la menor contracción.

Toda la cara, desde los ojos muy abiertos hasta la barbilla, revelaba la animalidad torturada por la sorpresa y por el esfuerzo de comprender. Tras un segundo, una de las manos avanzó hacia el frasco, y Rodolfo sintió nacerle a su ánimo dos alas de esperanza. «¡Ah, al fin..., al fin..., al fin iba a tener un hombre, dos brazos más, y, tal vez, dos armas para la lucha!» En su voz quisieron unirse las inflexiones del mando despótico y las de la suplicadora insinuación, cuando prosiguió:

—Para ganar esa fortuna bastará con que tú ataques al segundo y yo al piloto. No hace falta matarlos; bastará con que los dejemos inmóviles, a menos que ellos se empeñen, claro... Después, ya nos arreglaremos con los demás... Bebe un poco y tendrás valor... Esta noche, a las tres en punto, puede hacerse la cosa. Tú entrarás con cualquier pretexto en la cámara y me darás un revólver o un hacha... Y las doscientas mil liras, y más aún, no serán tuyas en promesa, sino en buenos billetes, como éstos, y mañana mismo... No me contestes ahora... ¡Piénsalo!

El segundo subía por una de las escalerillas, y Rodolfo tuvo, al verle, una paralización de ansiedad. Nada en el mutismo de Giacomo permitía discernir un presagio; pero—se dijo con rapidísima dialéctica—, «si fuera a no aceptar, a delatarme, ¿no le habría leído la discrepancia en los ojos? ¿Sería acaso tan lento el trabajo de aquel cerebro tras la frente angosta, que no habría comprendido aún?» Este temor lo hizo estremecer. Al acercarse el segundo, Giacomo cogió el frasco y lo ocultó en la faja... ¡Ah, este ya era un signo...! ¡Ahora sí que podía esperar! A paso lento se separó del timón, se acercó a la borda, y se puso a mirar la fosfórica estela. Jorge pasó junto a él, dió una vuelta por el castillo de popa, receloso, y volvió a bajar, quedándose agazapado tras uno de los tanques de agua, con el oído atento. Rodolfo, entonces, sin apresurar el paso, descendió por la escalerilla opuesta, fué despacio hasta el rancho de proa, desanduvo el camino, y entró en la camareta otra vez. Ya no podía hacer otra cosa que aguardar. Toda su vida estaba pues-

ta en el postrer albur del juego; y el Destino iba a comenzar con su indiferencia terrible la partida.

Y aguardó con todas las potencias del alma, con todos los nervios, con todos los músculos; consumido por ese fuego aniquilador de la esperanza más tremendo aún que el imposible. Cada minuto torturó su impaciencia, cada hora clavó las garras de sus campanadas en su duda. Cuando sonaron las tres, el ansia que lo saturaba se le irguió trémula, presta a la heroicidad o al sacrificio... ¡Y nada! ¡No entró nadie! Ningún rumor rasgó la quietud de la noche... Tal vez Giacomo no encontró coyuntura propicia; quizá no hubiese bebido aún el vino, sin el cual la fiera no despertaba en él... A las cuatro, la fiebre de la espera cesó de súbito, y, cual si todos los propulsores de su vida se debilitasen, sintió un cansancio del pensamiento, del anhelo, de la carne, hasta de los huesos; una decepción infinita, casi una inesperada indiferencia; y cerró los ojos, y dejó el alma volar fuera... Cuando despertó, Luiggi y *Sanica* le

aferraban los brazos y, ante sus ojos, el cañón del revólver de Jorge amenazaba:

—Es inútil resistir—le dijo el segundo.

—¡Atadle!—ordenó Guillermo.

Antes de que pudiera recobrar íntegra su personalidad, ya las cuerdas, hábil y fuertemente anudadas, le imposibilitaban toda defensa. Detrás de Jorge estaba Enmanuele. Su cara rapada contrastaba con las cabezas bravías de los otros. Rodolfo leyó en la faz femenil el deseo de insultarlo, quizá de maltratarlo; pero debió Guillermo leerlo también, porque de un empujón apartó a la semimujerzuela; luego aproximóse a la litera donde el vencido había vuelto a desplomarse, y le dijo:

—Usted lo ha querido; peor para usted.

¿Peor? Rodolfo lo penetró con una mirada que poco a poco fué haciéndose dulce. La tortura de la esperanza había terminado. Todavía antes de perder la conciencia, vió en la sombra la cara pálida de Giacomo y el cuerpo enorme del capitán Arduini, a quien el drama no había arrancado de su sueño feliz.

VIII

IENTRAS Paulo salía del rancho pequeño, adonde lo echaban a dormir en cuanto arreciaban los calores, y aseaban un poco el recinto, Guillermo, de pie ante la litera de Rodolfo, lo contemplaba con curiosidad triste. La lividez y los ojos cerrados le daban aspecto de cadáver. Hondas arrugas que debían llegar hasta la calavera, se insinuaron y ahondaron en poco más de una hora; y en el fondo de ellas quedó enterrado cuanto de juvenil perduraba aún de aquella prestancia con que saltó la borda pocas tardes antes—¡cuán lejos parecía en la memoria!—, a su llegada al *Palinuro*. Bajo la mirada del piloto el dolor ejercía la misma acción del tiempo; y al verlo envejecer así,

Guillermo tuvo un gesto de impaciencia, cual si de no llegar pronto los que había mandado a disponer la prisión, las arterias dejaran de latir y bajo la piel levemente viscosa, comenzaran a pulular las primeras putrefacciones. Cuando llegó Enmanuele a decir que todo estaba listo y que él había labrado tres fuertes barrotes para cerrar la entrada de la escalerilla que conducía al rancho, Guillermo respiró ya sin trabas, y mandó:

—¡Llevadle!

De nuevo *Sanica* y Luiggi, los dos hércules, cogieron los brazos agarrotados por las ligaduras; mas esta vez los músculos, al ser atenazados, no protestaron con ninguna contracción. Los brazos inertes, las carnes sudorosas, presagiaron que las piernas iban a doblarse y que sería menester sostenerlo. Todos los resortes morales y físicos se habían roto en aquella hora: la cabeza osciló sobre el pecho y los hombros, los ojos apenas miraban... Enmanuele iba delante, con algo tan maligno en su mueca, que hizo decir al piloto:

—Que ninguno lo vaya a maltratar, ¿eh...? Y en cuanto esté abajo, se le desata. Con que uno quede de guardia arriba me figuro que bastará.

El grupo volvió a ponerse en marcha. Entonces Jorge se acercó a Guillermo, le habló al oído, y éste mandó hacer alto; y abriendo la pelliza del prisionero, le sacó cuanto llevaba en los bolsillos. Lo hizo someramente, con repugnancia, sin ahondar. El deber no logró excluir la piedad de hombre que sabe el valor de la salud y de la fuerza y olvida, al verlas morir, que mueren en un enemigo.

En el espacio que separaba la puerta de la camareta del rancho, el sol proyectó sobre la cubierta las sombras. Dijéranse las sombras de un «descendimiento» fantástico. En todas las caras había una seriedad que subía del alma. Y cuando los tres barrotes de madera marcaron en la angosta entrada el límite entre la libertad y el cautiverio, a pesar de la gloria matinal, del múltiple centelleo de la luz en los mil espejos en que se quebraba el

oleaje, y de la transparencia jubilosa de la atmósfera, una sombra invisible, pero sensible, cubrió el buque; y todo fué desasosiego, silencio, quietud supersticiosa.

Impelido por vientos propicios, el *Palinuro* hendía el vasto esmalte de cobalto. Ettore podía estar alegre: ni una vela dejaba de dar con su turgencia algo de velocidad a la nave; todas eran como ubres en las cuales tomaba el navío la energía para andar sobre el mar. El cielo era límpido, casi blanco. El sol hacía crujir la madera, libre ya del pasado reumatismo de las largas lluvias. Nada había que hacer. En otra travesía, días como aquél eran los elegidos para rememorar las aventuras de los puertos; para que Enmanuele contase por centésima vez ante la indignación de *Sanica* el día en que él quiso llevar a Mario a cierto barrio de cierta ciudad, para revelarle el triste misterio de la lujuria. Días como aquél eran los elegidos por Paulo para reunirlos a todos, a la sombra de la mayor, y contarles cuentos tan pronto sentimentales como saturados de la sal ápera

de una obscenidad casi inocente. Y, sin embargo, el acorde glorioso del mar, del cielo y del aire, supeditaba entonces su influjo al del drama que acababa de cerrar con nudo conmovedor para aquellos hombres que siempre fueron libres, la última de sus peripecias.

¿La última? Subconscientemente esta interrogación alzábase en cada uno e iba de alma en alma, tejiendo una cadena de intranquilidad. En la cámara, el piloto, el segundo y el capitán Arduini—arrancado por el acontecimiento a la modorra—acababan de examinar con infructuosa atención todos los objetos confiscados al prisionero: Un aparato de uso desconocido, numerosos pedazos de papel tela con caracteres indescifrables, una fortuna en billetes de Banco de varios países y un pedazo de sustancia oscura, rojiza, que fué echada en seguida al mar, fué lo hallado además de algunas cosas de inofensivo uso doméstico. Cuando el marinero de guardia picó la hora de la comida, aún estaban los tres hombres encorvados sobre aquellos papeles irónicamente traslúcidos, cargados de secre-

tos, entrecruzados por cifras y signos rojos, cual si sólo quisieran dejar entrever que expresaban un misterio de sangre. Ettore entró en la cámara y los tres tuvieron un sobresalto.

—¿Qué pasa?—preguntó Guillermo.

—Nada. Paulo acaba de bajarle la comida y dice que está como muerto, en un rincón; y que ni siquiera se ha movido al oirle entrar.

—Bien.

—Tuve que ponerme serio para que bajase. ¡Serán poltrones...! Ninguno se atrevía.

—Haber bajado tú... Desde hoy que bajen todos por turno, menos Mario y Enmanuele, claro.

—Eso mismo había pensado yo.

La tarde transcurrió sin charlas ni juegos. El sol, al entrar oblicuo por la puerta del rancho, proyectaba tres líneas rígidas de sombra; y, en el fondo, al pasar frente a la entrada con prisa, cual si de ella pudiera surgir un peligro repentino, los hombres sentían en el fondo ya un silencio vivo, ya un remover nervioso o doliente.

Todos se mantenían aislados. Hasta Pietro y Paulo se separaron, y el capitán Arduini, en vez de entregarse al sopor del mediodía, permaneció en cubierta. Ni siquiera Enmanuele pretendió envolver a ninguno en la devanadera de sus comentarios. Dijérase que cada cual deseaba hallar en los silos de la propia alma, la raíz del drama y sus posibles frutos.

Por la tarde correspondió a *Sanica* bajar la comida, y una curiosidad medrosa lo siguió al descorrer los barrotes y descender los peldaños de la escalera. Cuando subió, estaba demudado, y dijo:

—La comida de esta mañana está sin tocar... Y el agua también.

—¿Le preguntó si necesitaba subir para algo?

—Sí, pero no contestó.

—¿Y le dejó la campana para que llamase si le hace falta?

—Sí, también.

—Bueno; ya comerá cuando le pique el hambre.

Al ir *Sanica* hacia proa, Enmanuele, Mario, Pietro y Luiggi, lo rodearon y se vió en un círculo de interrogadoras miradas, que él se esforzaba en romper con los ojos, para clavarlos en el paisaje. De una parte el firmamento tenía ya el tinte intenso de la noche, y en la opuesta, la claridad turquesa aparecía realzada por lampos de ígnea purpúrea y de morados arreboles. *Sanica* anduvo algunos pasos antes de responder. Quería decir en pocas palabras lo visto, y buscaba frases que unieran a la visión objetiva su impresión honda de piedad, de terror.

—Abajo ya hacía noche... Estaba tirado en una litera y se volvió al oírme bajar... Los ojos le brillaban... Me costó trabajo empezarle a hablar: la voz no me salía... Yo le pregunté, y no me contestó; pero los ojos le brillaron más. Creo que si se llega a levantar, yo huyo o lo mato... No hacía más que moverse, moverse... ¡Y los ojos le brillaban de un modo...!

La intranquilidad del prisionero y el fulgir de su mirar, volvían en la balbuciente narra-

ción, cual ritornelo pavoroso. Los turnos de vigilancia que se establecieron por la noche fueron penosísimos. En la quietud, el rebullir interior adquiría sonoridades extrañas; y a cada momento el centinela apartábase apercibido contra un ataque que no sobrevenía, y necesitaba de toda su entereza y del temor a la burla, para no pedir socorro contra aquel vacío negro, cerrado por tres varas toscas. La alborada apenas si puso claridad de confianza en el que la vió llegar; y las ojeras de todos comprobaron que la noche no había sido de reparador sueño, sino surcada por relámpagos de pesadilla. Al repartirse el almuerzo, Pietro cogió la cantimplora del café y descendió los escalones, remiso. Poco después subió demudado.

—El prisionero, al oirme—explicó—, se incorporó de súbito y me miró de una manera... ¡Igual que un tigre que se prepara para saltar...! Toda la comida del día anterior estaba intacta...

¡Él lo vió bien...! Y el alemán estaba tan flaco, con los ojos tan abiertos, que ninguno

de los que no le veían desde el día antes podrían reconocerle. ¡Parece mentira lo que pueden hacer una noche y un dolor, de un hombre!

—Ya anoche le brillaban los ojos de un modo que daba miedo—dijo *Sanica.*

Y en el instante en que Guillermo, sugestionado a su pesar por aquel ambiente de ultraterrena pavura, iba a responder con una forzada bravuconería, del fondo del rancho salió un grito largo, creciente, que hizo erguir a todos. ¡Ah, sí, sus ojos bien podían parecer otros, puesto que aquella voz no parecía su voz! Al grito aquel siguió otro, otros; y luego un breve silencio, un alud de insultos groseros, emponzoñados, hirientes, comenzó a desbordarse sin tregua, como se desborda la lava del cráter. Eran frases cortas, soeces, contra lo más querido: la patria, el honor, las madres. Habría sido difícil escogerlas más groseras, más certeras, más rotundas. La voz vibraba en el silencio, con poderoso estridular en las interjecciones, acentuando los apóstrofes, deteniéndose con exasperadora

delectación en aquellos ultrajes que más despiertan en el hombre ansia de defensa y venganza. Aun cuando nada hubiese dicho, sólo por la calidad del grito, ni uno habría dejado de recibir los dicterios. Y así pasó una hora, dos, cuatro; y la voz proseguía incansable. Era inútil ir hasta el extremo de la proa, refugiarse en el otro rancho o en la cámara, hundir la cabeza entre las manos en desesperado ademán: la voz atravesaba todo, llenaba todo, flagelaba todas las sensibilidades con su látigo ardiente... Cual si la razón, en su lucha postrera con la cólera que encendía las entrañas e iba poco a poco expulsándola del sér, disparase sus últimos dardos certeros, cada insulto iba a buscar en la elegida víctima el punto irritable. Por último, polarizó las ofensas en Guillermo y en Giacomo; y así siguió ya hasta el fin, desentendida de los otros, deseosa de encarnizarse en la cabeza y en el brazo ocasional que habían decidido su fracaso:

—¡Canallas, canallas..., hijos de perra, sucios, italianos vendidos..., venid...! ¡Ya os

daremos lo que merecéis: patadas y excremento...! ¡Os barreremos del mapa, tiraréis de nuestros carros, nos alquilaréis a vuestras madres, a vuestras hermanas, a vuestras mujeres y a vuestras hijas...! ¡Ladrones, cochinos, cobardes...! ¡Tú, Guillermo, y tú, Giacomo, los más cobardes, venid, venid...! ¡Los dos más hijos de perra, atreveos..., venid!

En la quietud del buque, la voz se elevaba creciente, sin languidecer. ¡Ah, que no se desencadenara un huracán que la ahogase con su fragor! Era estéril taparse los oídos. Desde Mario al capitán Arduini, todos sintieron el anhelo de escapar del *Palinuro* o de conjurar la muerte para que paralizase aquella voz de Apocalipsis. Los más pacíficos sintieron la inquietud próxima al exabrupto. De pronto, una silueta agazapada, elástica, casi felina, saltó desde la camareta a la puerta del rancho, descorrió los barrotes, y se hundió en la sombra... Cuando Guillermo, Jorge, el capitán y Ettore, que estaban en el extremo de la popa, y los marineros, refugiados a proa, acudieron, era ya tarde. Todos habían reconoci-

do en aquel paso fugitivo a la fiera que despertaba en Giacomo apenas caían en él algunas gotas del agua maldita llamada alcohol. Ante la entrada del rancho hubo una barrera de miedo, y nadie logró franquearla. Sucedió un minuto de expectación. Abajo sentíase jadear de lucha, rabiosas imprecaciones; mas no se veía nada... En seguida Giacomo volvió a aparecer, lívido, ensangrentado el pecho y la camisa, con las manos anhelantes sujetas a la garganta, de donde escapaban borbotones rojos. Mario, aterrorizado, corrió de nuevo los barrotes, mientras el cuerpo del herido se desplomó en brazos de *Sanica* y Luiggi. Cuando la sangre se contuvo algo, vieron que tenía el compás hundido hasta el vértice en el cuello, conmovido por un estertor que hacía ir y venir dentro de él un nudo de angustia, cual si de uno y otro lado tirasen alternativamente de la vida, la juventud y la Muerte.

Mientras lo llevaban a la cámara, Guillermo, casi perdida también la razón, acercóse a la oquedad amenazadora, y disparó a ciegas

los seis tiros de su revólver. ¿Habría castigado alguno de aquellos tiros al criminal, a la maldición viva echada por la fatalidad sobre la paz del *Palinuro?* Un alarido y una carcajada rota, ya apenas humana, respondieron desde el antro a la pregunta.

—Dos de guardia aquí—gritó Guillermo, contento sin razonarlo por no haberle dado muerte—. ¡Y si intenta asomar, lo matáis como a un perro...! ¿Oís?

Mientras iba hacia la cámara, comprendió la necesidad de serenarse para no caer en la sima de terror sobrenatural que desde la víspera envolvía el buque. No era el primer hombre muerto ni la primera sangre que había visto. ¿Por qué, pues, aquella impresión? Había que ser fuerte... Acaso por su debilidad de no mandar tres hombres a amordazarlo, ocurrió el drama. En los pocos metros que lo separaban de la cámara, el soliloquio habíase desarrollado íntegro. Al entrar vió a Giacomo exánime; respiraba, sin embargo, algo mejor, y Guillermo supuso que la herida pudiese no ser mortal. Por uno de los aguje-

ros se escapaba un poco de aire en burbujeo que hacía pensar en un nuevo sér prendido allí, como nace el retoño en un árbol. Con entereza áspera, dió algunas órdenes, y, guiado por el instinto, se puso a llenar el libro de navegación. Estaba a los 32° 03′ de latitud N. y a los 70° y 58′ de longitud W. Los rumbos verdaderos eran N. 62° E. El termómetro marcaba 17 y el barómetro buen tiempo fijo. Navegaban con el aparejo todo largo, de cruz... Y mientras, minuciosamente, con letra algo temblona, anotaba estos pormenores y las millas recorridas en cada hora de la singladura, buscaba en la mente una idea concreta para solucionar el conflicto. Ya no se oían ni alaridos ni estridente risa; pero ahora el silencio era más pesado, y más intenso aún su poder aplanante, que el de los gritos. Con certeza repentina, comprendió Guillermo que Rodolfo se había vuelto loco, y que era cruel y estéril matarlo. Pensó en su depauperación, en su repugnancia a comer, y tuvo la mala esperanza de que los librase sin nuevas violencias de su vida. Tal vez aquella noche o a la

siguiente, dos velas bien cosidas y dos lingotes de hierro, llevasen a las aguas profundas la víctima y el asesino. Hasta pensó en que Enmanuele era el que mejor sabía rezar y que debía decirse una oración antes de echarlos por la borda. Cuando salió de la cámara, su rostro revelaba serenidad, una serenidad rígida. Fué de uno a otro con palabras de calma. Mario y Enmanuele temblaban aún; Jorge tenía los ojos más saltones; Ettore oteaba el horizonte con el pelo encrespado; *Sanica*, en voz baja, invocaba el favor de San Norberto, el patrón del día. Y todos miraban, en la penumbra ya naciente, las tres rectas blancas de los barrotes, tras de las cuales, en lugar del vacío real, ponía el colectivo terror un rostro satánico.

Y de pronto, en vez de la risa y del ruido que esperaban y temían, sonó una canción, una antigua canción alemana que sólo Jorge pudo entender. Canción ingenua, entonada con voz ronca de tantos gritos; canción sin ritmos, sin hechizo sugeridor, bien diversa de la melodía que pocas noches antes ascen-

diese de proa, a modo de plegaria a la lejana tierra, en la noche de plateada quietud. También ahora la luna parecía haber diluído su argento en la atmósfera, y subía solemne hacia el cénit, transfigurado todo con su blancura inmaculada. La canción se extinguió. ¿Se habría rendido? Era preciso reponer las fuerzas, dormir. Con precauciones se quitaron las barras y se puso el herrado portón que cerraba la entrada del rancho en los días de tormenta. Desde dentro, el más fuerte atleta no habría podido derribarlo. Durante la primera parte de la noche, todos, menos el timonel y el serviola, durmieron a bordo. Fué ese sueño sin sueños, hondo, de anulación íntegra del sér, que sucede a las largas y penosas tensiones de la materia y del espíritu. A la una, Ettore entró muy turbado y despertó a Guillermo:

—Paulo ha notado un olor raro... a quemado. Huele mucho.

Guillermo, de un salto, echóse fuera. Con esa lucidez en que intervienen fuerzas aún desconocidas del espíritu, ajenas a la razón,

recordó que el rancho estaba separado de la bodega principal por un tabique delgado, y que sólo le registraron al prisionero los bolsillos de la pelliza. Recordó también que la estiba apoyada en el tabique era de tea, y midió la inmensidad de la posible catástrofe... Rápido, encaminóse a la escotilla, y, ayudado por *Sanica* y Luiggi, levantó los pesados cuarteles. El olor salió con una masa de humo tan densa, que los sofocó y paralizó un instante.

—Ea, calma... A las bombas... Tú, Enmanuele, ¡si lloras, te mato...! ¡A las bombas, he dicho...! ¡Todos...! Usted, Arduini, también... Abrid el rancho... ¡Sin miedo...! ¡Arriba!

Al quitar el portalón, una llama ancha, roja, de bordes azules, salió igual que una fiera a la que se le abre la jaula; y como si el incendio profundo sólo necesitase de la corriente de aire que acababa de establecerse, para surgir en la inmensidad de su potencia, de la escotilla alzáronse también un sin fin de lanzas flamígeras, con calor y rugir de fragua. Enloquecidos por el pánico, algunos co-

rrieron hacia popa, y junto al terrible horno sólo se vieron las siluetas enrojecidas de Guillermo, de Jorge y de Ettore. Oíanse gritos, llantos, entrecortadas blasfemias, invocaciones a la Virgen del Carmen... Las llamas crecían por segundos. El velamen del palo mayor ardió, y, casi en seguida, el fuego se propagó al trinquete, al mesana, y después a los grandes haces estibados sobre cubierta. Las maderas resinosas ardían cual si estuviesen rociadas de petróleo. Los pescantes de los salvavidas chirriaron, y los botes cayeron al mar con chasquido inexorable. Al verlos caer, los más se lanzaron desde popa y nadaron en demanda de ellos. ¡Todo era ya inútil, inútil...! Guillermo fué de nuevo a la cámara para cargar otra vez el revólver... Giacomo no respiraba ya; debía de haber muerto hacía muy poco. ¡Feliz él...! Cuando salió, el fuego envolvía las dos terceras partes del buque, y no vió más que a Enmanuele, arrodillado entre el fulgor rojizo, y a Ettore, que arrastraba una viga muy gruesa, con la que ambos se tiraron al agua. Comprendió la necesidad de

hacer algo, y se arrojó también. Enmanuele había desaparecido; sólo Ettore flotaba sobre el madero, y lo ayudó a asirse. Una ola los distanció del buque. A los pocos metros, el *Palinuro* parecía una hoguera sin forma, una llama crepitante cada vez más hundida en el mar. No lejos de ellos vieron a *Sanica*, que nadaba llevando apoyado en el hombro a Mario, a quien animaba con palabras de infinita y aterrorizada ternura; no pudieron acercarse a ellos, y desaparecieron unos de otros en el sombrío oleaje. Más lejos, una forma se debatía en las últimas resistencias. El agua estaba gélida: ninguno podría resistir en ella más de cuatro horas... ¡Ah!, ¿por qué aquel instinto invencible de prolongar la agonía? ¡Lo mejor habría sido abrir la boca desde el primer instante, llenarse de mar, y entregarse quietos a la Muerte! Y, sin embargo, todos braceaban en aquel infinito sin riberas. Los mismos que se tiraron a las lanchas, si habían logrado ponerlas a flote, nada podrían hacer sin remos, sin víveres, perdidos a cientos de millas de las rutas de los trasatlánticos...

Guillermo sabía todo esto mejor que ninguno; vió pasar junto a él, casi rozándole, un bulto enorme, hinchado ya, repugnante: era el cadáver del capitán Arduini; y, deseoso de no acabar así, se aplicó el revólver a la sien y disparó... Mas no salió el tiro; volvió a disparar, y también fué inútil. Una ola ladeó la viga y le arrancó el arma de la mano. El mar, a quien había dedicado la vida, no quería cedérselo en la hora postrera a otro elemento. El choque hizo desprenderse a Ettore, y su cuerpo, sin aleteo de lucha, desapareció entre un crujir de espuma. En uno de los últimos esfuerzos para sostenerse, Guillermo vió que las llamas eran menos intensas, y, en medio de su angustia, tuvo la preocupación pueril de saber si el barco se alejaba o se hundía. Luego sintió que su resistencia se agotaba; soltó el madero, notó un golpe, una masa terrible que le abría la boca, le cortaba la respiración y lo invadía hasta las entrañas... Después ya no sintió.

Al nacer el día, de aquellas diez vidas juveniles, de aquella vida infantil ávida aún de

todos los espectáculos del mundo, de aquella existencia de viejo austero y del buque cargado con ilusión para llevar un pedazo de bosque de un continente a otro, sólo quedaba, entre la indiferencia del cielo y la frialdad del mar, un poco de humo.

FRATERNIDAD

La fila de seminaristas penetraba por el ancho portón, y el hombre enjuto permanecía extático, contemplando, con mirar a la vez lejano y atento, el interior del patio, que se llenaba poco a poco de alegre susurro. Todos los seminaristas, al pasar, lo habían examinado sin volver siquiera hacia él las cabezas, con ese modo en que sólo intervienen los ojos, enseñanza común a todos los cursos en conventos y seminarios.

Aquel examen múltiple, turbándole como una sensación física, le había hecho apartarse algo del camino; pero su alma entera se iba tras la vista, y los recuerdos le subían en tropel del fondo del alma, y eran opresión en la garganta, rítmico latir en las sienes, lágrimas estranguladas entre los párpados. La

puerta abierta, el patio con su alto claustro vigilante, el dulce e imperativo son de la campana, precisaban en su memoria el lapso feliz de su niñez, pasado entre aquellas paredes cuyo poder aquietador no había comprendido del todo hasta entonces. Y sólo cuando los portones comenzaron a mostrarle, al cerrarse, las hoscas superficies claveteadas, salió del éxtasis, y con brusca decisión se acercó a interpelar al lego:

—¿El padre Sebastián?

—No es hora de visita. Además...

—Es para algo muy importante... muy importante.

—¿Importante para él o para usted?

—Para mí... pero también para él; estoy seguro. Dígale que está aquí Lizárraga... Lizárraga el pequeño.

—Es que...

—Hará usted una buena obra avisándole. ¡Se lo pido en nombre de Dios!

El lego, remiso, lo miró por primera vez frente a frente, y al ver el rostro demacrado y los ojos encendidos de ansia, cedió:

—Voy a avisarle a pesar de la hora; pero como el padre Sebastián está tan viejecito y apenas sale de su celda, no sé... De todos modos voy... Hágame el favor de pasar y espere... Entre ahí, en la sala de visitas.

—Sí, muchas gracias.

Subió los tres peldaños que la elevaban y separaban del zaguán, y se encontró en la sala en que tantas veces entrara antaño.

En la penumbra tibia de la estancia, su vsita, llena aún de los fulgores de la tarde, necesitó varios segundos para percibir bien los objetos. Casi puede decirse que los percibió antes con la memoria; y un estupor impurificado por dejos de reproche inicióse en su alma cuando fueron surgiendo de la media luz los amplios divanes forrados de gris, el testero con la cruz donde la desplomada imagen pendía sólo sujeta por las manos, las estampas ingenuas simétricamente colocadas sobre la caliza pared, los muebles volantes que, en su humilde insignificancia, habían resistido a las pruebas del tiempo y lo acogían invariables después de tantos años,

mientras él llegaba hasta ellos deshecho, con el alma árida y transida.

Poco a poco adquirieron hasta los menores detalles viveza de contornos, y entonces comprobó con cuánta plenitud habíase detenido la vida en aquel remanso; en un tenue rayo de sol, hacia la cerrada ventana de la esquina, brillaba el polvo. ¡Cuántas veces había visto él, de niño, aquel cortejo innumerable, dorado, inquieto...! El aire húmedo y oloroso a tomillo, la lámpara de tintineantes cristales preservada por gasas verdes, el crujido del entarimado, la concordia tácita del ambiente con las cosas y con el silencio, aliándose a su evocación, le llevaron a la época lejana de la niñez; y durante unos minutos, olvidándose de su último «yo», se sintió niño en aquel cuadro de su infancia; y una beatitud de ensueño, de muelle inconsciencia, le ensanchó el espíritu... No oyó abrirse la puerta, ni vió una figura noblemente caduca avanzar hacia él. Y al sentir dos manos sobre sus hombros, tembló y se puso en pie de un salto, de un salto inmen-

so que iba desde el pasado feliz al presente.

—¡Padre Sebastián!

—¡Hijo...!

—Acaso no debí venir... Perdóneme... Pero quería verle..., necesitaba verle. ¡También está usted emocionado!

—Es la vejez y la alegría... Siempre que veo a los que estudiaron conmigo, me ocurre... y por eso me lo quieren prohibir... ¡Cuando ya es lo mejor que me queda!

—Creí que no iba usted a conocerme.

—A todos os conozco por la voz... Antes de entrar creo que voy a encontraros jovenzuelos como entonces, y, a veces, el cambio es tan grande, tan triste, que cierro los ojos para oir sólo la voz, que es lo que menos cambia... En ti el cambio no es tanto; tienes tus mismos ojos, tu misma boca... Apártate para que te vea... ¡No te iba a conocer! Además, os sigo desde aquí; y a vosotros, que fuisteis de los mejores, con más interés... Hace cuatro o cinco años, cuando leía aún, vi los grandes éxitos de tu hermano y tuyos en la Química.

El hombre enjuto se estremeció, y, de súbito, hondos sollozos le llegaron de las entrañas, mientras la cabeza hundióse entre el cobijo de las manos en un ademán de denegación inexorable.

El anciano se sentó a su lado, y después de dejarlo llorar hasta que se aquietara la primera congoja, le asió las manos, que se obstinaban en resistir. Su voz, al hablarle, fué balsámica, apenas interrogadora, maternal:

—A ver... a ver... ¿Qué ha hecho el mundo contigo?

—Déjeme... ¡No toque usted estas manos manchadas!

—Las manchas se lavan; el arrepentimiento quita hasta las peores.

—Son de sangre, Padre Sebastián... ¡de sangre!

—¡Ah...! ¡Pobre hijo!

—No me rechace... ¡Oigame!

—¡Pobre hijo...! Cálmate... ¡Si no te rechazo...! ¡Habla, habla...!

Y suavemente, a medida que las palabras

acudían en férvido tumulto, el hombre enjuto se fué deslizando, deslizando, hasta caer de rodillas.

* * *

—He de empezar desde el principio, no para exculparme, sino para que me comprenda bien... Y el principio es casi en seguida de salir de aquí, cuando Julio y yo acabamos los estudios y libres de la disciplina estrecha y cómoda nos lanzamos a la vida ancha, que nos arrebató al instante en sus torbellinos.

»No sé si usted recordará nuestras particularidades de carácter. Él era más fuerte, más sagaz, más decidido y rápido; yo más lento, acaso más seguro, menos ambicioso de conquistar un triunfo que sobrepasase en mucho las necesidades estrictas. Privados casi en seguida de la asistencia del pariente que nos sirvió de padre, comenzamos a vivir, a luchar, tras dos años de Universidad en que aprobamos por libre todas las asignaturas de la carrera. Nos completábamos no sólo para hacer frente a las necesidades cotidianas,

sino en los estudios, en el modo de plantear y resolver los problemas de nuestra profesión... Eramos como los dos brazos de un cuerpo, y pronto nuestros éxitos de químicos nos facilitaron trabajo bien remunerado y esperanza de hallar medios de asociarnos con gentes que nos ahorrasen el rudo calvario de los inventores... Esa fué la época de los triunfos a que aludió usted... Dos banqueros judíos nos tomaron, nos redujeron a cifras, y ningún halago de la publicidad nos faltó; al contrario, lo que nos faltaba era tiempo para proseguir en calma la labor de investigadores... Y de aquí surgieron las primeras divergencias; no entre Julio y yo, que sólo diferíamos en un punto tan extraño a la vida externa que aun siendo esencial, como verá usted, no se prestaba a convertirse en cuña de discordia. La divergencia fué con nuestros socios. Nos parecía vejaminoso exhibirnos, engañoso anunciar empresas e industrias basadas en descubrimientos no cuajados aún. ¿Comprende usted? Absortos en nuestro laboratorio, gozando la orgía pura de no care-

cer de ningún elemento de estudio y trabajo, pasamos unos años felices. Ni diversiones, ni mujeres restadoras de energía, ni preocupaciones económicas—pues, verdaderos ilusos, jamás se nos ocurrió vigilar los contratos—, nada nos apartaba de una labor que siendo científica, era casi de ensueño. Nuestros ojos, fatigados del resplandor de los hornillos, del escrutar paciente, no podían ver las redes sutiles que iban estrangulándonos.

»La quiebra sobrevino a modo de tempestad repentina, terrible, de la que ni siquiera pudimos salvar nuestro crédito, pues los acreedores egoistamente, en vez de considerarnos cual otros infelices burlados, nos echaban en cara haber prometido mentidas aplicaciones industriales, cepo para su codicia y su candidez... Fueron unos meses de angustia, de aprendizaje del dolor, que fortificaron en nosotros la diferencia única del carácter que usted tantas veces había observado hasta en las inclinaciones de nuestros juegos...

»Julio, en su ímpetu, se entregó a la deses-

peración; su fantasía se envenenó con proyectos de venganza, y apoderóse de él un desasosiego enfermizo, que no tardó en apartarlo de mí y en guiarlo hacia esas distracciones sensuales, en cuyo goce un alma fuerte no puede jamás hallar lenitivo para las penas hondas... Julio llegaba tarde, maltrecho y descontento de sí mismo, con las huellas de la mala fatiga del vicio en la cara, y me hallaba leyendo... Pero ya no eran los mismos libros: un nuevo sentido de la existencia me iba penetrando: el tumulto, la inquietud de la ambición, empezaban a parecerme estériles. Voces vagas hablaban dentro de mí de una paz, de un bienestar trascendental, sólo posible tras la comprensión del fin del hombre y del acatamiento de la suprema voluntad, que ofendemos con nuestra soberbia... Pensaba a menudo en esta casa, en usted, sobre todo en usted, que me parecía la encarnación de la serenidad en el mundo, y leía obras que a Julio, incapacitado para percibir su sencillez honda y única, se le antojaban sandeces, «musarañas estúpidas». «—¡Ah, yo seré rico y

te haré serlo a ti, ya verás...!»—me decía con gesto de rabia...

»El dolor nos separaba, nos irritaba, y muchas veces mientras él, tras discutir acerbamente por cualquier cosa, se acostaba y caía en un sueño denso y animal penoso de ver, pensaba yo en cuánto agrandaba su desdicha la vehemencia en el anhelo de adquirir, no importa cómo, una riqueza cuyo valor de abastecedora de los sentidos conocía el pobre ya...

»De tiempo en tiempo, en el sueño, inconexas pero reveladoras del sedimento de su alma, subíanle a los labios palabras de ira, de exacerbada esperanza, amenazas, sonrisas ásperas que me daban miedo y me hacían moverlo para borrarlas de su rostro... No trabajábamos nada; vivíamos del pequeño ahorro, y al verlo mermar le incité a empezar la tarea otra vez; mas su inventiva atravesaba una crisis de torpeza, y aquella chispa que otras veces me permitía sacarla de la zona estéril de la quimera para darle eficacia humana a fuerza de tentativas y análisis, no

surgía o surgía con un tono sulfúreo—eran invenciones de exterminio, no invenciones útiles—que ponían en mi alma una incapacidad hecha de repugnancia, de espanto...

»¡Ah, padre Sebastián, pocos habrán vivido días más crueles! Veía morir lentamente para mí, a pesar de no acabar su vida, el único sér de mi sangre... Algo se rompía cada hora entre nosotros... Ya no éramos los dos brazos de un solo cuerpo; ya nuestras inteligencias no se aunaban para suplirse en los defectos y sumarse en las aptitudes... Y un día, tras dolorosa escena más de silencios que de palabras, me anunció la separación y se fué... Se fué a Norteamérica con una mujer que acaso habría podido aquietarlo, pero que se fugó con otro al poco tiempo...

»De su vida de allá sólo me llegaban jirones de cartas reveladoras de que, al cambiar de lugar, se había llevado su infierno consigo. En algunas me hacía consultas técnicas, peticiones de cálculos y rebuscas que yo realizaba casi automáticamente, del mismo modo que las traducciones de obras científicas con

que subvenía a mis necesidades, cada vez más escasas...

»Sin la intensidad del genio, mas con fe paralela a la de Blas Pascal, mi alma se desligaba de los problemas menudos del tránsito para saturarse del problema capital del hombre integrado en su creador... En mi horizonte empezaba ya a entrever un claustro, una celda llena de blanca paz callada; pensaba en usted, siempre en usted, y era feliz, tal vez demasiado feliz. Pero un día...»

Y al llegar aquí el hombre enjuto, que había hablado sin pausas, a borbotones, calló un instante, con ese gesto momentáneo de miedo que a veces nos detiene ante una habitación obscura en la cual es forzoso entrar.

«Llegó una mañana. Yo acababa de despertarme; la criada, una pobre vieja, entró, con aire de misterio, a decirme que un señor muy delgado preguntaba por mí y que sin casi darle tiempo a responder, había entrado, dándole un empellón.

»Aun cuando nada me permitía sospechar su regreso, comprendí por inexplicable reve-

lación que era él, y me levanté presuroso; pero le aseguro que, junto al ansia de abrazarlo, algo, no diré de presentimiento, pero sí de subconsciente temor, retardaba mis acciones; recuerdo que dos o tres veces me detuve mientras me vestía, sin pensar en nada, sin causa; y cuando bajé, él, que estaba calentándose junto a la chimenea, se me apareció tan demacrado y extraño en el resplandor rojizo de la llama, que durante un segundo tuve la idea—iba a decir la esperanza—de haberme equivocado. Me saludó con un abrazo leve, sin oprimirme, y en cuanto se desasió de mis brazos me dijo:

—Bueno, bueno... Vamos a dedicar una hora a las efusiones familiares y luego hablaremos de las cosas serias... ¡Hay mucho qué hablar, chico...! Esta vez traigo más que una idea... Traigo la fortuna..., la verdadera mina... Por cierto que uno de esos malditos barcos ingleses ha estado a punto de zambullirme para siempre, con todo mi equipaje... Ahí donde ves esa maleta tan pobre, con sus esquinas rozadas y una de las asas de cuerda,

es un tesoro; y aunque sólo tiene dentro unos cuadernos y un aparatito que no pesa seis libras, cualquier país daría por ella más de un millón. ¡Esta es la nuestra...! Un poco de ese buen trabajo completador que a ti te es tan fácil, y el millón se convertirá en dos, en tres, en los que queramos... Ea, dile a esa vieja imbécil que me prepare algo de comer, y deja tú ese gesto de asombro. ¡Ah!, que me traiga vino..., y una botella de coñac. Ahora bebo.

—¿Cuánto tiempo hacía que estabais separados?—interrumpió, por primera vez, el padre Sebastián.

—Dos años y meses...—contestó el hombre enjuto—. Si dejo algún cabo suelto en mi relato, pregúnteme. ¡Hay en mi alma tanto desorden! Quizás no me explico bien; quizás...

—Sí; sigue, sigue...

«Mientras ponían la mesa, me habló con frivolidad de su vida de allá, y me preguntó acerca de la mía; pero sus noticias y sus preguntas no tenían ese interés cordial hijo del cariño y de la ausencia; sentíase que hablaba

por no estar callado, y que habría dicho lo mismo a cualquier otro... Cuando se hubo confortado, alzóse, y luego de pasar varios minutos hojeando desdeñosamente mis libros, acercóse a la ventana, y con una mano restituyó al cristal empañado de humedad la transparencia, para contemplar el áspero paisaje de Diciembre. Debió ver al otro lado del huertecillo el gallinero, porque me dijo, con tono de júbilo que entonces no pude explicarme:

—Hombre, ¿crias gallinas...? No te puedes figurar cuánto me alegro... Has tenido la gran idea... ¡Qué bien!

»Como hasta entonces no había podido examinarlo, pues algo en su cara, sobre todo en sus ojos, me impedía fijar confiadamente la mirada en él, aproveché que estaba de espaldas para comprobar el estrago que aquellos dos años le habían infligido. Estaba cetrino; bajo la barba mal rasurada, entreveíase una depresión del maxilar que hacía pensar en una mueca del esqueleto; su cuerpo habíase tornado anguloso, y sus movi-

mientos sugerían, hasta en los más inofensivos ademanes, ideas de violencia; la tranquilidad infantil de su fisonomía había sido suplantada por un fruncimiento de las cejas —visible y torturador esfuerzo para concentrar el pensamiento disperso o fugitivo—que se resolvía en un rictus, tras el cual las dos filas de dientes brillaban apretadas, coléricas... Le aseguro que mientras más le contemplaba, más arraigaba en mi mente la idea absurda de que aquel hombre no era mi hermano; y era él, sí, pero lo nuevo borraba y excluía tanto a lo de antes, a lo suyo, que, a pesar de la evidencia, la duda persistía, me obsesionaba. Hasta la voz, que dice usted que apenas cambia, era otra. ¡A él no le habría usted conocido, padre! Era una voz sombría, rasgada a veces por algo metálico..., una de esas voces que sólo mandan o se burlan. Luego, al verlo comer, mejor dicho, beber, comprendí que el demonio del alcohol le había robado todas las dulzuras: la de la voz, la de los ojos, la del alma...

El almuerzo fué para mí un potro de tor-

mento. Me daba pena que la criada, tan servicial, discreta y afable, advirtiera aquella tensión de malestar. Sentía remordimiento de no estar alegre, miedo a que mi inquietud proviniese del egoísmo de ver turbada mi vida, místicamente suave, por su llegada. Su manera de comer, la frecuencia de sus libaciones y el modo lento de gustar el vino luego de haber lanzado la copa para contemplarla al trasluz, mientras una mancha color granate danzaba sobre la servilleta; su modo seco de pedir las cosas..., casi todo él—me acuso, padre, me acuso—me repugnaba.

Me esforcé en ser amable, en darle la razón, en prevenir sus deseos, para evitar cualquier pretexto de desavenencia, y, sin embargo, me sentía dominado, tiranizado por su voluntad; en tanto él, parecía tan indiferente a mi sufrimiento cual puede estarlo el gavilán que ve aletear el pájaro antes de clavarle las garras. Mi mismo deseo de evitar todo choque impedíame estar como siempre. Hasta esquivaba cruzar la vista con la de la criada, que nos servía con desacostumbrada torpe-

za... Insisto mucho, padre, ¿no es verdad? Pero es necesario... Todos los detalles importan.

Al levantar una de las veces la copa, derramó el vino, y para secarlo, no halló nada mejor que arrancar una de las páginas de un ejemplar de *Los nombres de Cristo*, para ponerla entre el mantel y la mesa... ¡Si viera usted cómo quería yo aquel libro! Y, a pesar de eso, no le dije nada, nada... Cuando me miró, hasta le sonreí con hipócrita sonrisa de cobardía, de adulación... ¡Ah, puedo, sin hipérbole, decir que comió de mi carne y bebió de mi sangre...! Mi huerto de los olivos estaba cerca... Terminamos al fin, y me dijo:

—Supongo que despacharás a esa vieja posma.

—No sale de su cocina si no se la llama; es mujer de bien.

—Las mujeres de bien para un ratito de mal y después a una legua... Las palabras se oyen y las cosas se ven hasta cuando no se es curioso; así, que licénciala por esta tarde.

—Te aseguro que...

Y como la criada entrara en aquel momento, añadió, dirigiéndose a ella:

—Oiga, buena señora. Mi hermano dice que se vaya usted, ahora mismo, a ver a la comadre con quien tenga más que hablar. ¿Sabe? Conque a eso de las ocho esté aquí...

Yo, nada dije; las palabras se engendraron en mi voluntad, pero no nacieron en mi boca. La pobre vieja se vistió, me miró resignada y se fué.

Desde la puerta, mientras él paseaba dentro, deteniéndose de vez en cuando ante la botella de coñac, la vi abrir la verja del jardincillo, volverse hacia mí, alejarse por el sendero. Y, al verla desaparecer, sentí una angustia de todo mi sér, un anhelo infinito y pueril de llamarla a gritos, de suplicarle que no me desamparase... ¡Ay, cuando el corazón, que tan pocas veces nos habla, clama así, no debiéramos jamás desoírle! Pero yo hice un esfuerzo de voluntad y escuché a la inteligencia y a la razón, que todo lo husmean orgullosamente y que no saben nada, nada... ¡nada!

Volví adonde él estaba, y me dijo:

—Siéntate y óyeme sin interrumpir. Traigo ahí un invento que, si lo completamos, puede cambiar el mundo... Es un invento de guerra, claro está.

—Ya no me gusta—repuse yo.

—Uno no hace lo que le gusta, sino lo que puede... Oye primero la parte interesante, que ya tendremos tiempo, si te obstinas, en perder un rato con lo de la moral. La idea generatriz se me ocurrió leyendo una novela; oí decir que los carros de guerra fueron, no sólo sugeridos, sino hasta descritos hace tiempo por un escritor, y me puse a leer sus obras... Acababa de pasar una crisis casi de delirio, había salido del hospital sin un céntimo, y como el Otoño aprieta allí, me metía en la Biblioteca pública a cobijarme y a leer. No perdí el tiempo, ya verás; en la novela se trataba de un rayo ardiente, ante el cual toda resistencia era inútil. La cosa no era del todo original, pues las naves quemadas por los espejos ustorios, sin ir más lejos, pueden con-

siderarse como precursoras; pero lo que sí era original era el pensamiento de un dispositivo, especie de reflector, cuyo haz poseyese cantidad infinita de calorías... Los efectos del aparato de los marcianos—eran los habitantes de Marte los creadores de tal prodigio—, me parecieron, al principio, excesivos, y pensé en algo eléctrico que, reproduciendo a distancia ciertas condiciones técnicas, hiciese volar los explosivos, destruyendo, con sus propias armas, al ejército contrario... Después de mucho trabajar deseché la idea y volví a lo que aparentemente era más difícil, a realizar el reflector, cuyo rayo, a modo de hoz de fuego, segara toda vida orgánica.

—¿Y lo has conseguido?

—Sí y no; cuando estoy aquí es que no lo he conseguido del todo. Ya ves que soy franco... Espera y verás hasta dónde he podido llegar.

«Abrió la maleta, sacó una caja de la cual partían dos hilos que se enroscaban en torno de un vástago tubular, armó con alambres una especie de coraza semejante a la de los

cañones ligeros, recubierta de amianto, y echó a andar hacia fuera. Yo le seguía consternado, atónito. Ya en el huerto, colocó la caja en tierra, desarrolló los hilos, armó ante nosotros la pantalla, y, enfocando hacia el rincón del huerto el cilindro metálico, me ordenó:

—Bájate sin miedo, enchufa esta manivela en su sitio y dale una vuelta de prisa.

«Obedecí, padre, y todavía me crispo de horror al recordar. Súbitamente, en un ademán parecido—¡y cuán diabólicamente contrario!—al de un sembrador, movió la mano que sujetaba el tubo; y sin que percibiera luz alguna, vi el césped cambiar de color, retorcerse, crepitar, y me llegaron, fundidos, olores de pluma y de carne quemadas. Fué sólo un segundo... Cuando apartó la cubierta protectora pude medir por completo el estrago: un gran pedazo de pradera estaba negro, el agua se evaporaba en la fuente y dentro del gallinero ardían las maderas junto a las pobres gallinas convertidas en un montón de carbonizados despojos.

El pavor no me dejaba hablar. Sonriendo —¡con aquella sonrisa!—me dijo:

—Ya ves hasta dónde he llegado. Ahora te toca a ti; hay que prolongar la duración y, sobre todo, hacer que lo que ahora llega dos metros, alcance kilómetros, leguas... Vamos adentro a que veas los cálculos.

«Recogimos todo y, equivocándose, sin duda, al interpretrar mi silencio, me preguntó:

—¿Verdad que la cosa valía el viaje?

—¡Es terrible... terrible!

—Terrible y magnífico. Ahorrará mucho dolor, y quién sabe si hasta muchas vidas... Tú, que eres moralista, puedes consolarte con la certeza de que si el progreso de las ciencias naturales no lo logra, no será la filosofía la que termine con las guerras, que sólo concluirán cuando la excesiva facilidad de exterminar dé al hombre un nuevo sentido de su vida y de las vidas de los otros.

—¡Oh, no!—protesté.

—Bah... Cajal asegura que nada permite prever un cambio en las células nerviosas,

capaz de modificar los instintos humanos; y que por muchos siglos el hombre del valle odiará al de la montaña, y todos aspiraremos a dominar y nos estremeceremos como fieras con el vaho incitador de la sangre.

«Yo no hallaba palabras para responder a este pesimismo funesto, pero razones sí. En mi alma se iba plasmando la resistencia, la resolución de no colaborar en aquella obra demoniaca. Ignoraba cuándo iba a trocarse esa resolución en actos; mas estaba seguro de que hablaría, de que obraría al fin... Me senté junto a él, escuché la explicación técnica del aparato, pasé mucho tiempo en verificar los cálculos, y, de repente, con una superluciáez, no sé si divina o maléfica, que precipitó todo, la clave del problema apareció en mi espíritu. ¡Sí, era posible, era fácil, era seguro prolongar el rayo maldito y llevar lejos la destrucción impune...! ¿Comprende usted, padre? El enigma terrible estaba resuelto..., y tuve miedo de que me lo fuera a conocer en los ojos, en el temblor de la voz. Y una valentía inesperada serenó mi sér

y puso en mis labios las palabras precisas:

—¡No sólo no quiero ayudarte—le dije—, sino que te conjuro a destruir ahora mismo ese aparato y esos papeles, en nombre de nuestros padres muertos, en nombre de todos los hombres, en nombre de tu conciencia y de tu deber para con Dios!

«Algo solemne devió ver en mí, porque ya no sonrió como antes; su rostro se contrajo, y luego de un breve silencio, repuso:

—Ese sermón, ¿significa tu última respuesta? ¿Lo has pensado a fondo?

—Lo he pensado y, sobre todo, lo he sentido. Es mi última palabra.

—Bien. He perdido el viaje, y me será preciso más tiempo. ¡Qué le vamos a hacer.. ! Tú eres dueño de renunciar por necios escrúpulos a la fortuna... No hablemos más de ello. Hazme el favor de prestarme algún dinero, no importa cuánto, y despidámonos.

«Quedé un rato en silencio; él me observaba tal vez con la esperanza de que el atractivo que todo gran problema ejerce sobre los investigadores triunfara de mis principios

éticos. Para hacerle comprender su error me levanté, saqué de un armario dinero y lo puse sobre la mesa. Pero mientras lo hacía, una voz irrebatible decíame en la conciencia que no podía dejarlo marchar, que mi hermano iba a ser el Caín de los demás hombres, el mensajero trágico del Dolor y del Exterminio, que la solución pavorosa, viva ya en mí, podría también revelársele a él...

Durante uno de esos minutos llenos de eternidad, sentí el deber de no dejar desencadenarse una potencia de Satán sobre la tierra, y la inutilidad de las palabras, de las súplicas. Él debió sospechar cuanto pasaba en mi alma, porque recogió los cuadernos y los guardó de prisa en el pecho. Yo le dije:

—¡Dámelos...! Hay que quemarlos ahora mismo.

«Y él, apoyándose en la pared y llevándose una mano al cinto, repuso:

—No te acerques... ¡Te digo que no te acerques...! Déjame ir.

«Y pretendió encaminarse hacia la puerta que yo obstruía. El encuentro fué terrible,

tremendo. Yo quería sólo los papeles; pero era imposible quitárselos sin hacerle daño. Dos veces rodamos por tierra, encarnizados, jadeantes. Él no hablaba, rugía, y en una de las peripecias de la lucha sentí caer de mi hombro algo cálido, espeso, sin duda excitador, porque él dió un alarido. ¡Era verdad, la sangre enloquece, padre!

Al sentirme desfallecer, se multiplicaron mis fuerzas, y pude quitarle la navaja; mas él era una fiera ya, y me acometía con las manos, con los dientes, con todo... Yo realizaba esfuerzos infinitos para no contagiarme de su ira, para acordarme sólo de mi misión... Le juro que pensaba en Dios, que estaba casi sereno, y que cuando, al fin, tuve su cuello entre mis dedos, comprendí con lucidez fría y dolorosa que era preciso inmolar al hermano, hijo de mi padre y de mi madre, para salvar a los millones de hermanos desconocidos, que, si yo desmayaba en aquel segundo, iban a ser asesinados, carbonizados en multitudes indefensas...

»Padre, reposa en el jardín en la fosa ca-

vada por mis manos. Lo enterré con dolor inmenso, sin remordimiento, y lo besé en la frente antes de cubrirlo. Nadie lo sabe aún; pero todos lo sabrán por mí mismo cuando salga de aquí, pues no rehuyo pagar mi deuda a la justicia falible de los hombres. Mas antes, padre Sebastián, quiero tener por mediación de usted, que ha sido la imagen tutelar de mi vida, un anticipo de la justicia siempre justa de Dios.

Cuando el lego portero, alarmado por la duración de la visita, se atrevió a entreabrir la puerta de la sala, ya era muy tarde, y en las rendijas de las ventanas azuleaban clarores tenues, en vez de los regueros inquietos y dorados del polvo en el sol. La obscuridad y el silencio le hicieron al principio creer que, a pesar de su vigilancia, el padre Sebastián y su visitante habrían salido. Pero cuando sus ojos lograron penetrar la penumbra, pudo ver un cuerpo agitado por mudos sollozos, sobre el cual una mano descarnada, casi luminosa, trazaba el signo de la cruz.

EL ABORTO

A Germán Somolinos.

I

EL TELEGRAMA

Si los episodios que constituyen este relato fueran menos extraordinarios y numerosos, podrían ganarse unas cuantas páginas a la candidez del lector, con una divagación inicial acerca del sentido fatalista de esos pedacitos de papel que suelen llegar a las casas inesperadamente, se abren con premura, y nos revelan con laconismo perentorio un fragmento de nuestro destino robado al Tiempo—gran paliador de alegrías y tristezas—por el hada Celeridad, cuya varita mágica trueca en vértigo las lentitudes de antaño y en inquieto lo que fué inerte.

No faltaría en esa página un párrafo dedicado a comentar cómo el mandadero puede ir y venir sin encorvarse bajo tan enorme peso anímico; unas líneas dedicadas al alambre, a la atmósfera y a los aparatos que reciben, sin un cambio en su contextura molecular, fuerzas espirituales tan poderosas, tampoco estaría mal. Pero será preciso renunciar a toda gala digresiva para no omitir, sin sobrepasar el límite de espacio prefijado, ninguno de los hechos más importantes, máxime cuando algunos por su extraña índole puedan exigir aclaraciones que, sin llegar a ser premiosas, tal vez no lleguen a ser someras. Fieles a este propósito, digamos, pues, que el día 15 de Agosto de 1919 llegó a Erial de la Ladera, pueblecito que, para ser más real, está en muchos sitios sin estar en ninguno exclusivamente, uno de esos papelitos azules acerca de los cuales no nos hemos decidido a escribir una divagación que sería grata a los amigos de las bellas letras por su intención filosófica, y a los filósofos por su calidad literaria.

La primera y no menor originalidad de ese telegrama es que no llegó a Erial por telégrafo, sino traído desde un pueblo próximo llamado La Umbrosa, a lomos de un borrico. El mandadero que lo trajo era la única persona de La Umbrosa que podía entrar en Erial sin exponerse a sufrir dolorosas y hasta cruentas pruebas de un odio que consumía gran parte de la energía vital de los dos pueblos. La segunda particularidad del telegrama fué que las consecuencias del fragmento de destino escrito en él no fueron sufridas por el hombre a quien venía dirigido, sino por otro que ni siquiera sospecha la existencia del expedidor ni le importaba un ardite de los negocios, tratos y cuantas demás relaciones pudiesen entre ambos existir. Este desgraciado llamábase don Senén Argumosa, y era notario en el pueblo, que por haber sido antaño rico en viñedos devorados por la filoxera y no vueltos a plantar por los hombres ni a nutrir por la tierra, cada año más reseca y baldía, mantenía con la momia de aquel emporio, es decir, con un protocolo removido por

el carácter díscolo de los pleiteadores, a don Senén, mientras el médico cobraba en granos comidos de gorgojo su labor de veterinario, y el maestro hubo de huir hacia lugares menos ufanos de la perfección de su ignorancia.

Entre aquella planicie de cerebros, el de don Senén elevábase a modo de rascacielos pobladísimo y admirado. No es que ninguno envidiase los aires de cumbre espiritual; reconocían solamente que don Senén sabía mucho. Y, cuando el mandadero partió, contento por haber recibido sólo algunas cuchufletas y un cantazo débil que le disparase un cachorro de mozo, de los que todos los años, con motivo de la fiesta mayor, iban, cuchillo en la faja y nieblas de vino en el majín, a saciar con los de La Umbrosa, apostados a medio camino, sus ansias bravías; la mujer de Damián el *Cantueso* puso al vaho del perol el papelito azul, lo abrió limpiamente y se vino con otras dos comadres y un viejo holgazán en busca de don Senén, para que les leyese el despacho.

—Usté que sabe tanto de letra, señor notario, léanos lo que le dicen al forastero.

—Aunque él paga mu bien y no se mete con nadie y pasa los días con eso de las ruinas que se ha inventao, hay que saber lo que le dicen por un *siacaso*.

—Toos esos gabachos arrenegaos, no son de fiar.

—Tres cartas le llevo ya rotas sin dárselas... Por supuesto, sin que Damián lo güela.

Don Senén tuvo el presentimiento de su tropiezo; se caló las gafas con lentitud, esforzándose en encontrar un reproche que convenciese a aquellas Walkirias rurales de la indelicadeza de la proposición. No debió de hallarlo, porque alargó la diestra, acercóse el papel a la nariz y estuvo atento a la lectura largo rato.

—El caso es que...—insinuó, cuando el intervalo de silencio le pareció a él más excesivo. Y volvió a callar.

El sudor perlaba su frente, y el mutismo expectante tornábase poco a poco hostil. El viejo guiñaba a las mujeres los lacrimosos

ojillos llenos aún de malicias; las bocas de comisuras socarronas temblaban algo, y en el rostro cenceño de la mujer del *Cantueso* la impaciencia adquirió síntomas de despecho.

—Qué, ¿nos lo dice o no?

—El caso es...

—Mire que Casiano va a venir a por la comía y tendremos que dárselo pa que se lo lleve, así que despabile.

Un instante don Senén tuvo la idea de mentir, pero le sobró conciencia o le faltó imaginación, y decidió cándidamente:

—Bueno, os lo leeré.

—Callarsus—dijo el viejo entonces.

Aseguróse otra vez el notario las antiparras, como si fuese a emprender un trabajo rudo, y leyó, pronunciando con rabioso esmero cuantas letras le fué posible entre la estupefacción del grupo:

«Profesor Herman Lussenhop.—Erial de la Ladera.—Spanien.—Fur ganze Menschheit wichtigste Angelegen heit erfordert dringend, das wir nus sehen Aus peknniarenund

Gesundheitsnicksichten kann ich nicht fahren. Wohne Genf Jean Jacques Ronssen Stresse, 2.—Drahtantwort.—Henrich Teufelsdroeckh...» ¡Ea, ya está!

Hubo una pausa. El viejo se rascaba la nuca y esbozaban las mujeres menudos movimientos de felinos prestos a asaltar. Don Senén jadeaba. Al cabo, el viejo preguntó:

—¿Y eso es latín?

—Será franchute.

—Es griego... griego moderno, doy fe—dijo el notario.

—Pues ahora vuélvanoslo en parla cristiana.

—¿En parla cristiana?—repitió él para ganar siquiera unos segundos.

—Sí; en romance, que nos enteremos de lo que trae, que no debe ser na bueno cuando se andan con esos tapujos.

—¡Ay, si fuera latín, como usted dijo, tío Lope..., o francés..., o cualquiera otra lengua...! ¡Chino que fuese!

Y espoleado por la necesidad de poner fin

a la escena, y por su vanidad maltrecha ya entre las sonrisas de mofa, se atrevió a añadir:

—¡Pero han ido a telegrafiarle en la única lengua que yo no sé...! ¡En la única!

—Quizá que lo haigan hecho a propósito.

Llegó en ese punto Casiano, y el grupo hubo de disolverse. Al papelito azul le fué restituído su hermetismo, merced a un poco de saliva. Cuando los hombres volvieron del trabajo, trabáronse cuchicheos, comentarios... ¡Ah, cómo la fama granjeada en años numerosos puede perderse en un minuto! Cada una de aquellas murmuraciones socavaba la reputación de don Senén. Aun el telegrama iba en el bolsillo de la blusa de Casiano, sendero adelante, y su destinatario, pico o lupa en mano, no sospechaba que se le iban acercando aquellas palabras misteriosas a trastrocar el sosiego de su vida, y ya el papelito azul dejaba detrás amarga huella. A nadie, en Erial de la Ladera, se le importaba un ardite de la sabiduría; ninguno la habría,

de seguro, cambiado por un buen garrote o una pistola de las rayadas; pero—¡oh, paradojas del espíritu!—desde aquella tarde, ni los más brutos del pueblo volvieron a mirar a don Senén con la benevolencia de antes.

II

CASIANO Y EL FORASTERO

A el jinete no a horcajadas en la cabalgadura, sino sentado a usanza de mujer. Entre los labios lleva una ramita florida. Las riendas, abandonadas sobre el cuello de la bestia, que marcha a caprichoso paso, deteniéndose aquí y allá para triscar, indican que el hombre fía en la costumbre que de recorrer el mismo camino tiene ya el animal y que no quiere mortificarle ni mortificarse con prisas. No lo excita una sola vez con la voz ni lo espolea con los talones. Sus ojos entornados otean con delectación el paisaje: la llanada de color sierra, las distantes montañas azules, el valleci-

llo a cuya sombra vive La Umbrosa, la tenue cinta del riachuelo orillado de chopos... La frente del jinete no es aventajada, mas está tersa como el cielo otoñal, sin una arruga de preocupación, diciendo que quien piensa detrás de ella y bajo de ella vive, ha armonizado las fuerzas turbulentas del mundo por un luminoso pensar o por una abdicación del pensamiento. Este aire feliz, este abandono, esta contemplación suave del panorama, este paladear de vez en vez el gusto fragante y amargo que la ramita florida filtra al través de los labios gordezuelos, harán suponer que en Casiano se reúnen todas las cualidades intelectuales que corresponderían, si Dios no careciese de sentido distributivo, a la población del Erial. ¡Ay, no! Para no fomentar este prejuicio erróneo, diremos la verdad sin demora: Casiano, el que lleva la comida y el telegrama al forastero, es el tonto del pueblo.

Como la vanidad se refugia en los más inverosímiles reductos, Casiano podía cifrar la suya en ser cabeza de estirpe. En su genealogía, antes de que él surgiese, sólo hubo

brutos; y sin un susto tremendo que le dieron a su madre cuando lo llevaba en las entrañas, bruto también habría sido él. Mas la Suprema voluntad escoge los más dispares senderos para llevar a los hombres hacia el juicio final; y al mirar que Casiano apenas trabaja ni se cuida de si la ropa es fina y le cubre o no las vergüenzas, ni de dónde proviene el mendrugo con que harta su hambre, ni hace caso de burlas, y sonríe con maravillosa sonrisa de estupidez al bien y al mal, forzoso es confesar que sólo un error de perspectiva impide a sus convecinos confesar que en el reparto de dones y defectos no le cupo la peor parte. Para ser un animal sólo le sobran dos cosas: la figura y la palabra; para ser un verdadero hombre le faltan, sin duda, muchas. Pero de otorgárselas la Providencia de súbito, ¿no le habrían en seguida sobrado también...? De cuello poderoso, cándidos ojos, boca siempre húmeda, piel pecosa, cuerpo de obesidad naciente y extremidades menudas, blandas y habilísimas, tenía Casiano esa monstruosidad triste e inofensiva que el pin-

tor Velázquez fijó sin piedad sobre algunos lienzos. Durante la infancia sufrió mucho por la crueldad de los chicos; mas con la pubertad vínole el reposo: sus compañeros de niñez apartaron de él la atención atraídos por otras presas de la vida; y comenzó entonces su existencia muelle, en la cual sólo de tiempo en tiempo, al florecer la primavera, picábale la piel y despertábasele la lujuria, no sólo a la vista de las mozas, sino a la proximidad de cuanto fuese mórbido o turgente: las frutas, las nubes, el agua al despeñarse en el cercano barranco. Luego esto pasaba; venían los sopores del estío, la agilidad muscular del otoño, la tumefacción del invierno, y de toda aquella llama sensual, sólo la gula quedaba viva. Y esos dos pecados, que no recataba, podía satisfacerlos; siempre había sobras para él; siempre risas y lástimas fructíferas para él; hasta alguna rapaza lo miraba a hurtadillas cuando nadie podía sorprenderla; y mientras todos iban a la labor, él quedaba en el pueblo vagando, a modo de ornato vivo del lugar. Para ser feliz sólo le faltaba esa

noción razonada de la dicha, cuyo melancólico privilegio es menguar y someter a normas lo que sólo en silvestre libertad puede florecer.

El pollino dió un traspiés y, apartándose del camino de herradura, sesgó a traviesa en demanda de una veredilla que escalaba un repecho, y, luego de trasponerlo, desembocaba en una planicie vastísima hacia la izquierda y cortada hacia el frente por un tajo en el cual se despeñaba un riachuelo, como si, harto de arrastrar aquella vida sórdida, tomara allí la resolución de suicidarse. A cosa de media legua antes de llegar, Casiano vió la tienda de campaña donde el forastero pasaba las horas de sol fuerte y las noches benignas, plantada junto a unas excavaciones hechas por él mismo, de las cuales había sacado algunos cacharros y armas. Era un hombre casi viejo, fornido, de ojillos vivaces tras los cristales muy gruesos, con el rostro—que por lo lúcido parecía a veces de porcelana—envuelto en una barba tan tenue y crespa que casi parecía una aureola.

Dispuesto a emular las glorias de su acre paisano el doctor Sutler, había llegado a Erial poco antes de empezar la guerra, y a fuerza de mesuradas dádivas, despertó la codicia de los erialeses y los habituó a tenerlo por huésped. Desde el primer día se aposentó en casa de Damián el «Tío Cantueso», llamado así porque juzgaba que contra esa yerba no había dolencia contumaz; y en cuanto los de La Umbrosa lo vieron allí como en casa propia, se declararon fervientes francófilos, con lo cual excitaron la germanofilia de sus vecinos y originaron dos o tres refriegas extraordinarias fuera de la fecha ritual de la fiesta mayor. Esta razón de tomar partido por beligerantes desconocidos casi en absoluto no puede resistir la crítica de la razón pura; mas la razón práctica sabe que en colectividades e individuos de mayor alcurnia intelectual los enconados partidarismos no tuvieron durante la pasada guerra mayor fundamento. Don Senén, el cura, el boticario y el alcalde fueron al principio los contertulios y acompañantes del alemán; pero el

sacerdote, por la diferencia de religión, y los demás por la imposibilidad de un intercambio de ideas, establecieron gradual alejamiento; y al cabo de los dos meses de estancia, Casiano era el inseparable del arqueólogo. Unióse a él de ese modo espontáneo con que siguen ciertos perros a algunos desconocidos. Fué en el principio una fidelidad obstinada y desinteresada. Las ventajas de recibir los restos de las comidas y el intento de darle monedas, que Casiano despreciaba con trascendente tontería de sér que nada necesita comprar, vinieron después. Diariamente el tonto realizaba dos viajes al pueblo. Por las noches dormía a la puerta de la tienda, y a la madrugada se metía debajo de la lona y hasta se cubría con un capote. Por el día cavaba a ratos, iba por agua o se tumbaba a la sombra de la lona cara al cielo. El profesor le llamaba unas veces por su nombre y otras *Zaratustra*. Casiano, más simplista, llamaba siempre a su protector *don Alemán*.

—¡Hola, Zaratustra...! Mucho has tardado hoy—le dijo de lejos.

—Hay tortilla... Tortilla y magras, don Alemán.

—Bueno, ata al rucio para que no se nos vaya, como ayer.

—Hay también dulce de higos, y el café en la botella que no se enfría, y de azúcar cuatro pedazos... ¡Uno para mí!

Las palabras le barbotaban entre los labios babosos con tal torpeza, que, junto al suyo, el acento del profesor, áspero y nasal, parecía melodioso.

Ya el sol hería oblicuamente la tierra, y en las sombras de los árboles vislumbrábanse tonos violáceos. Sentado junto a la mesilla de tijera, el teutón comía con apetito, y de vez en vez lanzaba algún manjar a Casiano, que lo cogía en el aire, reía y lo comía con ansia. Desapareció la tortilla, encarnizáronse los dientes germanos y los hispanos contra las magras; el almíbar de higo abrillantó los cuatro labios, humeó en la botella misteriosa el café, y, como de costumbre, al terminar, encendió el profesor la pipa y echó a paso lento, seguido por el tonto, hacia la corta lejana del precipicio.

De rato en rato recogía del suelo un pedrusco y lo examinaba atentamente; entonces Casiano cogía otro y lo tiraba lejos con fuerza y destreza. Cuando el arqueólogo llegó al borde de la planicie, estuvo largo rato mirando las estratificaciones del roqueado por donde las aguas bajaban en modesto torrente.

Casiano lo sacó desde lejos de su contemplación.

—¡Don Alemán, don Alemán...!

—¿Qué te pasa?

—Trajeron este papeluco para usted...

—A ver, a ver... ¡Corre...! ¿Cómo no me lo diste antes?

—Antes era comer.

—Tienes razón; pero ahora, corre.

Cuando estuvo cerca, lo arrebató el telegrama y lo leyó. Su primer gesto fué de sorpresa; luego quedó un rato pensativo, volvió a sacar el telegrama que ya había guardado, y ante la indiferencia del tonto, perdió su gravedad de profesor realizando varios ademanes enigmáticos ante el río suicida.

III

PAISAJE Y FIGURAS

De espaldas al riachuelo, andando a paso lento de funeral—el funeral del tiempo pasado—, el profesor Lussenhop rememoraba los días casi remotos resucitados en su memoria por el telegrama. Sin medir el alcance de la promesa y del llamamiento tan lacónico y perentorio, le halagaba que Henrich Teufelsdroeckh se acordase de él. ¿Cómo habría averiguado su paradero? Tal vez al abrirse las fronteras le llegasen noticias de Bale o de Berlín. ¿Lo habría preferido en ocasión que, sin duda, era trascendental a los demás profesores? Todo parecía indicarlo así. Esta egolatría, pronto

satisfecha, no tardó en dejarle cara a cara con el recuerdo de aquel hombre que, pocas horas antes, dormía en los silos de su mente con sueño cercano al no existir. ¡Henrich Teufelsdroeckh! ¡El único descendiente de aquel insigne maestro de cosas en general historiado por el historiador de Oliverio Cronwell! Raro muchacho aquél; el más interesante, sin disputa, de cuantos discípulos pasaron por su aula...

En la media luz del crepúsculo, propicia a los ensueños, veía de nuevo la figura larguirucha, los ojos grandes, tan pronto pasmados como agudos, la frente nudosa, la ancha cabeza de tupido pelo rojizo, la cara surcada por una cicatriz de herida hecha en duelo, los ademanes desgarbados, cual si obedeciesen a un ritmo heterogéneo de los movimientos circundantes. Y a la evocación material, seguía con más particularidades la espiritual; ¡qué alma tan inquieta, qué inteligencia tan lúcida y movediza la de aquel mocetón que ocupaba el primer puesto en todas las asignaturas los tres primeros meses del curso, y luego

desertaba, se le veía acudir a otras clases de oyente, se sabía que iba a visitar fábricas o bibliotecas, y desaparecía al fin, para volver a surgir en la hora solemne del examen, con aire casi burlón, seguro de ser aprobado, a pesar de su falta de puntualidad, por el dominio innegable de las asignaturas! Muchas veces habló Lussenhop acerca de él con otros profesores y lo defendió de esa antipatía que suscita siempre la superioridad, que no se hace perdonar de los pequeños con adulaciones ni concesiones. Para él la gran inteligencia de Henrich Teufelsdroeckh nunca fué frívola, según pretendían sus compañeros de claustro. Teufelsdroeckh buscaba una vía, se asomaba a las disciplinas mentales igual que a ventanas, en busca de un paisaje que concordase con su capacidad cardinal; y, al no encontrarlo, se retiraba decepcionadamente, mas no sin conocer ya a maravilla las perspectivas, cerraduras y pestillos de aquella ventana, a la cual nunca tal vez volviera ya a asomarse. En dos o tres ocasiones pareció encendérsele una vocación y se le vió acudir

entusiasta a laboratorios, devorar libros de consulta, aventurarse en especulaciones propias... Y luego sobrevenía el corto paréntesis de fatiga y el oteo de nuevos horizontes. La última remembranza del profesor iba hasta poco antes de comenzar la guerra, a principios de verano, cuando vino él a pasar a España unas vacaciones que iban a durar tanto tiempo. Teufelsdroeckh lo fué a despedir, y al partir el tren y hacerse confuso el grupo de amigos, vió aún sobre la confusión los brazos de Henrich decirle adiós, con aquel accionar siempre desproporcionado que lo destacaba en todas partes.

Luego el presente con sus imperativos, el cambio de vida casi lo borró de su pensamiento. Alguna noche de insomnio, se dijo: «¿Qué será de Teufelsdroeckh? ¿Habrá caído segado en agraz, como tantos otros, por la ciencia al servicio de la barbarie? ¡Lástima de cabeza!» Y ahora, aquel telegrama en que lo llamaba poniéndole a modo de señuelo el tratarse de un asunto capital para la Humanidad, arrancaba la figura del negro olvido,

la traía a primer término, lo forzaba a dejar en lugar secundario sus trabajos arqueológicos, y creaba, en contra de su propósito, de no interrumpirlos por nadie, la decisión repentina, irreflexiva, científicamente sentimental, de dejarlo todo para acudir al llamamiento.

—Casiano... Ven acá.

—¿Vamos a encender lumbre? Deme el chisme que hace llama solo.

—No; vamos a recoger la tienda y los trebejos y a marchar ahora mismo a Erial.

—¿Por qué no encendemos una buena fogata, don Alemán?

—Porque tenemos que marcharnos. Y mañana me acompañarás hasta cerca de La Umbrosa para tomar allí la diligencia hasta el apeadero de Villa Risueña.

—No se vaya, don Alemán... Vamos a encender lumbre.

Había en la súplica algo plañidero, de bestia agradecida. El profesor se le quedó mirando a los ojos turbios, a la boca babosa, contraída ahora por un rictus doliente, y le preguntó:

—¿Te acordarías mucho de mí si me fuese para no volver?

—Ya no comería nunca dulce, ni bebería café en la botella que no se enfría. ¿Quiere que arme una buena hoguera, don Alemán?

En silencio, aparejaron el borrico y regresaron al pueblo, donde entraron de noche. Las callejuelas quietas, apiñadas en torno de la iglesuca; los corrales con su cloclear de gallinas y su balar de ovejas; las casuchas muy bajas; la taberna, con su farol rojo —vino que a veces se trocaba en sangre— y su tumulto de voces, tuvieron algo de familiar al acogerle. La luna ponía al unir aquellas cosas tristes, pobres, desnudas de modernidad y de sentido sensual de la vida, un hechizo poético de misteriosa ternura; y con el hilo de plata de ese hechizo bordábase en la gratitud del profesor la cifra de unos años de paz, de desinteresada dedicación a la ciencia, mientras el volcán de Marte bramaba a lo lejos... Pasó la noche insomne. A las inquietudes del futuro próximo y a las remembranzas del más lejano ayer, sucedía,

en gratos intervalos, el recuerdo de la campiña austera: de aquel grupo de cenicientos olivos cercano a La Umbrosa, del minúsculo torrente cuyas aguas parecían el fiel de la balanza entre la catarata y el lago; de las calles pedregosas, humildes; de los humildísimos seres que cumplían en ellas, con parodias de conflictos para invertir en ellos su tesoro pasional, la jornada a la vez breve y multiforme de la vida.

Por la mañana, al partir, gustó la miel del afecto y tuvo que resollar recio y pensar en cosas distantes para no conmoverse. Todos le exigían promesa de volver. El «Tío Cantueso» le obligó a llenar el thermo—el termómetro decía — del cocimiento panacea, «por si le dolía la tripa o cualquier otra cosa en el camino»; don Senén hízole, en secreto, el encargo de una Gramática para aprender alemán; el alcalde, con su vara empuñada, daba vivas al Kaiser y a la Gloriosa del 68; las mujeres y el cura lo encomendaban a Dios, y junto a esas exhortaciones bulliciosas, Casiano, en silencio, sonreía con sonrisa

más triste que las lágrimas. Y no sólo fué, según le pidió su protector, hasta cerca de La Umbrosa, sino que la rodeó para volver a salir inesperadamente al camino y seguir la diligencia a pie, jadeante, como can al que su dueño abandona. El profesor le gritaba en vano:

—¡Vete, vete ya, Zaratustra!

Pero él no se iba; alzaba la cabeza, miraba con sus anchos ojos extáticos la cinta del camino por donde el coche se alejaba entre polvo y cascabeleo de colleras, y de tiempo en tiempo levantaba los brazos en un ademán de incomprensión de dolor..., ese dolor de los animales que no comprenden la causa de un castigo... En un recodo, luego de más de media legua, se detuvo. ¿Habría entendido y aceptado al fin la orden inevitable? No. Sin la fatiga, lo habría seguido hasta Ginebra; pero el aliento y los músculos le flaquearon y se desplomó junto a un talud. Todos los compañeros de viaje rieron estrepitosamente.

En Madrid el profesor Lussenhop hubo de

detenerse dos días para formalizar sus pasaportes. La larga permanencia en el pueblo lo había entorpecido para la vida urbana. Por primera vez valuó el tiempo y la energía que se pierden en esquivar los coches, en mirar los escaparates sin necesidad de comprar nada, en ir de un sitio a otro, y comprendió también la superfluidad de tantas cosas que juzgamos imprescindibles. Cuando se vió en el tren camino de París, junto a una ventanilla que hubo de disputar a un viajante, le pareció haber reanudado el hilo roto de su vida, como si el otro tren, por llevarlo sólo de un pueblo a otro de España, no fuese un verdadero tren. Su pensamiento iba tan pronto a Erial de la Ladera como a Ginebra, donde lo aguardaba el misterio vivo de Henrich Teufelsdroeckh.

Hacía un frío áspero sin viento. El cielo de intensísimo color permanecía inmutable, mientras los campos cobijados por él eran cada vez más solitarios y menos umbríos. A las pocas horas de salir, el viajante, olvidando la anterior disputa, trabó conversa-

ción; aseguró que si el Kaiser hubiese oído sus consejos, no habría perdido la guerra, y lo forzó a aceptar parte de sus provisiones de boca. Debía haber caído una gran nevada y helado después. A veces, en el encuentro de dos caminos surgía y pasaba la figura ascética de un guardabarrera, aterido, envuelto en su bufanda, con la banderola en la mano. Dentro del vagón tres hombres jugaban a los naipes entre blasfemias, y se pasaban a intervalos cortos, con brusquedad cordial, una bota de vino. Los pueblos paupérrimos, de casuchas de adobes, cruzaban de largo en largo, amortajados por la nieve, delatados apenas por las torres de las iglesias... Y el profesor pensaba en sus conocidos españoles, en la hospitalidad recibida, en los viajeros que se rieron al ver desplomarse a Casiano, y se dijo: «Raza y fuerte esta tierra y estos hombres de España... Raza contradictoria, pura aún para muchas cosas podridas en otras sólo en apariencia superiores; balanceándose siempre entre el despotismo de los alanos y el refinamiento de los

árabes... Tierra extraña y extraños hombres... Ascéticos sin creencias, poco aventureros, valientes para la muerte y apáticos para la vida, individualistas sin egoísmos, hospitalarios sin sentido social, secos con ternura, excepcionales en la ignorancia como en el saber, atónitos ante el ritmo de la civilización... ¿De la civilización?»

Aquí la frente del profesor se contraía por la duda. La guerra, esperanza ética de tantos ilusos que pensaron ver florecer sobre el huracán del rencor el arco iris, había hecho que la civilización cambiase su velocidad, mas no su rumbo. Tal vez España aguardase su hora suprema para salvar a Occidente del alud asiático. Y, sin embargo... ¡No! La gratitud individual no podía llevarle hacia quimeras colectivas. ¡Qué iba a salvar España...! Ni a sí misma podría salvarse... El campo mal cultivado, las planicies estériles, los pueblecitos sórdidos, parecían gritar a su optimismo: «¡Nosotros somos la Edad Media conservada en hielo!»

IV

REVELACIÓN

LANCOS los Alpes, azul el Saleve, activo y utilitarista el vaivén de la ciudad, cuyas figuras tutelares, Calvino y el filósofo de las «Confesiones», parecen haber sido para siempre destituídas por Baedecker y Tomás Cook. De la saeta que tirara Guillermo Tell sobre la cabeza de su hijo ha hecho el genio suizo innumerables flechitas indicadoras, que dicen al pobre turista dónde no puede entrar y dónde ha de pagar las mil gabelas que su manía andariega y el gusto por los ventisqueros le imponen... De regreso del país más antiturista y reacio a las ordenanzas municipales,

esta cuadriculación de la libertad hirió al profesor Lussenhop desde que traspuso la frontera; y al llegar a Ginebra añoraba ya con todo su egoísmo la vida simplificada del lejano lugarejo español.

Entró en el hotel. Al ir a descorrer el pestillo de la habitación de Henrich Teufelsdroeckh, su diestra no pudo reprimir el temblor que le comunicaba el alma. La habitación era angosta, neblinosa de humo, y al fondo, entre montones de papeles, libros y cajas de cigarros, estaba el lecho, de dudosa limpieza. Dentró de él un bulto movióse bruscamente y dos brazos se tendieron ansiosos hacia el recién llegado:

—¡Ah, querido profesor...! ¡Al fin!

—Sí, aquí me tiene.

Y quedaron mirándose en silencio: uno de esos silencios eléctricos y henchidos, como aquel que medió entre el historiador insigne del primer Teufelsdroeckh y Waldo R. Emerson, al encontrarse por vez primera tras larga relación epistolar. El descendiente del héroe de Carlyle, que por lo visto no gusta-

ba de vivir en la calle de la ilusión grata a su abuelo insigne, cortó el intercambio abstracto con estas preguntas terminantes:

—¿Tiene usted dinero, profesor?

—Poco, el necesario para vivir.

—¿Para vivir usted... o los dos?

—Depende... Acaso los dos... Con mucha economía; con privaciones, mejor dicho.

—Bien... Y la guerra, ¿no ha matado en usted el amor abnegado a la Ciencia y a las especulaciones de orden trascendente...? Me alegro. Veo que el recuerdo que de usted tenía no me ha defraudado... Para mi obra—he realizado una obra mesiánica, querido profesor; una obra que dejará una huella más luminosa e indeleble en el mundo que la de ningún creador de ciencia o de creencias—; para mi obra, que no necesita gastos de laboratorio, porque es obra viva en la Naturaleza humana, pude encontrar colaboradores en nuestro país y aun aquí mismo; pero no he querido... Al estar en sazón y necesitar de alguien para las labores finales, pensé sólo en usted. No me faltan para terminarla sino

detalles nimios que, comparados con la inmensa importancia de lo ya hecho, apenas merecen citarse; mas esos detalles han de ser estudiados en la soledad, y la obra ha de ser ensayada también en la soledad y con cautela... Es una obra de prodigio, de milagro..., más aún, porque ningún dios se atribuye milagros perdurables, y éste será eterno. Perdone que le hable con esta exaltación y este desorden; y sepa, en síntesis, que de mi invento depende el cambio radical del desenvolvimiento de la especie humana.

Al decir esto, la cabeza, que se había erguido, cayó sobre la almohada, y el profesor vió que el pelo rojizo clareaba ya sobre la frente, y que los ojos, de pronto mortecinos, se entornaban en el fondo de sendas ojeras febriles. Aquel hombre debía de haber sufrido largas vicisitudes y vigilias. Durante un momento el profesor temió que el exceso de trabajo y la insuficiencia de sustento hubiesen perturbado la inteligencia superior de Henrich, y que su viaje fuese estéril; mas cuando el inventor volvió a abrir los párpa-

dos y a hablar, en su gesto y en su voz había algo persuasivo, sereno. Ya era imposible dudar de él.

—No puedo en una sola conversación ponerle al tanto de los pormenores técnicos de mi descubrimiento. Son tres años de trabajo continuo al través de las zonas más abruptas de la Fisiología y la Psicología. Mis nervios están fatigados y mi cuerpo muy débil. No obstante, le mostraré los caminos que me llevaron a fijar la atención en punto de tan decisivo interés para los hombres. Al empezar la guerra—usted ya estaba en España—me movilizaron y partí hacia el frente... Renuncio a describirle la repugnancia infinita, la batalla que en mí combatían el hombre a secas y el hombre alemán, ante aquella obra de exterminio y de envilecimiento de las más puras conquistas de la civilización. A pesar de mi sedentarismo y de las horrendas marchas y calamidades, sufrí más con el alma que con la materia... ¡Ah, qué horror ver destruir en un minuto obras que la Naturaleza necesita años y años en consolidar: —Los ár-

boles, las casas, los hombres... De aquí, tal vez, desprendióse el polen invisible que había de caer sobre mí y fecundarme... Fué polvo de esa trituración tremenda... Millares de seres antes de Newton vieron, sin duda, caer alguna manzana de un árbol, y sólo él relacionó el sencillo fenómeno con una vasta serie de preocupaciones y estableció la ley de la gravitación universal. Todo es visible..., y muy pocos ven. A mí me tocó ese papel, no siempre grato, de mirar el único eslabón luminoso de una cadena perdida en la sombra y de ir por ella hacia el futuro, de relacionador de lo efímero con lo eterno... ¡Yo vi también caer las manzanas, profesor; pero estas manzanas eran hombres vidas..., y la mano que sacudía el árbol era la mano de la Violencia y de la Muerte!

—¡Cálmese...! Repose un rato antes de proseguir.

—Deme unas gotitas de coñac... Ahí está debajo de la mesa, detrás de los periódicos. Gracias... Esta desproporción de tiempo y de esfuerzo entre el crear y el destruir, es lo

más monstruoso de la guerra... Cerca del Aisne, hallándome cavando unos reductos, comenzó la artillería a tirarnos tan certeramente, que de trescientos hombres apenas quedamos unos pocos. El miedo a un ataque no impidió recoger los muertos, y, al otro día, olía de una manera espantosa. Entonces, por una asociación de ideas pueril, y, sin embargo, providencial, me vino a la mente el recuerdo de las momias egipcias. ¿Verdad que es extraño...? Mientras retrocedíamos expulsados por el hedor, pensaba: «¿Por qué se llevarían los egipcios el secreto de hacer sus muertos incorruptibles? ¡Cuántos secretos preciosos se habrán perdido así...!» Este fué el primer eslabón sólido que me ha llevado al descubrimiento que, aun con tan largo preámbulo, ha de causarle tal sorpresa que no podrá reprimir la duda o el estupor... Al alejarnos de aquel campo sobre el que volaban ya algunos cuervos y, más alto y con peores designios, algunos hombres, le dije dos o tres veces a un muchacho de Pomerania que iba a mi lado: «¡Qué espanto ver

desaparecer así, para siempre, sin ventaja ni herencia posibles tanta energía vital!» Era un mocetón lento de inteligencia, que acababa de salir de la Escuela de Artes y Oficios, en donde, tras pacientes estudios, consiguió aprender a montar motores eléctricos... Al cruzar un descampado entre dos vallecillos, una bala le entró en la frente y cayó... ¡Todas las horas invertidas en despertar su inteligencia y en aplicarla a un aprendizaje acababan de malograrse sin remedio! Este fué el segundo eslabón... Durante días enteros pensé que la maldición caída sobre el progreso humano era la de que se desarrollase en numerosos círculos en lugar de seguir la línea única indefinida y siempre ascendente de una espiral... ¿Me entiende...? Que cada generación había de ir a buscar a la Naturaleza o a los libros lo hecho por la generación predecesora desde la ignorancia suprema; que cada hombre había de partir de los primeros rudimentos y de perder en adquirirlos la mayor parte de su potencia; que hasta los mejor dotados invertían en sa-

lir de la ignorancia y en adquirir esas nociones que median entre ella y todo trabajo original del espíritu en cualquier disciplina tesoros de energía y tiempo... Esta lamentación tenaz me persiguió muchos días, mientras la Muerte danzaba en torno, hasta que un casco de metralla me arrancó de aquel infierno y me condujo a la quietud solícita de un hospital... Estuve grave, y al recobrar la salud, la lamentación persistía en mí, pero junto a ella, a manera de extremos de radios fieles al llamado central, veía también en torno a mí multitud de nociones, y una niebla vibrante uniéndolas, consolidando la idea generatriz de que no era imposible arrebatar a la Muerte las fuerzas espirituales que se lleva al terminar en la materia el misterioso hálito que le infunde movimiento y le preserva de la podredumbre... Recordé las perspectivas insospechadas que abrían a la Fisiología las nuevas teorías endocrinas, y recordé los increíbles injertos hechos en músculos recién amputados primero y en organismos vivos después, por Carrel, por Vo-

ronoff, por Engen Steinach y por tantos investigadores audaces. La niebla se condensó más y adquirió una tonalidad verde, de esperanza... ¿Por qué no podía ser posible...? Y al llegar aquí, querido profesor, con pleno delirio, cara a lo inverosímil aparente, mi inteligencia y mi voluntad fundieron la lamentacion anterior con deseo y con un proyecto... ¿Se da ya cuenta? De realizarse, la Humanidad no acabaría al terminar cada vida más que la vida de la materia, mientras el espíritu, trasfundido a otra materia nueva o no deteriorada por el tiempo, continuaría la espiral ascendente... En esto he trabajado tres años. La labor de estudio fué enorme: desde los anatómicos del siglo XVII hasta los de nuestros días pasando por Claudio Bernard y por Brow Sequard, el iluminado extravagante, nada me quedó por analizar... Los trabajos fueron arduos... Durante meses enteros no he podido dormir obsesionado por la idea, excitado, retado por las dificultades, por esa ironía escurridiza que tienen los descubrimientos no hechos por la casualidad... Cada

paso me costó meditaciones, esfuerzos, hasta lágrimas desesperadas para que el arco no fuera a romperse, por exceso de tensión... El proyecto era magno..., y al fin estoy seguro de haberlo llevado a total término.

De un salto, el profesor Lussenhop se puso en pie. El rostro de Henrich permanecía sereno, jubiloso; sin duda se esforzaba por mantener en la suavidad de su actitud el signo indudable de la cordura. El profesor, en cambio, tenía un aire atónito, de alucinado. Tal vez iba a negar, tal vez iba a decidir que las facultades mentales de su discípulo habían sido torcidas en la fragua de la guerra hasta trocar en manía lo que fué carácter y en infecundo ensueño lo que fué germen genitor. Entonces Henrich dijo:

—Si a nuestros bisabuelos les hubiesen dicho que la luz iba a estar encerrada en una botellita, pendiente de un hilo, nos habrían llamado brujos o tontos. El que recuerde cuantas verdades de hoy fueron negadas y hasta escarnecidas ayer, no puede dudar... ¿Qué ha hecho siempre la Ciencia sino li-

mar aristas a la estúpida palabra *imposible?*

—Tiene usted razón—repuso el profesor, ruboroso—. No ha debido, acaso, decírmelos así, tan de repente... Pero ya que antes de explanarme sus trabajos ha preferido sintetizar la obra, le ruego que me aclare, que me diga sin eufemismos...

—Claramente se lo diré. He conseguido que así como un hombre lega a otro sus bienes materiales, le legue también los espirituales.

—Pero...

—Los espirituales sin restricción alguna. Y si ahora se hereda una tierra o una casa o un título, en un mañana muy cercano podrá también, legarse un curso de electrotecnia o diez años de trabajos filosóficos. Y el hombre que reciba la herencia partirá, desde el punto final de ese legado, hacia arriba; y por ello, el progreso de la Humanidad pasará de progresión aritmética a progresión geométrica.

—Es horrible... Sería magnífico..., espantoso...

Ya era de noche. En la sombra de la habitación las pupilas lumínicas de Henrich podrían muy bien sugerir a cualquiera la idea de la locura. Mas el profesor Lussenhop las miraba fosforescer sin inquietud. Y, sin embargo, el miedo no sólo persistía en él, sino que aumentaba por instantes. Pero no le temía ya al hombre, le temía a su idea.

V

PARALELAMENTE

URANTE tres días, alimentados apenas, sin reposar, sostenidos por la fiebre del trabajo, Henrich explanó al profesor el proceso completo de la realización de sus descubrimientos. A la bibliografía copiosa, a las fichas de los experimentos hechos en conejos de Indias y en monos, acompañaban dibujos, esquemas de ciertas secciones cerebrales y de todas las glándulas de secreción interna desde el tiroides, «fuelle de todas las combustiones orgánicas», hasta el timo, cuya influencia parecía sólo circunscrita al período de la niñez, antes de que Henrich dilucidase su influjo regulador

de la casi totalidad de las funciones cerebrales.

La trascendencia de las suprarrenales y, sobre todo, de la hipófisis, que desde su estuche óxeo sirve en la misma base del cráneo de distribuidora de la energía trasmutada luego en ideas, aparecía establecida con tal copia de datos, que el profesor, de vez en cuando, miraba a Teufelsdroeckh con supersticiosa admiración. Así como el gran Wund dedica el primer tomo de su *Psicología* al estudio fisiológico de los órganos que directa y colateralmente contribuyen al pensamiento y a la sensación, Henrich estudiaba con profundidad y lucidez infinitas, desde el punto de vista histológico y biológico, reacciones químicas y relaciones de órganos no sospechadas ni por los más audaces. En sus trabajos veíanse las hipótesis seguidas en toda su estela luminosa por el empirismo, cual si una clarividencia única tirara de la fantasía hacia el inmenso depósito de secretos que guarda el futuro. Era ese maridaje feliz del soñador y el observador, imprescindible al verda-

dero hombre de ciencia. Y por la órbita de aquellos trabajos se llegaba al milagro final sin sorpresa alguna, con matemática seguridad.

Así llegó el profesor al cabo de tres días de fatiga. Si al terminar la inspección y discusión de la obra de Henrich Teufelsdroeckh alguien le hubiese dicho que era imposible que merced a una transfusión gradual por inyecciones de ciertos principios orgánicos, a un poderoso esfuerzo de voluntad y al injerto, en ciertas condiciones, de dos glándulas, los conocimientos del que acababa de morir no pasaban íntegros a la persona elegida, habría, de seguro, protestado con violencia de catecúmeno. Algunas particularidades del resultado y algunos de los errores que había sido preciso desvanecer para llegar a él, causábanle extrañeza aún. Sin duda haría falta trabajar mucho para dilucidar algunos extremos importantes. La herencia espiritual, por lo pronto, no podía caer sobre un espíritu ocupado; es decir, que una especie de trasposición de la ley

física de la impenetrabilidad comprobábase también en el mundo intangible de las ideas. Por ello, sólo los conocimientos especiales podrían transmitirse inequívocamente a los adultos; mientras que a los niños, de absoluta virginidad mental, podrían legársele íntegros los acerbos de experiencia y estudio de cualquier hombre. Para esto era menester que el niño tuviese ya diez o doce años, pues hasta entonces, según demostraba Henrich, la Naturaleza necesita invertir el total de las energías vitales en consolidar el recipiente de la inteligencia y el estuche de la vida: el animal en el sentido fisiológico. Al aplicarse el invento extensamente, dejaría de existir la plaga de niños prodigios y acabaría la tortura de los entendimientos infantiles tiranizados por la ignorancia llena de datos de casi todos los maestros, ya que sería condición imprescindible mantener la perfecta ignorancia para asegurar la sabiduría perfecta después. Los niños jugarían como bestezuelas; garantizarían, según la voluntad de Spencer, que podían vivir antes de que nadie pen-

sara en hacernos filosofar. Y merced a esta selección, al pasar tres o cuatro generaciones, conseguiríase un fortalecimiento del «homo sapiens» que los más afortunados vástagos de la eugénica no presentaron nunca. No habría entecos, no habría estúpidos, apenas si habría malvados, pues bastaría dejarlos extinguir sin transmitir su herencia... ¡Ah, qué genio incomparable el de Teufelsdroeckh...! Su nombre figuraría en lo venidero al par del nombre de Dios. ¿Al par? Eso sería injusto; antes del de Dios, que éste sólo creó un hombre incompleto y tribado de concupiscencias cuya primera aventura fué indigestarse con un solo fruto del árbol de la Ciencia y adquirir en la cura las limitaciones supersticiosas del pecado, mientras Henrich creaba la igualdad suprema de la nivelación por las cúspides de la inteligencia, la ascensión rápida del género humano hacia el alto depósito de secretos detentado por lo desconocido, la trasmutación de los hombres en deidades... Y al pensar esto, en la alcoba neblinosa, entre el olor casi nauseabundo del

tabaco frío y de ciertas secreciones de las cuales ni aun los genios se eximen, von Lussenhop sentía impulsos de prosternarse ante el lecho revuelto donde reposaba el mocetón de los ojos febriles y el pelo rojizo, y de adorarlo.

El esfuerzo hecho para convencer a su protector consumió los últimos restos de aquella energía exacerbada que había resistido al tiempo y a la soledad. Al verlo convencido y solícito, Henrich entregóse a la fatiga, y fiebres terribles lo tuvieron durante dos semanas al borde del sepulcro. La Muerte quería tal vez vengarse de aquel que le arrebataba gran parte de su funesto botín. Pero el profesor lo defendió heroicamente, maternalmente, y un día, al cabo, el arco iris de la convalecencia puso término a las zozobras. En cuanto Henrich pudo levantarse, se embalaron todos los papeles y se emprendió el regreso a España. Unas cuantas semanas de vida sencilla los repondría de las pérdidas sufridas en el parto más laborioso y trascendente que ha existido en la Humanidad. Lue-

go, cuando la sangre volviese a circular pura y activa por aquellas venas empobrecidas de privaciones y trabajo, sonaría la hora de llevar a la práctica la obra.

Para su ejecución, Lussenhop vislumbraba algunas trabas; pero no quería detenerse a pensar en ellas. Claro que necesitaba proceder con cautela; no excitar ni la curiosidad ni la envidia. Ya sabía él que ninguna idea nueva deja de pasar por tres de estas fases inevitables: «Primero es ridícula; luego es peligrosa, y después... todos la sabíamos.» Los inconvenientes serán orillados o atropellados—decíase a sí mismo mientras el tren dejaba detrás los Pirineos—. Teufelsdroeckh roncaba acurrucado en el asiento frente a él. ¡Qué habían de figurarse los compañeros de vagón que aquel hombre era el nuevo Mesías! Ninguno era capaz de sentir flúido divino, y, sin embargo, todos sonreían cuando sus ronquidos adquirían sonido de trompa... ¡Siempre el genio había de arrastrarse así sobre la tierra! Aún recordaba con pena compasiva el modo soez con que dos camareros

ginebrinos le reclamaron trescientos francos que le adelantaron para tabaco...

De tiempo en tiempo, el convaleciente entreabría los ojos; y como estaban llenos de la misma idea, la conversación reaparecía al modo de esos ríos que surgen de pronto hartos de fertilizar en secreto las tierras. Era Lussenhop quien solía preguntar algún detalle:

—¿Cómo se convenció usted de que la personalidad no reside en la circunvolución de Broca?

—Después de asistir siete meses al Kirófano para estudiar en cadáveres y de estar ocho días en una granja abandonada dedicado a la vivisección... ¡Por desgracia, no pude nunca lograr un hombre vivo!

—¡Qué lástima! Habría sido un asesinato fructífero. No me explico cómo no existen voluntarios para estos casos.

—Si yo me hubiese atrevido a divulgar la finalidad de mis investigaciones, tal vez... Hoy hay voluntarios para todo... Hubiese bastado con prometer que los periódicos del

mundo entero publicarían su retrato en el momento de morir. Pero las autoridades se oponen...; es una estupidez.

En ese instante, una de las portezuelas se abrió, y un mozalbete de traje ceñido subió al coche, habló con los viajeros algo incomprensible para Henrich y se escabulló debajo de su asiento. Henrich, que acababa de hablar sin inmutarse de asesinar a un hombre en el ara del nuevo ídolo llamado Ciencia, sintió medrosa inquietud, y le preguntó a su protector si aquello era peligroso y frecuente en las costumbres españolas. El profesor le explicó, ayudándose con ademanes jacarandosos, qué especie de ente era un torerillo, y puso a la explicación este corolario:

—¡Aquí todo el mundo va siempre contra la Autoridad, y la Autoridad, cuando no duerme, suele también ir contra todo el mundo! Por eso el español odia la Autoridad en todas sus formas, y ayudan ahora a éste a defraudar a la Compañía.

Henrich, para imitar a la Autoridad española, se durmió y no despertó hasta Madrid.

Al otro día salieron hacia Villa Risueña, y de allí tomaron la diligencia hasta La Umbrosa. Llegaron a Erial de súbito, y se les hizo un recibimiento entusiasta. El alcalde, el párroco, el boticario y don Senén abrazaron al profesor y consideraron con extrañeza a Teufelsdroeckh. Don Senén pretendía hacer creer a los erialeses que entendía al nuevo huésped, y sonreía de vez en cuando. Hubo abrazos, palmadas en la espalda. La mujer del «Tío Cantueso» les preparó una comida selecta, y su esposo, al regresar del trabajo y encontrarse con la «novedad», lo primero que hizo fué preguntar a Lussenhop cómo le había sentado la tisana que le puso en el termómetro al partir. En cuanto pasaron las primeras efusiones, el profesor preguntó por Casiano:

—¿Y Zaratustra...? ¿Cómo no ha venido a recibirme?

—Se va todos los días al sitio donde usted trabajaba, y no viene nunca hasta la noche.

—Hay que ir a buscarlo en seguida.

Partió un chiquillo, y Henrich, que por ser

creador de prodigios no se sorprendía ante ninguno, interrogó:

—¿De modo que Zaratustra existe de veras y está aquí?

El profesor le contestó en alemán, y la gente, al oirlos hablar, se reía. Sin duda les parecía el idioma de Lessing una lengua chusca. Las comadres no hacían mas que preguntar a don Senén:

—¿Qué dicen, señor notario...? ¿Qué dicen?

Y éste, por estar los otros cerca, no se atrevía a soltar la imaginación y les dirigía rencorosas miradas. Cuando llegó Casiano se echó a los pies del profesor y empezó a llorar y a reir al mismo tiempo. Las palabras se le pegaban en la baba de la boca y le salían entrecortadas por la emoción:

—¡Don Alemán..., don Alemán...! Vamos a encender una buena fogata, y a comer... Ponga café en la botella que no se enfría... ¡No vuelva ya más a La Umbrosa ni al coche, que corre mucho, mucho, don Alemán...!

El profesor lo acariciaba conmovido. Henrich le dijo:

—El cociente intelectual de este hombre por el procedimiento de Binet, daría muy poco más de cero... Aquí tenemos una inteligencia virgen en un cuerpo adulto, profesor.

—Es verdad... ¡Y yo que no lo había pensado...!

Los dos cruzaron una mirada radiosa, feliz, que fijaron en seguida en Casiano. Las comadres volvieron a preguntar a don Senén qué decían, y éste, como los alemanes no podían oírle, aseguró:

—Nada..., que resulta que el alemán joven tiene un primo segundo que es el vivo retrato de Casiano.

Y las comadres de Erial se satisficieron. Así suele acontecer a todos los mal llamados curiosos, que preguntan cosas cuyas respuestas no les interesan.

VI

LAS AFINIDADES ELECTIVAS

IRCUNSTANCIAS de prolija enumeración, unas de índole especial y otras comunes a todos los casos de vuelta a un sitio donde la primera estancia fué grata, determinaron que el profesor Lussenhop hallara al pueblo tan cambiado y diverso a lo que en su recuerdo era, que desde los primeros días esta mudanza le creó motivos de decepcionada inquietud. Si esta novela fuera psicológica, es decir, lata hasta en el sentido sustantivado que suele darse a esta terrible palabreja, diríase que el profesor, mediante el corto intervalo de ausencia, adquirió con respecto a Erial y a sus habitan-

tes, perspectivas que le permitieron apreciar su mutua aridez. Mas así como no pudo encabezarse el relato con la preciosa digresión acerca de los telegramas, tampoco puede entorpecerse ahora con generalidades más o menos agudas. Las circunstancias abstractas quedarán sin decir, y sólo se aventuran algunas hipótesis acerca de cuáles fueron las particulares que determinaron a los erialeses a cambiar de actitud con respecto al huésped despedido con lágrimas y acogido con palmoteos. ¿Pudo suscitar este cambio el propósito, en seguida explanado por el profesor, de dejar el albergue del «Tío Cantueso» y de ir a ocupar con su amigo una casita vacía desde la muerte de su propietario, situada en la mitad de la ladera de donde el pueblo tomaba su nombre? ¿Trasfundióseles, por ese proyecto, la antipatía que el pueblo tuvo siempre a cuantos habitaron aquella casita situada fuera del núcleo de viviendas, con aire orgulloso aislado, cual si vigilase desde arriba? ¿Lo determinó el figurarse que con el mismo dinero consumido antes por el viejo iban ahora

a vivir los dos, merced a esa economía terriblemente organizada de que dan pruebas los alemanes menesterosos? ¿Sería más bien que desde el primer minuto estableciose entre el alma colectiva de Erial y la de Henrich Teufelsdroeckh el misterio potente de la antipatía? Sin duda, la respuesta exacta habría de participar de la esencia de estas cuatro interrogaciones.

Los primates del pueblo fueron poco a poco retrayéndose, y al cabo de dos semanas Lussenhop y Henrich vivían en un aislamiento casi total, propicio a sus elucubraciones. El único nexo que les quedó con Erial fué Casiano, cuya fidelidad canina era correspondida por ellos con esos egoístas agasajos, especie de remordimiento *a priori*, que suelen tener los médicos con los monos y caballos a quienes van a inocular mortíferos bacilos, o a causar el dantesco martirio de la vivisección. El mismo tonto, a pesar de su nulidad mental, establecía en el trato con el profesor y su discípulo un matiz paralelo al criterio del pueblo; el profesor gozaba siempre, aun en la

rápida decadencia, de estimación mayor que Henrich. Todavía, al encontrárselo en un camino o en una calle, solían el presbítero, el alcalde y el boticario detenerse a charlar con él, mientras que con Henrich nadie se detuvo jamás. Los hombres no dejaron, ni aun en la misma víspera del drama, de quitarse el sombrero y de mascullar un saludo cuando hallaban al paso al fornido viejo de la cara aureolada de plata; y las mujeres lo saludaban siempre también, en tanto que con Henrich fingían mal disimulada ceguera y dejaban libre de todo disimulo su bien cultivada falta de urbanidad. A esta prevención instintiva añadióse pronto una razón oculta, que agrandó en el alma de don Senén y, por reflejo, en la del pueblo los motivos del rencor. Cinco semanas hacía que el profesor habíale dado la gramática alemana, hermoso práctico seguido de un vocabulario y de una lista de locuciones familiares, y aún no había logrado el notario pasar de la declinación, según él, y de las tapas, según los dos únicos que podían comprobar allí su progreso; Henrich, sin

más maestro que el tonto ni otro libro que un enjuto epítome y aun hecho por la Academia de la Lengua, hablaba el castellano de modo inteligible. Sin duda, la diferencia de calidad de los hombres era mayor aún que la de los métodos; mas el varón que guardaba la fe pública de Erial de la Ladera, sin querer darse cuenta de ello, llegó a imputar a Teufelsdroeckh todas las dificultades de su idioma, e igual que no se explicaba el mecanismo de los verbos separables, dudaba de la razón de existir un ente tan antipático, tan huraño y tan insultantemente rápido en los progresos filológicos.

En esas cinco semanas la labor del profesor y del inventor fué titánica. A los trabajos teóricos unióse el planeamiento de la prueba decisiva. Durante muchos días camino de las excavaciones pasaron lista a cuantos ancianos o enfermos de pueblos limítrofes tenían algún bien espiritual que legar. Desde luego La Umbrosa fué excluído, pues nadie de allí habría dejado a ninguno de Erial, ni siquiera al tonto, el menor bien. La búsqueda les obli-

gó a alejarse hasta la capital de provincia más próxima. A veces, pensaban en un hombre, y en seguida las dificultades de convencerle obligábanlos a desistir. Con frecuencia la traba provenía de la religión; otras veces, de ese estúpido racionalismo que lleva a algunos a burlarse de cuanto no está comprobado; en ocasiones, de la francofilia. En los periódicos de Madrid aparecieron algunos anuncios discretamente extravagantes, que a muchos debieron hacer pensar en un timo. Al fin les llegó una carta digna de atención: era de un organista de Mistihuela, la ciudad levítica. Como la carta venía escrita en muy mala letra y el profesor se había especializado en descifrar inscripciones antiguas, él leyó, y Henrich, poseído por la impaciencia, le preguntaba a cada frase:

—¿Parece por la forma de la escritura hombre de buena fe?

—Y de poca ortografía, sí... Dice que lo persigue el infortunio y que no tiene inconveniente en someterse a cuanto sea preciso mediante una cantidad.

—¡En España nunca hubo desinteresado amor a la Ciencia...! ¿Pide mucho?

—Dos mil pesetas... Casi once mil marcos.

—Hace falta saber el estado de su salud.

—Parece que muy malo; tiene cerca de setenta años, además.

—Eso está bien... La índole de sus conocimientos, que exigen una técnica inicial que excluiría toda superchería, también me agrada.

—Tratándose de Casiano, el engaño no es verosímil.

—De todos modos es mejor. Contéstele usted hoy mismo citándole para la semana próxima. Podemos vender su medalla de la Universidad, el reloj de oro de mi abuelo y los tubos de neosalvarsán que me regaló el preparador de Henrich.

—Con los tubos sobra... Aquí se pagan bien.

Y escribieron al músico, y el profesor fué a verle, hallándole en la cama, en estado satisfactorio de gravedad. Era un hombrecito enteco, de ojos muy vivos y nariz colorada.

Organista desde hacía muchos años, vivía solo con una hija y muchas deudas. La muchacha, rehacia a todo cultivo del espíritu, mostraba esa lozanía bestial de la carne joven y tiranizaba al viejo haciéndole tocar en la iglesia pedazos de óperas italianas y aun de cuplés apenas disfrazados, en lugar de la música litúrgica de Victoria, Cabezón y Bach, que antaño interpretara el músico cuando tenía vocación y la vida no la había suplantado con un profesionalismo triste, desnudo de entusiasmo. Esta chica, cuyas funciones intelectuales estaban sustituídas por una risa clara y cuyo don persuasivo no radicaba en las palabras, sino en los silencios y en el efluvio carnal, recibió al profesor con zalemas y le aseguró que su padre, muy católico, menos vender su alma al diablo, como el señor Fausto, el de la ópera, estaba dispuesto a todo, con tal de pagar a un usurero que hasta cuando alzaban en misa se volvía para mostrarle en son de amenaza un funesto pagaré firmado en un minuto de desesperación. Lussenhop habló con el viejecillo y lo encontró

dispuesto; cogió la mitad del dinero, según el trato; se dejó extraer unas cuantas gotas de sangre, prometió enviar algunas cosas íntimas exigidas por el profesor y poner toda su voluntad en transmitir a Casiano sus conocimientos—ya que su hija, de no existir otro género de herencia, la habría cambiado por menos aún que cambió Essaú se primogenitura—. Hábil feminista, el profesor ofreció a la muchacha regalarle un broche para prender sus blusas allí, en el punto miteriosamente atractivo en que su garganta afinábase y hacíase sedosa para pasar por entre las altivas redondeces del pecho, si no dejaba de advertirle en cuanto su padre empeorase; y ella aceptó y le sonrió, cual si la barba plateada y los años hubiesen desaparecido por virtud de la oferta a sus ojos. El profesor regresó contento. Antes de llegar a Erial, Henrich le esperaba ya ansioso, con el alma cristalizada en una infinita pregunta:

—¿Qué...?

—Ya está.

—¿Trae usted la sangre?

—Sí, y lo demás vendrá también hoy mismo.

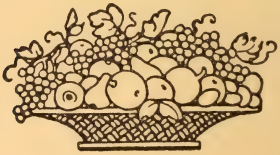
—¡Ahora sólo falta que no tarde en morirse...!

Hablaban exaltados por la esperanza. Henrich fué a decir algo y el profesor le hizo signos de que disimulase. Por un recodo del camino acababa de aparecer el farmacéutico; los saludó, mas no sin dirigir a Teufelsdroeckh un gesto de repugnancia. Dijérase que percibía, a pesar de ignorar el alemán, la semejanza existente entre su apellido y la droga más pestífera de su botica: la asafétida. Al llegar a la casa prepararon café y mezclaron en el de Casiano unos polvos, que lo hicieron en seguida dormir. Con ligereza le inyectaron sangre y le sometieron a varias complicadas manipulaciones. Luego lo acostaron y vigilaron con ansiedad el sueño, primero turbulento y gradualmente tranquilo. Cuando despertó, el crepúsculo idealizaba la llanura y sombras densas caían a lo lejos sobre el barranco donde se precipitaba el riachuelo harto de pasar por Erial, sin fertilizar.

En el intenso azul, sólo brillaba la luna y un lucero de diamantino fulgor, como un brillante y una perla inmensos sobre el terciopelo azul de un joyero fantástico; y Lussenhop pensó en el escote de la hija del músico... Estaban contentos, con alegría nerviosa. Si hubiesen tenido cerveza habrían alzado los vasos muchas veces y no habrían dicho el ritual *prosit*, porque sus votos convergían precisamente en la falta de salud del organista. Sólo quedaba en el fondo de una botella un sorbo de ron, y decidieron hacer una tortilla y salir a comerla frente a la puerta, bajo la parra, cuyas minúsculas y resecas serpientes verdecerían bien pronto. Casiano los ayudó a poner la mesa y reía con ellos. En la sombra, la llamita azulada se extendió sobre la fuente, jugueteó largo rato esparciendo aromático olor, y se extinguió al fin. Hablaban en alemán, y Casiano, sin cuidarse de sus palabras, sonreía a sus gestos y a los pedazos que de cuando en cuando le alargaban. Fué una noche feliz.

A la mañana siguiente se presentó el alcal-

de y, tras largos y enrevesados circunloquios, les dijo, en nombre del señor cura y en el suyo, que no estaban dispuestos a consentir que nadie se dedicara en aquel pueblo a la brujería ni al espiritismo. Los alemanes tardaron un instante en comprender que la llama de ron, vista desde abajo, había sido tomada por un alma satánica; y entonces, mientras aclaraban el equívoco, rieron locamente. Esto era, sin duda, natural; lo que no lo era tanto, es que la risa de Henrich ofendiese al alcalde, y, en cambio, la del profesor casi le hiciese gracia.



VII

EL MILAGRO

UCEDIERON unos días de espera cada vez más nerviosa. En ellos, la antipatía del pueblo fué apartándose de las formas pasivas y adquiriendo caracteres de hostilidad cobarde aún, pero ya indudablemente encaminada hacia la acción. Dividido el pueblo en dos porciones, sin intercambios ni matices—ricos y pobres—, tenía en cada zona un propagandista de esa enemistad. Entre los llamados ricos velaba don Senén; el «Tío Cantueso» prodigaba entre los pobres su ardor. Mediante la lupa maligna del prejuicio, los menores actos de los extranjeros adquirían proporciones gi-

gantescas y perfiles nefandos. El aumento de correo, las idas y venidas, el desdén del profesor hacia aquellas excavaciones que antaño constituyeron su trabajo y su agrado, eran comentadas con frases reticentes. Si el espíritu de los malos predicadores desfallecía, no tardaban ambos en enardecerlo recurriendo a fuentes infalibles: don Senén a la gramática alemana, y al aguardiente el «Tío Cantueso». Y rara vez, cuando se asomaban el profesor o Henrich al terradillo y miraban al amasijo del caserío, dejaban de cruzarse sus miradas, sin sospecharlo apenas, con miradas deseosas de subir por el ribazo, de penetrar en la casa y de sorprenderles en un delito tremendo, innegable. Si alguien hubiese tenido suficiente fantasía para imputarles que acuñaban moneda falsa o preparaban una nueva guerra con los moros, los demás habrían asegurado unánimemente que lo sospechaban desde hacía tiempo.

La impaciencia de la espera daba a los actos de los alemanes un carácter clandestino propio para no atenuar antipatías y sos-

pechas. Unas veces Teufelsdroeckh y otras el profesor, salían al encuentro del peatón de correos para cogerle la correspondencia antes de que llegase a Erial. Sin embargo, el aviso del músico no llegaba. Lussenhop escribió a su hija y recibió de ésta una carta, en la que al través de una concepción pintoresca del uso de las haches y de un empleo, sin duda, arbitrario de las *bes* y de los puntos y coma, decíale con ingenuo cinismo que verse su padre con las mil pesetas y empezar a mejorar por horas y a no pensar más en el pagaré del usurero, todo fué uno. Al leerla cayeron en la vulgaridad, indigna de sabios, de perder tiempo en lamentaciones; y al cabo tomaron el buen camino de realizar otra gestión cerca de un profesor de filosofía recién jubilado, que medio vivía en una población cercana. Medio vivía, por dos razones: por su edad y por su carrera. Los años habíanle deparado una parálisis, y la profesión un empírico desvío de los hombres. Amante de la ciencia, ún poco chiflado, aventurero en la juventud, soñador y nada activo, aquel hom-

bre de superior nivel mental a la mayor parte de sus compañeros de escalafón arrastró siempre una existencia obscura. Por no saber doblar el espinazo no pudo penetrar por las puertas bajas de las aulas mejores; y por no decidirse a escribir un texto hecho con zurcidos de otros, sin espíritu pedagógico ni científico, vivió siempre con extrema penuria explicando Psicología, Lógica y Ética a diversas generaciones de mastuerzos que, por su carencia casi absoluta de alma, por el poco uso que del pensamiento había de hacer y por el bribonismo contumaz con que iban a engañarse unos a otros, maldito si necesitaban conocer las tres deidades de la Filosofía. A la oferta de Lussenhop contestó con una misiva, donde junto al desinterés traslucíase una vanidad rabiosa expresada con negaciones y sarcasmos: «Si en algo puedo aún servir a la causa de la sabiduría, dispongan de mis huesos y de la poca carne y espíritu que me han dejado. Tengan en cuenta que antes de paralizárseme las piernas, el entusiasmo lo estaba ya. Vivo convencido, no sólo de que

quien añade ciencia añade dolor, sino de que el hombre se ha apartado de la felicidad por la velocidad, y de que ese progreso multiplicado de que ustedes me hablan irá contra los hombres. No crean que esto me disgusta, al contrario. Acepto, no por el amor a la Ciencia, que lisonjeramente me suponen, acepto por espíritu de venganza... El hombre es un animal dañino y se le combate por el progreso. El fin de la especie coincidirá con el progreso máximo... Ojalá venga pronto ese nuevo diluvio, ese cataclismo *geológico* de las almas.» Esto y otras cosas de sonriente pesimismo decía la carta del modesto Sócrates sin Platón.

Cuando la esperanza había vuelto a renacer y comentaban Lussenhop y Henrich que los hombres dedicados al Arte suelen ser interesados, al revés de los consagrados a la Ciencia, llegó un telegrama de la hija del músico. El alma del organista reñía ya las últimas batallas con la arcilla y urgía acudir. La formalidad de los artistas quedaba en salvo; los tubos de neosalvarsán no habían

sido vendidos inútilmente: con ellos se ganaban días, años, siglos al demonio de la ignorancia y de la lentitud. ¡Ah, el saber que se había tragado la Muerte...! Durante unos minutos ambos tuvieron temor y escrúpulos de llevarse a Casiano; pero como era imprescindible, decidieron escribir unas líneas al cura diciéndole que iban a la ciudad, y que el tonto había mostrado tal deseo de acompañarlos, que no querían privarle de ese antojo. Le prometían volver en breve, y le garantizaban que Casiano sería bien cuidado. Hecho esto partieron.

Si Casiano hubiese muerto, no habría de seguro causado su ausencia irreparable el efecto que causó aquel eclipse. Por él tomó el pueblo posesión deliberada del tonto, y lo erigió en propiedad comunal, en monumento vivo del pueblo. Don Senén y el «Tío Cantueso» detenían a la gente en las calles para decirles:

—¿Sabe usted que se nos han llevado a Casiano?

—¿Has visto cómo nos han robao al tontico

los alemanes? Irán a espiar o a comerciar con él.

Y en lamentoso eco unos y otros acogían la noticia con exclamaciones y protestas. Las mozas, sobre todo, parecían lamentar el robo, no con pretexto para justificar su odio, sino con dolor real, cual si perdiesen con él algo íntimo:

—¡Malditos sean si le hacen daño!

—¡Tan bueno como era el pobre...! ¡Con aquellas manos tan suaves...!

—¡Y tan acallado!

—Ya no nos acompañará a las eras.

Y hablaban de él en pretérito, como si ya les constase su muerte.

Mientras tanto, en la ciudad, los alemanes se apoderaron del agonizante ahuyentando de junto a su lecho al cura y a unas cuantas vecinas, especie de falenas de la muerte que abundan en las ciudades levíticas, sin faltar en las liberales. Se atribuyó a Casiano un parentesco próximo con el enfermo, y la hija del músico mintió con deliciosa naturalidad, luego de recordar al profesor el ofrecido

broche, que deseaba fuese de turquesas, su piedra favorita, para usarlo después del luto. Una vez ratificada la oferta y pagada la segunda mitad del fúnebre estipendio, ella facilitó de tal modo las cosas, que los dos alemanes pudieron entregarse en secreto y en paz a las misteriosas operaciones anteriores y posteriores al óbito. Casiano, que había sido anestesiado antes de cada entrada en la alcoba, fué sacado de ella largo rato después de la muerte, y las vecinas, contenidas hasta entonces, creyeron de muy buena fe que aquel «soponcio» era debido a la emoción. Sólo una vieja consumida, injerto de euménide y de trotaconventos, se puso a comparar la presencia del espíritu de la hija, que seguía tan campante y se atracó de chocolate en el velorio, con la emoción de aquel deudo. En cuanto los restos de don Segismundo estuvieron bajo tierra, el profesor y Henrich se despidieron de la muchacha y partieron con Casiano hacia Erial. Durante el viaje miraban llenos de zozobra, atentos al menor gesto o ademán que pudiese anunciarles la revelación.

A cada rato le preguntaban:

—¿Te sientes bien?

—Sí, tengo hambre... ¿Por qué no trujimos la botella que no se enfría?

No le contestaban y ponían se a decir en su idioma que tal vez no se hubiese realizado aún el proceso orgánico preciso. Casiano, adormecido por el vaivén, cerraba los ojos, y en cuanto pasaban algunos minutos, acometidos otra vez de impaciencia, despertábanlo para interrogarle:

—Qué, ¿no sientes nada, nada...? Piensa bien antes de contestar... ¿Nada?

—Siento frío... Vamos a bajar y a encender una buena fogata como las de antes, don Alemán.

En cuanto volvía a reclinarse, el profesor y Teufelsdroeckh dialogaban apasionadamente acerca del tardío efecto. El profesor no huía a la desbandada hacia la decepción; pero retrocedía con cautela, deteniéndose en los reductos para repeler el peligroso entusiasmo de su discípulo, unas veces con la duda expectante y otras argucias dialécticas.

—Tal vez no hayamos realizado bien las operaciones indispensables. Esto nada dice contra la teoría.

—Tengo la seguridad de que nada dejó de hacerse a punto; además...

—Quizá el organista no efectuara con la potencia precisa el esfuerzo de voluntad complementario...

—¡No me haga dudar de eso...! ¡Sería horrible...! Puede ocurrir que como el organista era un hombre vulgar, no mucho más inteligente que Casiano, dotado sólo de conocimientos musicales .. Recuerde que muchos idiotas son sensibles a la música; que ésta tiene algo de imitativo asequible a cerebros rudimentarios incapaces de concebir ni asimilar las más simples ideas...

—Sí, claro.

—De modo que puede ocurrir que la mentalidad general no sufra modificación sensible al recibir la herencia.

—Entonces...

—Excepto en cuanto a la música se refiere... Calle... Escuche...

Entre sueños, la boca de Casiano había emitido un sonido, primero torpe y luego acompasado, sin duda musical. Los dos alemanes, erguidos, espiaban los babosos labios por entre los cuales empezaba a revelarse el supremo misterio del mundo. ¿Era casualidad o fructificaban las tenaces y arriesgadas siembras? Los labios volvieron a cerrarse, y en la quietud nocturna de la carretera, a la luz del farol de aceite, envueltos por un silencio que no lograban destruir las interjecciones del mayoral, la cabeza aureolada de plata y la cara albina, surcada por una cicatriz y coronada de mechones rojizos, juntábanse con respirar ruidoso, en un mismo gesto de ansia, a la cara beatífica del idiota...

Llegaron a Erial muy tarde, y al otro día la noticia de su regreso causó una alegría basada sobre cimientos de contrariedad. ¡El presunto asesinato acababa de desvanecerse...! ¡Los augurios funestos de don Senén y del «Tío Cantueso» perdíanse como las voces de tantos desconocidos profetas...! El tonto regresaba sano, y nada podía reprochárseles

a los forasteros... Éstos, durante algunos días, vivieron en alternada vicisitud de desaliento y esperanza... Sin duda Casiano tarareaba con más frecuencia y cosas extrañas; sin disputa, el profesor había visto una noche mover la diestra en el ademán de marcar un compás binario... o de cazar una hormiga, entretenimiento siempre muy de su gusto; mas aquello no bastaba. Y, a pesar del convencimiento interior, el rigor científico no hubiérales consentido lanzar el *eureka* de no surgir al fin el milagro en su escalofriante plenitud.

Fué una mañana en que bajaron con él al pueblo en busca de provisiones. Cual si obedeciese a dictados profundos, Casiano entró en casa del cura, se sentó ante el harmonium asmático y gangoso que permanecía muchos años en silencio, y con gesto de sonámbulo pasó las manos por el amarillento marfil y empezó a tirar de los enmohecidos registros. Sonidos feos, de piano acatarrado o de mal afinado «clavicimbalo», salieron del pobre mueblecillo y fueron a levantar en las almas de los dos alemanes ecos que no habrían

tenido mayor emoción a sonar las trompetas del Apocalipsis. Con intervalos de silencio, porque algunas teclas no sonaban, fueron surgiendo pedazos de la *Cantata de Pentecostés;* del *Saúl,* de Haendel; de un *Tantum ergo,* de Cabezón; de la plegaria de *Tosca* y del cuplé *El Relicario.* Los alemanes escuchaban radiantes, y poco a poco comenzó a reunirse gente ante las ventanas y entró el cura, a quien el ama fué a buscar. En voz muy baja, cual si la calle hubiérase vuelto de pronto la iglesia, los del grupo, cada vez mayor, cuchicheaban:

—¡Anda, los alemanes han enseñao a tocar al tonto!

—¡Al gaitero poco que va a gustarle!

—¡Callarsus...! Paece canto de funeral...

—¡Mirarle, mirarle!

Y luego de un silencio en que el alma popular, casi estrangulada por el milagro, buscaba una rendija para salir a la expansión de su vida ordinaria, interrumpiendo la melodía litúrgica, la voz gruesa de un mozo gritó:

—¡Toca la machicha, Casiano!

VIII

LA TUMBA DE LÁZARO

La alegría del profesor Lussenhop y de Henrich Teufelsdroeckh, al igual de todas las alegrías, disminuyó en cuanto pudieron razonarla. Los resultados eran indudables, pero no completos; y hasta tanto una herencia de índole menos incompatible con el cretinismo no permitiese apreciar en el alma de Casiano modificaciones intrínsecas, numerosos aspectos quedaban todavía obscuros, impidiéndoles progresar en sus investigaciones y convocar a los hombres de Ciencia, para proclamar ante ellos, sin temor a esos fracasos de accidente que tantas veces comprometen el fon-

do, la buena nueva de la derrota de la Muerte en los dominios espirituales.

Casiano era, desde luego, por virtud del legado, músico, pero, ¡ay!, seguía siendo idiota. En ese respecto estaban al mismo nivel que numerosos ahijados de Caliope, no ya organistas modestos, sino compositores llamados insignes por las gacetas de gran circulación... Erial de la Ladera habituóse sin esfuerzo a ver a Casiano llevando por las calles el compás de interiores melodías, marcando ritmos, ya rápidos, ya lentos, con su voz pastosa, siempre húmeda de baba, y tocando cuantas veces lograba entrar en casa del cura fragmentos de música sacra y de musiquilla semipopular. De las demás cualidades del difunto, una sola pareció trasfundírsele: la afición al dinero. Los alemanes hubieron de observar alerta vigilancia, pues en cuanto una moneda mostrábase cerca del nuevo Orfeo rural, pretendía apropiársela con los únicos medios que su falta de entendimiento le dictaba: la violencia y la súplica mezclada con llanto. En cuanto lograba po-

seer una, sin cuidarse de su valor, la cambiaba a los chicos por cualquier nadería, o entraba en la tienda, pedía caramelos, dejaba la moneda sobre el mostrador y echaba a correr sin detenerse a esperar la vuelta. Lussenhop dedujo por esto que algo de la prodigalidad del organista habíasele inculcado también.

Por más que realizaron pesquisas para adquirir un nuevo sujeto cuya muerte y liberalidad les permitiese completar el experimento, no lo hallaron; y hubieron de esperar a que la consunción acabase de quebrantar la resistencia del filósofo, apegado, por paradójicos imperativos del organismo, a una vida que tan poco estimaba.

La primavera avanzó en tanto, poniendo nuevos colores en la campiña y nuevas ansias en los sentidos; sobre los troncos rugosos verdecían retoños de suave ternura; el aire era más tenue y traía de lejos fragancias estimulantes; las campanas asustaban con sus repiques a bandadas de pájaros; y hasta los viejos sonreían al sol tibio y espe-

raban con júbilo la fiesta del pueblo, cuya proximidad anunciaban los mozos afilando las navajas, limpiando los enmohecidos pistolones y adoptando aire retador. Estos preparativos alejaron la atención de la casita aislada en el ribazo, y fueron inútiles las insidias del «Tío Cantueso» y de don Senén para apartar el alma colectiva de aquel día ya próximo en que, para celebrar a una imagen divina, vivíase un día violento, sin el menor extatismo místico, lleno de las voluptuosidades paganas que se nutren de tumulto, lujuria y sangre.

En la paz de la tregua, el profesor y Henrich trabajaron con ahinco. Ni un momento dejaron de observar a Casiano; y de noche, hasta altas horas, esforzábanse en proseguir la labor teórica. Jamás hablaban de otra cosa que del magno problema; no leían periódicos; ninguna idea extraña entraba ni en sus preocupaciones ni en sus sueños; y, a veces, de cama a cama, en los insomnios cavilosos, se hablaban sin previas preguntas, seguros ambos de hallar siempre despierto al otro.

—¿Ha observado usted si los conocimientos musicales son simplemente nemotécnicos o si en ellos intervienen el criterio y el gusto?

—Intervienen en el grado mínimo que su inteligencia le permite, pero intervienen... Ayer me puse delante de él a tararear, y a propósito desafiné un instante... En seguida lo vi contraerse con un gesto de repugnancia.

—Yo también he hecho lo mismo con resultado idéntico. De todos modos, la brutalidad no ha sido ni siquiera paliada por la adquisición del sentimiento artístico.

—Quizá debimos procurar para el primer legado un hombre de simple sentido común; dotarlo, en suma, de una especie de cimiento espiritual para edificar luego sobre él. Esto ha sido empezar la casa por las tejas... ¡Ah, si al menos muriese pronto el filósofo!

Callaban y seguían meditando en silencio. Desde la habitación contigua llegaban los ronquidos de Casiano. Había en ellos algo de bestialidad específica, de carne, en donde el alma no está ausente por haber partido aprovechando la fatiga de la materia sino por no

haber animado en ella jamás. Y al oírlo el profesor decía:

—Comprendo que esta prueba se realiza en condiciones pésimas; que el cuerpo de Casiano era una cantidad negativa, con órganos endurecidos, con cerebro atrofiado, con pérdidas medulares ocasionadas por la lujuria... Sí, yo le he visto en las eras más de una vez... Lo que logremos de él, sólo nos servirá para que se nos deje realizar experimentos en niños; para que no pueda ponérsenos la hopa de la utopia al ver tangiblemente demostrada la posibilidad del milagro.

Este coloquio y otros muchos cruzáronse innumerables veces sobre el sueño dichoso del tonto o sobre su vigilia abstraída, tan completa en la carencia de pensamiento como el sueño mismo. El decaer del profesor de filosofía fué seguido paso a paso, y quizá acelerado por el deseo. Las divinidades inexorables que ocupan el altar de la Ciencia debieron acoger con agrado aquellas plegarias de dos hombres que deseaban sin odio, sin cólera, que aquel ancianito misántropo dejase

vacío un puesto en el escalafón de aturdidores de juventudes.

Abril cerró su corola florida con asoleadas lluvias; Mayo tuvo ya ardores estivales; y cuando al mediar Junio les llegó la nueva anhelada y partieron alegres hacia Villa Risueña, a pie, don Senén y el «Tío Cantueso», los vieron perderse tras de las yerbas altas en un crepúsculo purpúreo. Los alemanes llevaban a Casiano en medio, y la antipatía y la superstición pusieron en los dos enemigos comentarios análogos:

—Así, a contra luz, parecen mieses gigantescas, fíjese usted... ¡Sabe Dios lo que van a hacer del pobre tonto!

—¡Paecen demonios mismamente...! ¡Se me pasan unas ganas de arrearles un estacazo de los buenos...!

La estancia en la ciudad duró ocho días. El catedrático vivía en casa de huéspedes, y la patrona les entregó la alcoba sin restricciones en cuanto ofrecieron pagarle los atrasos del moribundo. Esta vez no fueron entorpecidos, ni por miedo a intervenciones extrañas

ni por la inexperiencia inevitable en el primer caso. Operaron con minuciosidad; llenaron cada una de las exigencias del método sin omitir pormenor. La transfusión del último aliento, la trasplantación de ciertos órganos aún vivos y la inyección de substancia cerebral realizóse en condiciones inmejorables. Cuando enterraron el cuerpo, cumplieron lo pactado, y levantaron a Casiano del lecho, donde aún estaba adormecido por los narcóticos, se dieron cuenta de que cualesquiera que fuese el fracaso o el éxito había de juzgársele decisivo, en cuanto a la eficacia inmediata del sistema. El viaje de regreso les preparaba ya sorpresas inquietantes. Casiano no cantaba como a la ida: permanecía con la cabeza baja, en sombrío mutismo. El profesor interrogaba en voz queda a Teufelsdroeckh:

—¿No habrán sido las dosis demasiado fuertes?

—Creo que no. Mi objeción sigue siendo la misma: hubiera sido necesario para conseguir algo realmente trascendental en cuanto

a la infalibilidad de mi teoría del progreso ascendente que Sancho Panza le legara su espíritu... ¡Ah, qué injerto el de Sancho y Zaratustra! Pero así, sin presión vital, sin intelecto abstracto, los conocimientos caen sobre él y se anquilosan por no arraigar. Le daremos nociones, pero no espíritu... Y el proceso ha de ser el inverso, profesor.

Hablaban de este modo, cuando Casiano, levantando la vista e irguiendo el índice en actitud magistral, dijo:

—El agnosticismo, no. Desde Leucipo a Hobbes y Haeckel se equivocan. La Metafísica será siempre la supraesencia de las ciencias. *De methaphisica de sis sollicits*... ¡Error del coloso del *Novun Organun!* Aristóteles dijo: Es la ciencia que estudia el sér en cuanto a sér, y las propiedades que como a tal le competen; y D'Alambert la definió así: «Es la Física experimental del alma...» Estos dos estaban en lo cierto.

A pesar de esperar la transformación, hubo algo tan inusitado en el vocabulario y tan triste entusiasmo en el tono, que se miraron

llenos de zozobra. Casiano no volvió a hablar durante el resto del viaje; mas su gesto desencantado se acentuó, y al llegar al apeadero fué preciso sacarlo casi por fuerza del tren. En el coche dijo unas cuantas frases vagas acerca de las causas primeras y de los juicios analíticos según Kant, y al llegar al pueblo, por acuerdo, al principio tácito y expreso después, los alemanes dieron un gran rodeo para llegar a su casa, sin pasar por el centro, a fin de evitar encuentros peligrosos.

—Habrá que esperar a que se calme... Su aspecto es tan diferente al de antes, que les podría sorprender y... Hay que evitar la sorpresa de los brutos, porque suele engendrar en ellos violentas reacciones.

—Sí, sí... Esta melancolía cederá... Ha de ceder.

—¡Silencio...! Aquí baja el notario... Debe venir de vigilar nuestra casa... ¡No nos quiere bien! Mientras yo lo saludo y le digo que progresa mucho en el alemán, apártese usted con Casiano.

El notario bajaba por el repecho con aire

furtivo y pretendió esquivarse. El profesor le cortó la huída. Cuando ya estaba casi tranquilo, al verlo amansarse con las lisonjas, desde el final de la vereda Casiano volvióse, y con el índice estirado, les lanzó esta pregunta a la vez lógica y absurda:

—¿Cómo pretende ese insensato Locke reducir los universales a simples palabras y afirmar que las esencias de las cosas son inaccesibles a nuestro entendimiento? ¿Qué razón de ser tendrían entonces la Ontología y la Teodicea?

—Pero, ¿qué dice?—balbució don Senén.

—Nada... Es un pequeño ejercicio de memoria..., nada. Lo estamos enseñando a leer y...

Bajo la tenue aureola de plata que le circuía el rostro, el notario pudo ver el rubor del hombre no habituado a mentir. Se separaron, y el profesor cerró la puerta con cerrojos. Por primera vez él y Teufeldsdroeckh sintieron miedo al verse encerrados con su obra. Encendieron la lumbre y sacaron del *thermo* café; pero ni las llamas ni el mis-

terio útil de la *botella que no se enfriaba* arrancaron de su ensimismamiento a Casiano. Su silueta veíase en la enjalbegada pared encorvada, cual si gravitasen sobre ella cien volúmenes de Metafísica y mil episodios adversos en el trato de los hombres. De tiempo en tiempo erguía un dedo y la frente cargábasele de sombras. Aquel sér alegre, ingenuo, sensual, inquieto, feliz, habíase quedado en la alcoba del muerto catedrático. Ahora era un sér lento, meditabundo: manantial del dolor. El espíritu, muerto hasta entonces, habíase alzado dentro de él y había echado a andar con esa tristeza vacilante de quien no durmió lo preciso. El espíritu andaba, y el pobre cuerpo era la tumba terrible de Lázaro, llena de un horror sobrenatural, erguido entre la plena luz de la vida y la podredumbre negra de la muerte.

IX

EL ABORTO

IEMPRE había juzgado el profesor Lussenhop que la frivolidad, la superficialidad y el excesivo ingenio de los franceses manifestábanse superlativamente en las obras consagradas a las ciencias inexactas. Casi todos los filósofos galos antojábanseles divagadores, peripatéticos, en torno, no de la verdad, sino de la gracia. Y, sin embargo, al ver la tristeza creciente de Casiano, le vino al recuerdo, a modo de síntesis profunda digna de ser alemana y hasta prusiana, esta sentencia puesta por el duque de Rochefocault en su colección de máximas y reflexiones morales: «La filosofía

triunfa fácilmente de los males pasados y venideros; pero los males presentes triunfan siempre de ella.»

¿Y cuáles eran los males de Casiano? La respuesta era demasiado sencilla para dar con ella sin extravíos previos. Su vida seguía siendo fácil; no ganaba el pan ni aun las tajadas con el sudor de su frente; tenía junto a sí dos ayos solícitos, y si se asomaba al balcón o al terraplén que rodeaba la casa, vislumbraba abajo, sin remordimientos ni temores, el pueblo claro entre el verde germinativo de la campiña. Y, a pesar de esto, de su boca había desaparecido aquella sonrisa húmeda que inspiraba simpatía y piedad; su mirada era mate, y cual si el cuello no le llevara energía suficiente para sostenerla, la cabeza caíase en el gesto del cansancio, de la meditación o del pesar.

Henrich y el profesor hacíanle muchas veces la misma pregunta, para recibir igual respuesta:

—¿Qué tienes...? Explícanos, al menos, qué tienes.

—Nada..., nada... Pienso.

¡Ah, grandes poetas han hablado de esa tristeza honda que no viene de una adversidad concreta y que va hasta las más hondas reconditeces del sér! Es la tristeza de sentirse vivo, de medir la fugacidad de nuestro paso por el jardín sensual de la vida, de comparar lo logrado con lo deseado, de pensar, aun en las horas de más placentero abandono, en la hora inexorable que acecha en la invisible clepsidra para rematar las heridas que sus hermanas nos infieren. Casiano había hecho conocimiento con el monólogo sin palabras, gran enemigo de la felicidad; había tomado posesión de sí mismo. Sin duda la filosofía no entra en gran dosis en las funciones cotidianas de sus cultivadores, y los amigos de la sabiduría marchan uncidos al mismo yugo de imposiciones fisiológicas que los amigos de la ignorancia; mas si una gota de limón basta para acidular un vaso, un pensamiento puede amargar también muchas horas. Casiano había dicho la causa de su mal con sobriedad insuperable: pensaba.

En pocos días varió de aspecto: sus miembros perdieron agilidad; enflaqueció, y acaso por esto su cabeza, sin aumentar de volumen, parecía más grande. A semejanza de los de tantos filósofos, sus actos seguían siendo estúpidos y sus palabras solemnes y obscuras. Disertaba a menudo sobre la teoría de los torbellinos de Descartes; impugnaba la ley de la descarga nerviosa; condenaba ciertos postulados de la *Crítica de la razón práctica;* hablaba de Hegel, de James, de Bergson y de otros ilustres investigadores con familiaridad chocante, y se expresaba acerca de Spinoza con un rencor tan iracundo que, si don Senén lo hubiese escuchado, habría creído sin duda que el nombre del pensador y pulimentador de cristales era nuevo mote de alguno de los pocos mozos de la comarca que aún se entretenían en hacerle rabiar de vez en cuando.

A la perspicacia de los alemanes no escapaba el peligro de la tristeza del ex tonto, y decidieron secuestrarlo con la esperanza de buscarle remedio. Diéronle duchas, suminis-

tráronle a la fuerza preparados de estricnina y fósforo, trataron de estimular las potencias orgánicas que antes hacían de él un animal lleno de salud y vacío de inteligencia; mas aquí sus talentos fracasaron. Continuaba la languidez y, a intervalos, una inesperada tendencia a la exasperación. En pocos días adquirió esa expresión terrible del que sufre y quiere hacer sufrir. Cada vez era más difícil sustraerle a la curiosidad del pueblo. Los preparativos de la fiesta ayudábanlos mucho; y con ese egoísmo todavía más lógico que el *Barbara, Celare*, con que solía Casiano soñar, no hablaban ya durante los insomnios tanto del perfeccionamiento del prodigio cuanto de hallar medios de huir y salvarse de la barbarie vengativa de los erialeses. Henrich era partidario de huir en seguida, de noche; Lussenhop optaba por aguardar.

—Bueno, usted los conoce mejor que yo; esperaremos.

—Tal vez la excitación nerviosa ceda y podamos marchar sin escándalo alguno.

—¡Ha sido una insensatez no prepararlo

con una herencia preliminar de sentido común!

—¡No hablemos de lo inevitable...! Hay que estudiar antes de nuevas pruebas el medio de aislar las herencias, de transmitir sólo conocimientos determinados, y en ciertas dosis, si es posible.

—Nada es imposible. Ya veremos... Oigale usted cómo ronca... ¡Parece el de antes!

—¡Ojalá lo fuera!

—¡Ojalá!

Y este mismo deseo habría surgido también, de ser posible, en la mente ahora cargada de tristes neblinas; y surgía también sin forma concreta en las mozas que subían de tiempo en tiempo a preguntar por él, añorando en los medios días de sopor canicular los correteos y caídas por entre los altos trigales perseguidas por aquel fauno de manos blandas y boca pulposa, que sabía besar y callar. Cuando Henrich salía a recibirlas, las ahuyentaba con respuestas hurañas que Lussenhop templaba al punto con marrullerías de viejo. Y ellas bajaban el repecho sin poder

adivinar el triste cambio de su personaje rabelesiano en renuevo del príncipe Hamlet; pero recelosas, volviendo muchas veces las cabezas, presintiendo con la malicia el drama que su falta de entendimiento no les permitía adivinar. Sus refajos y sus pañuelos parecían a lo lejos flores ultraístas; y Teufelsdroeckh las amenazaba con el puño cerrado, y, al amenazarlas, la cicatriz del rostro se le enrojecía cual si ellas acabasen de herirle.

Así transcurrieron para ellos días de sobresaltada amargura, hasta la víspera del de la fiesta mayor. Desde la casita adivinábase algo febril en Erial de la Ladera; y también, muy a lo lejos, a modo de eco de aquellos preparativos de júbilo, el caserío de La Umbrosa aparecía inusitado. A medio camino entre ambos dirimiríase, al día siguiente, una de esas contiendas cuya ira viene de lejos y constituye válvula infecunda de pasiones perdidas para el bien. Lussenhop, recordando el año anterior, pensaba en la cadeneta de crujiente papel multicolor con que se enguirnaldarían las calles, en las dulzainas matinales,

en la misa, en las comilonas, en las danzas, en las salidas de los mozos, entre los ruegos hipócritas de cuantas los despreciarían si no saliesen hacia el camino con las manos ávidas y las bocas procaces... Y luego el encuentro, los últimos rayos del sol sobre las facas, sobre las hoces, sobre la sangre humeante; y la noche, cerrando con negrura de luto el siempre fúnebre final de la fiesta.

A la mañana siguiente, muy temprano, el retozo de las campanas los despertó, y salieron a observar el pueblo. De todas las casas elevábase un humo azulado que ascendía en la atmósfera radiosa hacia el cielo sin nubes. Casi en seguida sonaron las dianas. Voces alegres se mezclaron a ellas. Por las cintas de las calles veíase pasar gentes con ritmo alborozado. De la veleta de la torre pendía un gallardete que rizaba el aire. Debilitadas por la distancia llegaban canciones, risas... De pronto, detrás de ellos, en la puerta, apareció Casiano, a quien habían dejado dormido. Venía transfigurado. Dijérase que aquellas campanas, que aquellas músicas y aque-

llas voces, en lugar de reanimar en él recuerdos inefables, aventaban la inmensa hoguera de su misantropía, porque señaló al pueblo con horror, empujó a Teufelsdroeckh y echó a correr ladera arriba. El hecho fué tan brusco, que cuando se repusieron de la sorpresa ya Casiano había desaparecido tras los primeros breñales del monte y era inútil seguirle. Lo intentaron, empero, mas hubieron de regresar luego de haber perdido su rastro. Sin decírselo, compartían por igual el temor de aquella huída, cuya trascendencia presentían y temían sin lograr determinarla concretamente. A la hora de almorzar les animó la esperanza de que el hambre y el hábito le hicieran volver. No ocurrió así. Tal vez vagaría el día entero para no regresar hasta que terminase el rumor de la fiesta. Era curiosa aquella *fobia* de la alegría popular... Al entrar en la casa notaron que de un cajón habían desaparecido veinte duros, y esto aumentó su preocupación. Henrich opinaba que aquella misma noche debían partir, y ya el profesor no lo contradijo. El día transcurrió

para ellos con lentitud henchida de inquietudes; aquel mismo desvío del pueblo, que, en su júbilo, los excluía y olvidaba, causóles pesar. A media tarde, cuando vieron el tropel de mozos salir y aventurarse por el camino, en vez de sentir renovarse la pena sentida al describir el profesor las matanzas estériles de cada fiesta, sintieron casi bienestar; los mozos, los más temibles, se alejaban, y pronto caería la encubridora noche.

Aún se oía el clamor de la cuadrilla belicosa, cuando una sombra negra que empezó a escalar el repecho puso en todos sus miembros frío y temblor. Los dos lo conocieron al punto. Era el cura, que jamás había ido a verles y que casi esquivaba hablarles cuando los encontraba. Algo grave debía de ocurrir. Antes de llegar, le preguntaron sin recato a descubrir el miedo:

—¿Qué pasa...? ¡Diga, señor cura!

—Algo horrible... Casiano compró una pistola a un arriero de Villa Risueña y se ha suicidado... Acaban de llevarlo al pueblo... Y temo por ustedes... Es preciso que huyan.

—Pero...

—¡Que huyan sin tardanza...! Oigan... ¡Ay, Dios mío...! ¡Alguien debe de haber ido a avisar a los mozos y vuelven ya!

Los dos alemanes, desencajados, miraron hacia el llano y vieron brillar los aceros acercándose. Algarabía de gritos coléricos venía con ellos y subía del caserío. Algunos, con los puños en alto, comenzaban a aparecer en el comienzo de la cuesta. Llantos excitantes de mujeres avivaba aquella marejada de ira. Ya la falange de mozos había entrado en el pueblo. La campana comenzó a tocar, furiosa también. Sin palabras, el profesor y Henrich comprendieron que la única posibilidad de escapar era sesgar a toda carrera la llanura e ir a buscar amparo en el grupo de mozos de La Umbrosa, que sin duda esperaban a cosa de tres kilómetros. Antes de que los primeros asaltantes llegaran, sin perder un segundo partieron agazapados, bajaron con la suprema velocidad del terror la cuesta, cruzaron junto a las últimas casas del pueblo y siguieron desolados por el camino. Alguien los vió

y dió la señal. Los mozos se echaron al punto a perseguirles; detrás iban las mozas; más atrás los viejos, y todos vociferaban:

—¡Asesinos..., asesinos!

—¡Pagaréis la muerte de Casiano!

—¡Bribones..., hijos de tal!

—¡A piedras con ellos!

La cólera podía menos que el miedo, y la distancia no se acortaba; pero las piedras hendieron el aire. Los de La Umbrosa, al ver a los dos hombres y oír las voces, tuvieron un solo instante de estupor, tras el cual armáronse de piedras y arremetieron también sobre los fugitivos. En el crepúsculo bermejo, los trozos de piedra caliza se desmoronaban con dolor sobre las carnes sudorosas y los de pedernal las rajaban y ensangrentaban. La caza duró poco. El profesor cayó primero, y las mujeres lo remataron con saña, mientras los hombres seguían a Teufelsdroeckh, que cayó minutos después, muerto, por fortuna suya, de un certero cantazo en la sien derecha.

Cuando el cura llegó con exhortaciones de

paz, ya sólo hacía falta para recitar el oficio de difuntos. Don Senén y el «Tío Cantueso» sonreían en la sombra. Por una vez los de La Umbrosa y los de Erial habían procedido de acuerdo.

FIN

INDICE

Páginas

DEDICATORIA 5
PRELIMINAR 9
LA PATRIA AZUL 15
FRATERNIDAD 175
EL ABORTO 207
El telegrama 211
Casiano y el forastero 221
Paisaje y figuras 231
Revelación 243
Paralelamente 257
Las afinidades electivas 269
El milagro 281
La tumba de Lázaro 295
El aborto 307

LS.
H5575v
203746
Author Hernandez Cata, Alfonso
Title La voluntad de Dios.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU